

ROCA

Edición de la Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca.

Es prohibida la venta.

Imprenta y Casa editora « Coni », Perú 684, Buenos Aires

COMISIÓN NACIONAL

MONUMENTO AL TENIENTE GENERAL JULIO A. ROCA

LEOPOLDO LUGONES

ROCA

PRÓLOGO

DE

OCTAVIO R. AMADEO



BUENOS AIRES

1938

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO 4900 EJEMPLARES EN PAPEL ANTIQUE Y 100 EJEMPLARES EN PAPEL TIPO HOLANDA, MARCA CONI, QUE CONSTITUYEN LA TOTALIDAD DEL TIRAJE

COMISION NACIONAL MONUMENTO AL TENIENTE GENERAL JULIO A. ROCA

Presidentes honorarios

Doctor Felipe Jofre
General Agustín P. Justo

Presidente

Almirante Manuel Domecq García

Vicepresidentes

General Francisco M. Vélez
Doctor Ernesto Padilla

Secretarios

Doctor Clodomiro Zavalía
Don Bartolomé Galíndez

Tesorero

Don Juan B. Mignaquy

Protesorero

Doctor Joaquín S. de Anchorena

Vocales

Doctor Ramón S. Castillo
General Juan E. Vacarezza
Doctor Carlos Risso Domínguez
Almirante Juan A. Martín
Vicealmirante Ismael F. Galíndez
Doctor Ernesto Aguirre
General Camilo Idoate
Doctor Adrián C. Escobar
General Nicolás C. Accame
Doctor Octavio R. Amadeo
Doctor Enrique Larreta
Contraalmirante Francisco Stewart
Doctor Luis María Campos Urquiza
Doctor Tito L. Arata
Doctor Eduardo Crespo
Don Saturnino J. Unzué
Doctor Enrique Navarro Viola

COMISION ESPECIAL ENCARGADA DE LA PUBLICACION DE ESTA OBRA

Doctor CLODOMIRO ZAVALÍA
Doctor OCTAVIO R. AMADEO
Don BARTOLOMÉ GALÍNDEZ



TENIENTE GENERAL JULIO A. ROCA

PRÓLOGO

La Comisión Nacional del monumento al teniente general don Julio A. Roca, presidida por el señor almirante don Manuel Domecq García, me ha hecho el honor de confiarme la redacción del prólogo a la obra sobre tan ilustre prócer que fuera encargada al malogrado escritor don Leopoldo Lugones, cuyo libro, interrumpido por la muerte, resultó de tal suerte póstumo.

He dividido mi prólogo en tres partes : en la primera estudio la personalidad literaria del autor de la obra ; en la segunda doy una noticia o resumen del libro ; y en la tercera hago una síntesis de la personalidad del general Roca, en la época no alcanzada por Lugones.

I

Córdoba dió al país su primer jurisconsulto, Vélez ; el mejor táctico, Paz ; su sacerdote de mayor genio político, el deán Funes ; y su más excelso poeta, Lugones. Córdoba ha cumplido con la Nación.

Yo debo decir la verdad sospechada sobre esta vida ilustre, la verdad estética del claroscuro. Lugones, el logrado artista, ya no pertenece a su familia ni a sus amigos ; está tendido en la mesa de autopsia de los grandes hombres, ante el diagnóstico de la posteridad.

En la Córdoba del 91, este rebelde de diez y siete años era el enemigo número uno de la tradición. Pasaba por la calle de Caseros disfrazado de levita gris sobre chaleco blanco y melena apenas oculta por un quitasol negro. Las señoras, que iban a la novena de San Francisco, decían al pasar : « ¿ De dónde habrá sacado « la Custodia » este hijo tan mandinga ? ».

Córdoba se sintió aliviada con la partida del hijo pródigo, y pudo decir : « Vate !, vete ! » El tren de Córdoba desembarcó en el Retiro a este búfalo de las praderas americanas, con las pupilas rojas de curiosidad y de fuerza.

Llegó con el oro de sus Montañas en los bolsillos vacíos, y una carta de Carlos Romagosa para Mariano de Vedia, carta presagio de rara exactitud. Rubén Darío lo halló parecido a Poe y lo proclamó « leader » de la juventud literaria. Con este espaldarazo, Lugones quedó triunfante en los cenáculos.

Ya está en marcha. El motor es sorprendente ; pero tiene sus fallas. Es la sombra inevitable ; la sombra es donde descansa la luz.

Su estilo es febril y lujoso, pero beligerante y dog-

mático como de fiscal del Parnaso, con esa gravedad sin ironía y sin humour, que viene de la raza madre y también de la aborigen. Compulsivo con el lector, parecía decirle : Credi o ti tronco la testa. Además, es de la joven América, que tiene la paradoja de sus jóvenes viejos, frente a los viejos jóvenes de la Europa vieja. Su beligerancia perpetua le crea antipatías, que al final lo cercan con alambres de púas. Pero él depura y corta sin asco con su daga criolla. Es realmente una fiesta de gala. Las fogatas de Lugones alumbran la noche americana.

Ha llegado de Córdoba con cajones llenos de palabras eléctricas, de todos colores, que revientan en el aire y sueltan chorros de luz. Además tiene la belleza del combate. El tanque cordobés hace fuego, caiga quien caiga, por sus cuatro costados. Es el consabido insurgente. La consigna continental es que el hombre muy hombre ha de ser rebelde, y el jefe muy jefe debe ser absoluto.

Ha sufrido el satanismo inicial de las « misas rojas », máscara ingenua de asustar al burgués. Todo eso pasó ; ahora está seguro de sí mismo y no necesita de sustitutivos del talento.

Su curiosidad urgente quiere morder toda la manzana de una vez. Su mal es el de América, la extensión, en perjuicio de la intensidad. Por eso, mete su nariz en vitrinas ajenas, donde asoma de repente una calva de sabio miope que le hace una rectificación brutal. De esas

excursiones por las afueras vuelve con algunos chascos, pero siempre con riquezas ignoradas.

Su esqueleto filosófico es débil, casi invertebrado; porque él no es filósofo, sino artista. El relativo fracaso del primero daña al segundo. Le falta temperamento de «pensador». Además, está un poco intoxicado por su impaciente sobrealimentación espiritual.

Tiene el talento verbalista y el culto de la forma. Así, las palabras no nacen de sus ideas, sino al revés. No preconcibe, concibe escribiendo.

No deja escuela, no hay estilo lugoniano; pero hay un fenómeno, un espectáculo lugoniano. Ha enseñado con su ejemplo a no ser insulso. Es enemigo personal del lugar común, en la expresión y también en la concepción. El lugar común tiene la comodidad de los zapatos viejos, pero éstos no sirven para la fiesta. Después de Lugones, se escribe de otro modo, aunque no se escriba como él. Porque hay algo de Lugones en lo mejor de todos nosotros, y eso es lo mejor que hubo en él.

Suprimió la grasa del estilo; lo hizo todo nervio y músculo. Tuvo taller de belleza, diríamos sanatorio de ideas, ortopedia de palabras. Ha curado muchas ideas y palabras apolilladas en el desván, les ha dado brillo y engarce nuevo con brujería gitanesca. Esto es obra de gran artista.

Su máquina de acuñar palabras, su modo tan nuevo de adjetivar, le permitieron el derroche verbal; pero su

buen gusto falló a veces. Hacía sonar sus monedas con cierta jactancia de rajah.

No ha escrito un libro completo como el Facundo, Las Bases *o* Martín Fierro, *que llegue al siglo XXI. Pero ha dejado un cofre repleto de gemas de fuego, diamantes de la corona, oro en polvo, pedrería suficiente para enjoyar a la sultana; sin embargo, no existe una alhaja concluída para el escaparate. Su obra de fragmentario es como riqueza de lavadero, dispersa en todos sus libros, que se debe juntar porque es de valor fantástico. Quedará de él una antología de trecientas páginas, que será «su libro»; y — eso sí — ha de perdurar.*

Para conmemorar el Centenario, produjo tres obras: Piedras liminares, El payador *y* Odas seculares. *Antes había escrito su* Imperio jesuítico *y* Guerra gaucha. *En* Guerra gaucha, *a pesar del mesianismo victorhuguesco y de la influencia de Georges d'Esparbés, hay una comprensión genial de la cosa épica. Es un Güemes que escribe, como Güemes es Lugones a caballo. Después vendrían su* Historia de Sarmiento *y los* Poemas solariegos. *Todo típicamente argentino.* El imperio jesuítico *fué su culminación de prosista. El estilo, macizo y varonil, llegó a la perfección, sin rellenos ni cojines.*

En su prosa hay varias maneras; la grandilocuencia juvenil de Guerra gaucha; *la madurez serena y magistral del* Imperio jesuítico *y la levedad profunda de* Filosofícula.

Lugones pudo ser un gran orador, y lo fué; pero no cultivó esta aptitud en su madurez. Parado con aplomo, de voz autoritaria y gesto categórico, producía el escalofrío del orador. Rígido, los brazos colgantes como barras, llevaba el compás con el pie; toda la vida vibraba en su voz. Mordía la palabra más dura y la arrojaba como bala. De repente su emoción se hinchaba cual agua hirviente. Tenía un verbo cortante y viril. En un mitin obrero del Retiro la multitud ululaba a sus pies, bajo la sugestión de su palabra, y hubiera corrido a las armas bajo sus órdenes.

Quienes lo oyeron no olvidan cómo este hombre pequeño se agrandaba en su rigidez, e infundía en los auditorios trémulos su propia violencia, nacida de tormentas cerebrales.

La vastísima cuenca literaria de Lugones no lo satisfacía. Su deseo íntimo era mandar. Sospecha mía, compartida por otros. Tan hostil a los políticos, tenía en el fondo, sin saberlo, la nostalgia política.

Los literatos integrales suelen no comprender a los políticos, por antípodas. El político comprende mejor al hombre de letras, aunque sin valorarlo bien. En el fondo, medidos ambos con cartabón ético, son del mismo barro original. Unos tienen más frecuentes ocasiones de pecar, y eso es todo.

No sé si Lugones hubiera sido un gran político.

Tenía, sí, algunas calidades, sobre todo las del caudillo americano, la fuerza y el absolutismo. Buscaba al jefe; esperaba con ansiedad « la hora de la espada ». Pero le faltaban la persistencia y disciplina, y tal vez por eso Roca, que debió conocerlo, lo ayudó, pero no lo « lanzó ». Fué una suerte, porque de lo contrario Lugones se habría malogrado para el arte.

El más grande Lugones, el que llegará más lejos, es el poeta. Poeta divino, como todo gran poeta, aunque pretenda ser diabólico. Pero poeta cerebral, para decirlo de algún modo. No mojó la pluma en su sangre, ni fué el pelícano de su raza. Tal vez el escritor no sobreviva a la improvisación; pero el poeta durará, porque no es polemista ni doctrinario.

Quizá no dió tanta importancia a su poesía como a su prosa. Pero es el poeta nacional. En el Libro de los paisajes *hay 33 composiciones dedicadas a las aves. Entró a todos los nidos. Cantó las cosas más típicas y gentiles de la tierra, los burritos de Córdoba, los gallos de las chacras, a Juan Rojas y al melón. Cantó los grandes ríos con voz tan fresca que hizo olvidar las viejas odas insípidas. Cantó a los gauchos de Güemes, a los granaderos de América y a los corsarios de Buchardo, cuando pintaban la bandera con la espuma blanca de la quilla y las aguas azules partidas en dos.*

Era físicamente un clásico, un homérida, sin intimismo, de emoción cutánea. No era lírico, sino épico y des-

criptivo. Sus lágrimas sobrias de estoico parecían estalactitas.

Poeta de los sentidos, visual y auditivo sobre todo ; de riqueza sensorial inagotable, pintaba musicalmente, con esa voluptuosidad del pintor veneciano que terminaba sus desnudos con las yemas de los dedos sobre la tela como acariciando y encendiendo.

Vive todo él en sus poemas porque no intentó demostrar nada, dejándose llevar por la corriente mágica ; olvidado de sí mismo ; y sobre la soledad y el silencio, cantó para cantar. Esa fué su misión y a eso vino. El prosista era un poco intruso en él, aficionado a la tesis, escollo del artista. Quería ser cicerone *del universo y perdió en ello su ilusión y su tiempo. Entonces, el poeta abría su abanico de faisán ; y todos, deslumbrados, olvidaban al versátil predicador.*

Montañas del Oro, *su primer libro, nebulosa del astro futuro, contiene en grandes masas ígneas su devenir. Más tarde todo se aquieta y aparece la riqueza surgida del cataclismo. La sinfonía wagneriana ha concluído. Lugones, desafiebrado, toma asiento entre los cofrades nocturnos de Rubén.*

Él ha cantado las cosas nuestras, no las abstractas, los árboles de aquí, los ríos, los ganados y las mieses y todo lo demás, son de aquí. Y él es de aquí.

Su amistad íntima con la luna tiene su razón ; la luz de Lugones no era de sol, sino de luna. Al claro de luna

peregrinó por la Mancha con su tizona endecasílaba y su lanza alejandrina. Todavía encontró viejos molinos y pudo arremeterlos sin eficacia.

Las mujeres no lo leyeron, porque tenía la emoción sobria de los homéridas; ellas preferían el copetín lírico, tan agradable, de Amado Nervo. Tampoco los niños recitaban sus versos en las fiestas escolares. Este abandono de los corazones debió herirlo a fondo. Y sin embargo, ha embellecido su tierra. Las rosas son más rosas desde que él las lustró; los burritos de los escolares serranos tienen ahora un sentido casi humano. Sorprendió el secreto de los animalitos de Dios con simpleza angélica y amor franciscano de las cosas humildes.

Tenía salud y alegría. Dejándose vivir como hombre hubiera sido feliz. Poseía lo esencial y podó los deseos superfluos. Pero el otro hombre, el trascendente, no se resignó a vivir ni a morir como cualquiera. Era dramático y buscó tres pies al gato. Cansado de la felicidad barata, prefería la cosa heroica, la tragedia y aun el dolor; pero no « el pan nuestro de cada día », que los hombres de la tierra pedimos a Dios.

Su vida fué limpia y de gran decoro, sin quejas estériles. No hacía más ruido que el de sus alas. Pasaba en sus días finales con tacos de goma entre gentes bulliciosas; se diría ya un ausente; andaba como de paso; tal vez supo que debe vivirse como en casa de alquiler. Su

filosofía está sintetizada en los versos tan suyos de El espejo de Eufrosina, *consejos de un* Viejo Vizcacha *refinado.*

Su absoluta honradez le vedó todo «metequismo» literario. Era aplomado y elástico, con cierta agachada de hombros del serrano que elude la rama. Bromista y resignado; pero no sometido. Su vida externa fué la del burgués virtuoso que se levanta a las seis y se acuesta a las diez, sin tapete ni juerga. Empleado sin deudas, y por jubilarse. Pero eso era lo exterior, la vida del fantasma. El hombre interior bajaba del Olimpo, tomaba unos mates y se iba otra vez.

Su individualidad fuerte e hirsuta le vedaba el viaje en «colectivo». Por eso la calle lo ignoraba; su público era de mesa redonda. El sabía que los grandes no tienen éxito de feria; pero esto sobrepasaba lo previsto. ¿No estará ahí la fuente de su encono contra esa «plebe» que no lo había leído? Pues en la calle nadie reconocía a este transeúnte mediocre, de paso militar, sin estampa decorativa, con esa mirada ansiosa que tienen en el montón los miopes y los sordos. No fué popular, ni él hacía por serlo, y como no llevaba boya luminosa, porque toda su luz era interna, los peatones no se daban vuelta. Él no buscaba notoriedad, pero debía sentirse herido por ese anonimato; y devolvía el presunto desdén con un desprecio mal contenido hacia la «plebe ultramarina» o «ralea mayoritaria». Ésta, no sólo ignoraba su exis-

tencia, sino también su desprecio. Y este desconocido en su casa era nuestro embajador permanente en todas las naciones de la hispanidad.

A pesar de sus doctrinas, puramente « cerebrales », su sangre era de la tierra criolla y provinciana de Córdoba, casi de Santiago, de la tierra vieja, caliente y dura, bajo cuya cáscara se ha descubierto una civilización parecida a la de Troya. ¿No vendría él de algún Aquiles americano?

Córdoba lo nutrió bien y cuando llegó a Buenos Aires, a los veintidós años, a pesar de su falsa corteza, ya estaba formado el tronco definitivo, dispuesto a florecer americanamente. Las flores inútiles prendidas en sus ramas eran parasitarias. Las malezas iniciales provenían de la gordura de su tierra nueva, arada por primera vez. Además, crecieron plantas exóticas sembradas por él mismo; pero pronto esas influencias extrañas se alejaron como fantasmas entrometidos. Quedó Lugones solo con su genio nativo y dió esas obras tan nuestras como son las Odas seculares *y* Los poemas solariegos. *El cordobés se había hecho argentino y éste americano.*

El patriotismo de Lugones, nada carnavalesco, no era fruto de voluntad o educación. Parecía una orden que venía de muy lejos, una planta que subía de muy abajo, un rocío que bajaba de muy arriba.

Su inquietud mental, impresa en su rostro, casi manía ambulatoria, lo llevó por todos los climas donde

respira el espíritu. Su afán de viajero ensayó todas las rutas. Buscaba la vía de su alma, rectificando frecuentes pistas falsas. Es que, poeta por arriba de todo, hacía la gimnasia de sus alas en brillantes vuelos de colibrí, siempre desinteresados. Porfía del poeta, nunca concluída, que consiste en convertir el recuerdo en reminiscencia.

Pero los cambios de opinión deben tener la humildad del error confesado, sin encono contra el ídolo de la víspera, para que no se dude de nuestra buena fe anterior.

Esos cambios, tal vez explicables en él, agotaban a sus satélites. El desandaba con rapidez; pero ellos quedaban exhaustos y desencantados.

La fidelidad a su tierra fué perfecta, sin exagerar lo vernáculo, porque el pericón es un poco la gavota; y a Martín Fierro *él lo resucitó para entroncarlo en la* Ilíada.

Su espíritu de capitán y conspirador disonó en el ambiente de paz y pacifismo, de prohibición de portar armas. Él se contentaba con esgrimir el sable en la pedana, y cargar revólver, donde las balas se aburrían, hasta la noche del año nuevo, en que hacía cinco disparos en la azotea para cumplir con su conciencia y sus antepasados.

Capitán de tercios de Flandes, poeta del Languedoc, hijo de la quimera americana, llegó retardado en tres

siglos, con la conquista terminada, los poetas sin melena y apagadas las luces de la fiesta. Pero el poeta siempre es así: un hombre que llega con mucho retardo y entonces se sienta a cantar, como el viajero que pierde el tren se pone a silbar. Le tocó mal tiempo para él: «jazz», «ranchos» de paja y «fuerzas vivas». Sus grandes empresas contra molinos de viento, que ocuparon casi toda su vida, eran un derivativo del soldado en potencia. Sus castillos en el aire durarán, tal vez, más que los de piedra. Llegó en actitud de riña con la cresta roja y vertical, y cantó para que amaneciera; es la frecuente embriaguez del poeta, su anticipación de luz; pero el alba llega cuando debe llegar.

Sucede que estos hombres de gran ímpetu suelen ser en privado mansos y austeros, como era Lugones, casi un monje. Y sin embargo, fué noconformista definitivo, insatisfecho, condición de luchador y creador. En sus calmas, entre dos huracanes, nacían las flores delicadas de su jardín.

Artista cien por ciento, se ocupó cíclicamente de todas las artes; ninguna le fué extraña. Su cultura musical fué también obra de autodidacto. Su alma sintonizaba con Wagner al principio, después con Beethoven, tal vez con Bach. Con el primero, cuando lo sacudían sus tempestades de primavera, y toda su alma se orquestaba en la síntesis wagneriana. Después se refugió en la calma lunar y el éxtasis de Beethoven.

La pintura fué otra de sus pasiones artísticas. Era impresionista y trabajaba con superposición de colores cuando escribía en pintor. *Comprendió la pintura, como las otras artes, un poco intelectualmente. Así la escultura y arquitectura, que le dieron ocasiones para disertar con su habitual erudición y osadía.*

Era de la marca de Sarmiento. La misma montaña lanzó los dos bloques en la misma erupción. Pero no son iguales. Sarmiento tiene el genio político y la continuidad. Por eso se canalizó y regó. Lugones se dispersó, salido de madre, por tierras no siempre fértiles. Pudo ser un Nilo, fué un Amazonas. Pues era poeta y no político. Y, además, porque no conocía a los hombres y veía las cosas con irrealismo de poeta e ingenuidad retardada de carbonario.

Aunque no parezca, raspándolo, era temperamentalmente un romántico. Fué su primer amor y no pudo olvidarlo del todo. No romántico literario, sino espíritu romántico. El escritor había dejado de serlo, el hombre lo era todavía.

En el reparto de los bienes, en esta «tómbola» de la vida, a unos toca en suerte el oro, a otros las dignidades, a pocos la buenaventura y a muchos nada. A Lugones le tocó un espíritu de gran lujo. Había doce millones de almas en el país que podrían envidiarlo.

Cierto «yoísmo» consustancial, tal vez ignorado por él y camuflado por su modestia, le impidió entrar de

lleno en la paz cristiana. Él no gritaba su « yo » como Sarmiento, pero lo respiraba profundamente. Contribuyó a fomentarlo la vida monocorde del escritor integral que concluye por imprimir en el espíritu una deformación profesional. El filósofo debiera tener un tenducho, como el « boliche » de Ameghino, para enchufar con la tierra, oír las voces de las cosas y descansar del monólogo fatal del alma solitaria. Al abrir su picada se llenó de espinas. Bajó a la aguada como un puma manso. Era el agua de su juventud, que bebía en los cenáculos y que aguaba las veladas de sus cofrades absintistas. Pero esta vez el puma, ya domesticado, no quiso que su piel vaciada de carnes se tendiera como abrigo bajo los pies de algún idiota ; y prefirió volverse, como un león entero, a su selva americana.

Lo encontré dos veces, poco antes de su fin, en casa de Luis Berisso, su fiel y noble amigo. Me pareció fondeado en el puerto definitivo, y que su ancla tenía la forma de una cruz. Pero la idea cristiana, por lo visto, iluminaba su cerebro ; pero aún no calentaba su corazón. Todas sus viejas construcciones se desmoronaban y la nueva no estaba lista todavía. De pronto se halló a la intemperie, viendo la muerte de sus dioses, que lo aplastaron al caer.

¿ Estaría hastiado por su papel secundario, a la zaga de la mediocridad? Pero él sabía que ése es el destino

histórico del gran artista, y no podía ignorar la alcurnia de su nombre en la hispanidad.

Lugones es una síntesis difícil, en él que hay de todo. Pero es solo; una soledad de isla abrupta, con un arrecife y un faro.

Era estoico; su muerte lo confirma. El cristiano habría vivido. Su drama es la consecuencia de su paradoja íntima; y fué la bancarrota del intelectualismo puro. Pero, ¿quién puede arrojar la primera piedra? El fallo, sobre este misterio en que se hundió el gran hombre, nos está especialmente vedado. Él tiene su juez.

Murió así de paladín y trovador. A los 64 años, miraba como a los 20, con ojos todavía ilusos, la línea de oro del horizonte, como si fuera la aurora. ¿Será tan fácil confundir el ruiseñor con la alondra?

La muerte de Lugones no puede explicarse con el simplismo de la causas circunstanciales. Eso es andarse por las ramas. Pudo ser la gota del desborde y nada más. La causa grande de ese infortunio es más compleja y está en lo más hondo de su espíritu dramático.

Marino de todos los mares y todas las tormentas, vió por fin la luz ansiada, y cuando iba con su proa hacia ella naufragó en el puerto, tocando con sus manos heridas las vigas del muelle iluminado. Aquel a quien él buscaba, tal vez le haya dicho al oído en el último instante: « Si me buscas es porque me has encontrado ».

Le faltó un paso más en el sendero difícil de los

humildes. La humildad es la suprema elegancia, si esta palabra frívola y profanada pudiera usarse para tan alta distinción. Es poco transitado el camino hacia ella, por unos personajes raros, « los pocos sabios que en el mundo han sido ». Este hombre, que había buscado su destino por tantas rutas, regresaba en la hora de la tarde al lugar solariego de partida, como si volviera a pie, lleno de espinas, a su casita de Villa de María del Río Seco, al pie del cerro del Romero, donde nació.

Dos días antes de su fin, Lugones sólo pensaba en cosas triviales de la vida. Su resolución fué improvisada, de acuerdo con su mecanismo mental de motor a explosión.

A día siguiente de su muerte, había el mismo tráfico en la ciudad. Cruzaba el gentío y los vehículos de siempre. Los rostros estaban llenos de sonrisas y las vidrieras de flores. No había sucedido nada. El pueblo que había ignorado su presencia, ignoró también su partida. No siguieron su ataúd las multitudes que dos años antes iban llorosos detrás del féretro de un cantor de guitarra. Esto estaba ya previsto por Lugones, y era tal vez su argumento póstumo.

La generación que lo dejó morir se lavará las manos, poniendo su nombre a una calle y a un bronce; porque las estatuas son rectificaciones. Pero esta torre de alta altanería es ya superior e indiferente a la curiosidad y al homenaje.

II

Su obra sobre Roca quedó trunca y fuera irreverencia sustituirlo, ya que no se puede reemplazarlo. Será la columna rota de los símbolos. Falta el Roca político y hombre de Estado. Es lástima que Lugones no haya podido presentárnoslo en la cúspide lograda. Pero deja el pedestal sólido y el esbozo de la estatua fuerte.

Son nueve capítulos, que llegan hasta la Conquista del desierto. El último termina con la sílaba Na, dejando inconclusa la palabra Nación; así acaba el libro con el nombre del diario que fué su hogar periodístico. Esta parte ha sido difícil de copiar por lo confuso de su escritura y las abundantes correcciones. Se advierte la inminencia del drama, como el temblor del sismógrafo anuncia el terremoto.

Lugones ha reproducido el esfuerzo de su Historia de Sarmiento, *magnífica joyería enterrada en los zótanos y casi perdida para el arte. El* Roca *de Lugones será la réplica de su* Sarmiento. *Presenta a lo Taine el ambiente de gran gala; despliega en abanico el paisaje circundante; y en el momento elegido se presenta el personaje. Pero, cuando su acción debe cambiar de escenario por razón de lugar o tiempo, Lugones baja el telón; prepara con lujo el nuevo decorado y aprovecha la ocasión para exhibir como sociólogo-filósofo desde su cáte-*

dra, con la magia de la elocuencia lugoniana, toda su ideología renovada. El personaje sufre un poco por ello, porque debe responder con algún esfuerzo al nuevo ambiente.

No creo que el retrato, propiamente tal, sea una espe cialidad de Lugones; pero aquello de Rodin: Je le vois comme ça, le permite darnos su interpretación de Roca, que siempre tendrá el valor superior de ser un Roca d'après Lugones. Con esta obra de arte, la magnífica estatua de Zorrilla de San Martín y los dos volúmenes del general Francisco M. Vélez, además de los monumentos de Choele-Choel y Bariloche, la comisión nacional presidida por el almirante don Manuel Domeq García habrá cumplido con amplitud la tarea honrosa que le confió hace dos años el gobierno de la nación.

En la introducción, que llama Limen, hace Lugones en cinco líneas el resumen de esta Vida, con palabras de bronce que parecen esculpidas para la estatua.

Los tres primeros capítulos, de los nueve que ha escrito, son preparatorios del personaje central; de historia, paisaje y ambiente histórico y geográfico. En el primero, Los Constructores, explica la tarea del conductor, la misión de la latinidad y de la España Católica, y dice que el estadista completo ha de ser militar, como lo fué hasta el mismo Pericles. En el segundo, El hogar hidalgo, demuestra que el hogar colonial recibió la doble influencia religiosa y militar de la conquista bajo la

influencia preponderante de las madres, casadas muy jóvenes, de lenguaje pulcro y carácter entero ; que suplían a sus maridos en sus largas ausencias. De un tal hogar surgió Roca. El genio nace dondequiera, *pero no* como quiera, *y éste* « como » *lo da el hogar. En el tercero,* La cepa, *busca el origen y blasones de esta familia catalana y condal ; y arranca del capitán español Pedro Roca (mitad del siglo XVIII), que casó en Tucumán con María Antonia Tejerina, de donde nació José Segundo, padre del general. Estudia la vida de éste en el Tucumán de entonces, de industrias patriarcales ; su casamiento con Agustina Paz que salvó a su novio de una condena a muerte en 1836. Hace un poético recuerdo de aquellas morenas del Tucumán de hace un siglo, tostadas por el sol, la miel y la fiebre, y en especial de aquella madre abnegada de siete varones y una mujer.*

En el capítulo cuarto, El vástago, *habla ya de Julio A. Roca, llegado a la vida en un tiempo de tristezas colectivas, prisiones, terremotos y miserias ; de su ambiente infantil, su amor al estudio, travesuras, de su curiosidad, talento y predestinación ; del sistema educacional de la época, de los sucesos coetáneos, como la guerra civil, enconada por la intervención extranjera ; y en este punto defiende la actitud de Rosas. Ataca más tarde la Constitución del 53, por su inadecuación, según él, su exotismo y su culto de la riqueza a todo trance. Hace la crítica del liberalismo antirosista ; y muestra*

cómo esa ideología actuó sobre el espíritu del adolescente. Éste va al colegio del Uruguay, pedido por Urquiza a su padre. El ambiente del colegio, dirigido por Mr. Larroque, es el que va a predominar en el país, derrumbando a Rosas. Es el de la Constitución, Las Bases, *el progreso liberal, la inmigración, la libertad de ríos, la prosperidad económica, y ese optimismo formidable que ha sido la fuerza y al mismo tiempo el opio de los argentinos. Estudia la disciplina de la casa, y muestra al niño descollante, sobre todo en gramática y latín, lleno de audacia, simpatía y jovialidad. Aquí empieza ya el retrato de Roca, con pincel de maestro.*

En el capítulo quinto, Primeras armas, *muestra cuán militar es la base de la personalidad de Roca, y cómo la vida ruda de sus comienzos lo forma hombre de acción, desde su ingreso en marzo 1° de 1858 de voluntario en el ejército, antes de cumplir 15 años. Corta sus estudios y convaleciente de la fiebre, corre a Cepeda, donde también está su padre. La batalla se ha perdido; él dispara el último cañonazo y conduce su pieza hasta el Rosario, a través de 45 kilómetros de malos caminos. Termina sus tres años de estudios en el colegio y vuelve al ejército. Su vida de campamento es ruda, debe domesticar a muchos presidiarios destinados a su batallón. La intemperie, las necesidades, la doma de aquellos bandidos, endurecen su carácter.*

Así lo presenta ya Lugones, en el capítulo sexto,

Formación del jefe, *dirigiéndose a Pavón. El tiene un sueño en esta época : la unidad nacional. Vuelve Lugones a sus divagaciones sobre la libertad racionalista y la Constitución que llama « extranjera » del 53. Estudia la acción moderadora del ejército ; la influencia de lo militar en nuestra organización política ; la campaña contra el Chacho y la intervención de Roca en ella. Después trata de explicar la guerra del Paraguay. El coronel José Segundo Roca parte a ella con cuatro de sus hijos. El y uno de ellos mueren allí de la peste. El teniente Julio A. Roca entra en la guerra con un ímpetu homérico. Alardea con su poncho blanco y su dormán vistoso, prodigándose y provocando a la muerte. Esta no tiene interés para él. A los 22 años asciende a capitán sobre los campos de batalla de Yatay y Uruguayana y a mayor en Tuyuty. En Curupaytí corre al asalto con su batallón de salteños, que es destruído ; él se mete a caballo en los abatíes paraguayos y se retira, cuando le llega la orden, con su amigo el capitán Solier herido, a la grupa del caballo, y es ascendido allí mismo a teniente coronel ; pero no recibe el despacho porque su tío el doctor Marcos Paz, que ejerce la presidencia en ausencia de Mitre, no quiere favorecer a su sobrino. Cosas de la época. Sólo tres años después, Sarmiento le entrega su diploma. A la hora en que la tropa duerme, él lee. Una noche lo sorprende su jefe el general Mitre, con Tito Livio o César. Cuán agradable sería el asombro del visitante en ronda. Roca sale*

para Buenos Aires con el parte de Curupaytí. El presidente Sarmiento lo envía a Salta en 1868 para solucionar un conflicto. Fué un gran éxito diplomático de Roca. Después de este episodio feliz, se le traslada a la guarnición de Tucumán. El descanso es merecido ; es la ciudad natal que lo regalonea con vanidad materna. Además, es tierra de laureles. Pero el guerrero debe estar siempre pronto a partir. Sarmiento, que al principio lo miró con desconfianza, al verlo tan fino y « cajetilla », ha sido conquistado por él, después del éxito de Salta, y le ordena marchar contra López Jordán. « ¡ Quiero que vaya Roca ! », ha rugido con algún terno. Roca se despereza de Tucumán y parte con sus soldados. Al atravesar los bosques de naranjos cree oír la voz de las brujas que murmuran : « ¡ Tu serás Rey ! » « ¡ Allons, enfants de la Patrie ! ». Los adversarios chocan en Ñaembé. Las tropas del coronel Baibiene, gobernador de Corrientes, se traban en formidable lucha con el rebelde ; el éxito no se decide. Entonces el teniente coronel Roca, al frente del 7 de infantería, se lanza chapaleando sobre dos kilómetros de anegadizos y carga a la bayoneta. López Jordán es vencido y la guerra ha terminado. Es el 26 de enero de 1871. Sarmiento lo asciende a coronel sobre el campo de batalla. Tiene 27 años.

En el capítulo séptimo, El país que iba a mandar, *Lugones vuelve a estudiar el medio, o sea la nueva decoración en que debe moverse la figura central de su libro,*

y estudia la formación del país, que es la creación de seis guerras. Exhibe a Roca en Río Cuarto como jefe de la frontera central que la nación presenta contra los indios. Hace una admirable descripción del territorio, de los salvajes, resume la historia de la conquista, habla con erudición de ganados, fronteras, malones y caciques; de Rosas, los ranqueles, de Baigorria y los araucanos, de los tributos y subvenciones. Y de nuevo vuelve a su leit-motiv : *la Constitución liberal y ajena; de la misión de Buenos Aires, y del contrapeso histórico de Córdoba. Y, por último, de Río Cuarto y de su situación estratégica.*

En el capítulo octavo, El jefe, *muestra a Roca con un pie entre Río Cuarto y Córdoba, echando las raíces en esta ciudad, que era esencial en la política argentina; con el otro pie adelantado en dirección hacia San Luis; dominando así el centro del país, viviendo prácticamente sus dos problemas fundamentales, el de la unión nacional y el del indio, curtiéndose a la intemperie, aprendiendo el manejo de los hombres y de las pequeñas sociedades; y todo esto a los 30 años. Es sin duda una perspicacia de Sarmiento haber descubierto a Roca y haberlo «lanzado». La guarnición de Río Cuarto fué para él su mejor escuela de soldado y gobernante, lo que para César fueron las Galias. Lugones exhibe en este capítulo las cualidades militares del joven coronel, su tipo físico, su bravura y al mismo tiempo su jovialidad,*

equivalente a la risa de los héroes homéricos. Su vinculación con la ciudad de Córdoba se afirma cada vez más. Córdoba sería para Avellaneda y para él, el centro de gravedad política. Habla de su correspondencia y estudia su escritura sacando deducciones de grafólogo con esa osadía de intruso en las ciencias que le daba a Lugones su genio intuitivo. Roca concluyó, pues, desde Río Cuarto, por vincularse estrechamente con la clase gobernante de Córdoba. Le sirvieron para eso su inclinación al liberalismo en boga, su jefatura militar de Río Cuarto, sus laureles de Cepeda y de Pavón; del Paraguay y de Ñaembé; su parentesco con el doctor Marcos Paz, que había sido vicepresidente de la República en ejercicio de la presidencia, y también gobernador de Córdoba y de Tucumán, y por fin su casamiento con la señorita Clara Funes, de la mejor cepa cordobesa. Así el guerrero, al formar un hogar honesto y respetado, echaba cables sólidos en la sociedad más auténtica y se hacía un representativo de ella. Lugones describe la Córdoba de entonces, con amor de hijo del terruño. Después hace el relato pintoresco de la revolución de 1874. Cuenta cómo venció Arias en La Verde; la sublevación de Arredondo y la muerte de Ivanowski, que él cree asesinato, en lo que yo difiero. Lugones describe admirablemente las marchas y contramarchas de Arredondo, la ocupación de Córdoba, la hostilidad de ésta para con él, la retirada de Arredondo a Río Cuarto, después a Villa Mercedes, San Luis

y Mendoza. Roca, después de varias estratagemas astutas, pasa de Río Cuarto a Villa María y a Fraile Muerto, sobre el nuevo ferrocarril, para recibir refuerzos de Buenos Aires y mantener su contacto con Córdoba y el interior. Y ocurre entonces la célebre marcha histórica desde allí hasta Mendoza, sin ferrocarriles, sobre caminos ásperos. Arredondo se atrinchera en el campo de Santa Rosa, con el río Tunuyán a un lado y grandes defensas a su frente. Llega Roca con fuerzas inferiores, estudia la posición, enciende fogatas por la noche sobre el frente; y marchando en la tiniebla, envuelve el campamento enemigo y aparece al alba por su retaguardia, sin darle tiempo a invertir su posición. Arredondo se encuentra vencido sin combatir. Roca tropieza con él y le dice cortesmente: « Mi compadre, es usted mi prisionero », pues era padrino del hijo de Roca. Es el 7 de diciembre de 1874, Avellaneda, ya presidente, consagra a Roca general sobre el campo de batalla de Santa Rosa. Las brujas empiezan a tener razón.

En el capítulo noveno, La Campaña del Desierto, *vuelve a hacer una recapitulación del problema del indio; cuenta la importancia que tuvo la muerte del generalísimo Cafulcurá en 1873, la colaboración del ex cacique Baigorria a las órdenes de Roca, la sublevación de Catriel y la del nuevo generalísimo Namuncurá; la gran invasión de indios, como consecuencia de la desguarnición de la frontera por la revolución; la formidable*

ofensiva araucana; la beligerancia que el gobierno argentino se veía obligado con frecuencia a conceder a los caciques, con subvenciones, grados y sueldos militares, suministro de mercaderías, tratados y fronteras. Explica con claridad el plan de Alsina con su defensiva, el foso y los fortines; la disidencia de Roca, partidario de la ofensiva, que defiende su plan cuando el ministro Alsina lo consulta sobre el suyo.

A pesar del foso y los fortines, llegó la diabólica invasión. Alsina sale a campaña, corre a los indios, pero cae enfermo y muere en diciembre de 1877. El problema queda en pie. La salida de Alsina confirma la tesis de Roca; la superioridad de la ofensiva sobre la defensiva, la inutilidad relativa de la zanja; la inferioridad numérica militar de los indios que sólo pueden oponer 3.000 lanzas contra los 6.000 hombres bien armados y montados del ejército de línea. Entre tanto, Roca está en Río Cuarto, con su frontera tranquila. Espera su destino. En 1878 Avellaneda lo nombra ministro de la Guerra en reemplazo de Alsina. Roca todavía convalesciente, asume la cartera el 12 de junio y ordena la ofensiva inmediata. Se pide al Congreso un millón y medio de pesos fuertes para la campaña, en un mensaje histórico, escrito en colaboración; allí está la síntesis técnica de Roca y la brillante elocuencia del presidente. Se produce un gran debate en ambas cámaras, se hace la cuestión federal, el derecho de las provincias a una

parte de los territorios reivindicados, etc. En el fondo, es un conflicto político. Pero ahí está Mitre, que se levanta de su sector para defender los intereses de la nación; lo mismo que Sarmiento. Ellos no creen que pueda acabarse tan pronto con los indios; pero sí que es un deber intentarlo. En el debate, la actitud de Roca ha sido mesurada; sólo abre la boca cuando ya es urgente su palabra. Así será siempre.

La ley se aprueba. El momento es solemne; se está jugando no sólo el problema del indio sino también el de la frontera con Chile que es correlativo; porque, si nosotros no poseemos el terreno adyacente, tampoco podremos sostener, sino débilmente, que somos fronterizos. Sólo cuando tengamos nuestra bandera al pie de los Andes discutiremos a fondo la frontera. La expedición se organiza inmediatamente por cinco divisiones, con un plan parecido al de Rosas, desde la cordillera hasta la zanja, sólo que esta vez sin la colaboración chilena. En cambio, contamos con dos factores decisivos; el remington y el telégrafo. Ahí salen Levalle, Racedo, Vintter y Villegas. Roca parte del Azul el 16 de abril de 1879. La escuadra también participa, con una división de barcos. Roca llega a Choele-Choel sobre el Río Negro. El problema del indio ha concluído. Roca tiene 36 años; y está listo. Tiene derecho a ser presidente de la nación.

Aquí se interrumpe la obra de Lugones, cuyo resumen acabo de hacer, lo más sintéticamente posible. El

gran hombre de letras ha escrito unas páginas brillantes sobre el gran estadista y militar que fué Roca. El monumento que habría sido en el orden literario e histórico, tan admirable como será el de Zorrilla de San Martín en el orden escultórico, está inconcluso, pero las partes acabadas son suficientes para « ver » a Roca. Queda, es claro, el deseo de saber cómo hubiera sido lo que no podemos ver ; el mismo deseo insatisfecho que sufre el visitante del Museo del Louvre frente a la Victoria de Samotracia. Pero en tales casos, parece que la mutilación acrecienta el valor de lo que se ha salvado.

Hay sin duda en esta obra ese afán que persiguió a Lugones en sus últimos tiempos, de polemizar en favor de sus nuevas doctrinas políticas y sociológicas. Pero en este caso lo hace con bastante discreción. En síntesis, yo diría que en esta obra no está Roca todo entero ; pero lo que asoma es ciertamente Roca.

La iniciativa de confiar a Lugones este trabajo sobre Roca pertenece al miembro de la Comisión doctor Enrique Larreta. Aquélla aceptó la feliz iniciativa con entusiasmo. Se reservó la parte militar para que la estudiara el general Francisco M. Vélez, quien la terminó con el mayor éxito en dos volúmenes. Es tal vez lo más completo que se ha escrito sobre la vida militar del general Roca.

A Lugones le faltaban, cuando murió, algunos capítulos ; y también el último retoque. Pero, con todo, es una

obra fuerte, con el valor suplementario de ser su libro póstumo.

Lugones había conocido a Roca, sobre quien escribiera algún ensayo de gran interés. Roca, a su vez, con su segura perspicacia, lo había descubierto, desde que el primero llegó a Buenos Aires. Porque Roca era un descubridor de almas nuevas y selectas. Como otros hallan y exploran tierras desconocidas, él descubría el porvenir de las almas superiores en los ojos juveniles.

La muerte detuvo la mano de Lugones antes de terminar esta obra. Es probable que hubiera dedicado el resto a la personalidad política del general. Esta parte de la vida de Roca debió ser la más difícil de tratar para Lugones, que en sus últimos tiempos se había entregado con toda su sinceridad y vehemencia al culto de las doctrinas totalitarias en cuanto al régimen del Estado. Muchos años antes había anunciado en Lima «la hora de la espada», y había arrojado la peligrosa semilla de la dictadura, con su potente mano de sembrador a todos los vientos de la América latina, sobre tierras propicias y ávidas de semejante semilla. Y Roca había sido lo contrario de todo eso; un soldado del orden, un estadista del orden, tan alejado de las libertades anárquicas, como de la prepotencia cesarista. Defendió, jugando su vida muchas veces, no el orden medroso de la tiranía, sino el de las instituciones consagradas y democráticas. Es verdad que su realismo político lo obligó a veces a cerrar los

ojos sobre ciertas flaquezas criollas; pero esto mismo era la válvula de escape para que la máquina demasiado apretada no reventase.

Lugones hubiese hecho el elogio de Roca como estadista, no lo dudo; pero en estos últimos capítulos que le faltaron habría sentido el ligero embarazo de sus nuevas maneras de ver las cosas del Estado. De todos modos, basta lo escrito y concluído para que esta obra tenga una unidad concreta y toda la dignidad de una creación artística.

El ciclo lugoniano se cierra así con una obra de arte, cortada por la muerte. Lugones fué impresionado en su juventud rebelde, al llegar de Córdoba, por la grandeza maciza de Roca, y sus últimas líneas de escritor fueron para Roca. En ese gran intervalo, Lugones había pasado por todas las vicisitudes y las contradicciones de una vida trabajada, y volvía al punto de partida, como vuelven muchos, a modo de pájaros asustados que, después de vagar por los vientos contradictorios, se cobijan de nuevo en el árbol donde amanecieron. En ese último vuelo de regreso, el huracán lo destrozó.

La Comisión Nacional del monumento al general Roca, tributa al eminente escritor el homenaje que Roca le habría discernido, el más grato para el artista, la publicación de su obra magistral. La espada tan cívica del general era digna de la pluma tan militar del escritor, y si Roca supo prever el porvenir de Lugones, éste supo avalorar el pasado de Roca.

III

Lugones interrumpe su obra en el momento en que Roca termina la conquista del desierto. Haciendo la síntesis de lo que vino después — ya que sería irreverencia pretender llenar el vacío dejado por el gran escritor — diré que en 1880 Roca entró casi como extranjero en la «ciudad santa», todavía de luto por su sangre azul, vertida en Puente Alsina y los Corrales. Tenía que hacerse perdonar el pecado que no había cometido. No le costó mucho, porque en realidad él no era un producto de estufa oficial. Las medallas que cubrían su pecho fueron ganadas a la intemperie de una vida peligrosamente vivida.

Fué uno de los constructores de esa difícil obra de arte que es la patria, tan grata de verla ya formada, pero de gestación dura y de parto brutal.

Esa patria le debía algo a Roca. A él también le tocó hacerla con su espada de soldado que nunca se desnudó sin decoro. La defendió, ya hecha, en los campos dantescos del Paraguay; y fué paladín del orden para sofocar la anarquía. Terminó la conquista de América, después de tres siglos, iluminando la doble noche del desierto y del indio. Llegaba, pues, a Buenos Aires con títulos perfectos para ser, no un condotiero, *pero sí un conductor. Lugones ha visto todo eso con lucidez, y es lamentable*

que no haya podido mostrarnos al Roca de la federalización de Buenos Aires, al de las dos grandes presidencias y al político de raza que llenó la vida pública argentina, y fué colaborador de Mitre desde 1891 a 1906, en una paralela histórica de quince años.

Tomándolo, pues, donde lo dejó Lugones, diré que la federalización fué cruenta, y no era posible de otro modo. Por ser amputación, era inevitable la sangre y el dolor. Durante cincuenta años se había intentado realizarla « a las buenas » y no se pudo. La Provincia por antonomasia no podía resignarse a perder su cabeza, y « las provincias » no podían vivir sin ella. La Provincia-Nación se encontró frente a la Nación-Provincia en este conflicto que no podía curarse con precedentes americanos ni con fallos de Salomón. En realidad, la receta de Salomón se había practicado ya, pero sin éxito ; consistía en que la Provincia era la dueña y la Nación, la huésped, o de otro modo, las dos madres pretendientes. Pero así como del astuto fallo salomónico resultó el hallazgo de la verdad, así también, de esta convivencia tan antinatural de la hija con dos madres, resultó la crisis y con ella su solución definitiva.

En realidad, Buenos Aires había sido capital nacional antes de que existiera la provincia de su nombre. Su título nacional era anterior y prevalente al título provincial. Era, además, el zaguán por donde desembocaba toda la casa, o si se quiere, la salida del embudo geográ-

fico que era la República Argentina, descontando la Patagonia despoblada. La vieja capital del Virreinato debía, pues, volver a su categoría primitiva y ser la capital de la nación.

Este asunto de Buenos Aires había puesto en peligro la integridad y la existencia misma de la República. Los hombres de Entre Ríos pensaron alguna vez en una República mesopotámica, con esa provincia y la de Corrientes, y tal vez el Paraguay y Uruguay; los hombres de Buenos Aires, en horas de desaliento, tal vez como amenaza, hablaron de una República del Plata. Porque, además, Buenos Aires era la Aduana, o sea la bolsa; y la espada que se fabrica con esa bolsa. La cuestión capital fué el punto neurálgico de la política argentina durante cincuenta años. Todas las soluciones propuestas habían fracasado. El nudo se hacía cada vez más cerrado y duro. Sólo la espada podía cortarlo. Y así fué.

En esto Roca vió claro. Avellaneda buscó solucionar el conflicto por la conciliación. Cedió a su temperamento cordial, a su fe en la persuasión, explicable por los éxitos repetidos de su palabra mágica, y también a su convivencia de casi un cuarto de siglo con los hombres y cosas de Buenos Aires, donde se había forjado su personalidad política. Roca, por el contrario, habituado a las soluciones de fuerza, por más que su temperamento le permitió después adaptarse a las necesidades políticas,

estaba nervioso con las aparentes vacilaciones de Avellaneda. Pero con astucia ya zorruna de candidato, más hábil en esto que Sarmiento, no quiso gastarse en el frotamiento áspero de la lucha enconada; y estuvo así ausente de la batalla fratricida. Ausente, pero no indiferente, ni neutral, ni inactivo espectador. Él dirigía los hilos con su habitual pericia, y cuando llegó el momento propicio se presentó en Buenos Aires.

La ciudad regalona aceptó por fin al petit-caporal *un poco intruso, a regañadientes primero, con resignación después; y al último con simpatía y respeto. Sería excesivo decir que llegó a considerarlo un hijo. El siempre trató de ganársela; y se la ganó a medias, porque supo ser hombre de gobierno y hombre de mundo. Sabía llevar la banda de presidente con autoridad y la levita de señor con distinción imperceptible. El ganó la ciudad, pero no en la calle sino en los salones; se acercó a sus hombres más interesantes; y llegó a vivir en ella como si fuera su cuna.*

No haré el análisis del largo período de actuación del general Roca, que Lugones no tuvo tiempo de tratar, y que abarca de 1879 a 1914, o sea, 35 años, es decir, el período más largo y fecundo de su vida pública. Yo no puedo reemplazarlo en esta ardua tarea. La mía, de prologuista, debe consistir en llenar apenas la superficie de ese vacío haciendo una somera y rápida síntesis de lo que representó Roca para el país, de lo que significó en su

historia, del tipo de hombre público que fué, repitiéndome tal vez porque mi síntesis de Roca la hice antes y no ha variado.

Roca fué la realización de Alberdi; un Alberdi logrado. Lo que éste predicaba, Roca lo hizo. Dicen que del dicho al hecho media un gran trecho; pero sobre este trecho formidable se colocaron Las Bases, *es decir, los cimientos, la obra muerta, que es la que más vive. Y pudo hacerlo porque conocía su tierra, sus hombres y «los bueyes con que araba»; se conocía a sí mismo en lo posible. Y no exigía demasiado de los hombres, porque no creía mucho en ellos; pero esto no le amargaba la vida; era escéptico, pero no decepcionado. Por eso no apuraba a su gente para ir entre ella, pues no le gustaba situarse demasiado adelante ni tampoco atrás.*

Gobernó con los hechos, acatándolos; aprovechó el viento, como el buen marino, utilizándolo en sus velas. Ese oportunismo fecundo le permitió hacer lo bueno, aunque no fuese lo mejor. Estaba contento con su país y con su tiempo. Esto da mucha fuerza al político que gobierna. Estar contento es la mitad del éxito.

No filosofó hasta después de haber vivido. El gran peligro es hacerlo al revés. Leía siempre, llevaba libros en sus bagajes, y alguna vez sustituyó en su mochila el frasco de caña paraguaya con las Vidas Paralelas; *leía en tierras de indios a la luz de las fogatas, como un*

general romano conductor de legiones en el Quersonero. Pero no gobernaba con lecturas ni con silogismos, sino con su buen sentido providencial. No hacía planes muy anticipados; improvisaba un poco según se presentaba la batalla. Tenía el don de la medida en su palabra, en su gesto y en su silencio.

Conquistó el desierto, hizo la paz, tuvo hijos, plantó árboles y escribió la historia con su espada de soldado y con su bastón de presidente.

El 12 de octubre de 1904, al terminar su segundo gobierno, el general Mitre fué a saludarlo: « Yo recibí su juramento; vengo a decirle que lo ha cumplido ». Fué un fallo inapelable. Mitre era ya la historia.

Sus gobiernos fueron fuertes porque la Constitución argentina ha organizado un ejecutivo ultrapotente, preventivo de la anarquía que había de curarse. Pero no resbaló a los excesos. Varias veces vencedor en las batallas, nunca fué tentado de dictadura ni tenía el temperamento. El militar fué muy militar; pero el hombre político fué civil. Siguió así la tradición del Gran Capitán que echó su semilla fecunda en la tierra argentina. Y el ejemplo de Mitre, que, siendo militar, fué siempre un político civil. Y también el de Urquiza, libertador de hombres. Por eso, entre nosotros, la teoría de los gobiernos despóticos no tiene precedentes en los grandes conductores, ni siquiera en los militares. Al contrario, el único gobierno

absoluto con sede en Buenos Aires, desde 1810 hasta la fecha, ha sido el de Rosas, que fué hombre civil, y sólo militar a ratos perdidos. Ésa es la tradición del país; lo demás es exótico.

Roca fué el orden y la paz; era bastante. No fué pacifista sentimental y afeminado; era un pacifista cerebral y viril. Amaba la paz porque conocía la guerra. Rompió el témpano que nos separaba de Chile, y selló nuestra amistad en la conferencia del Estrecho, y en los pactos de mayo de 1902, que también son una cosa definitiva, con una prueba de 36 años.

Roca nos acercó al Brasil en su segunda presidencia, con su visita a Río y la retribución del presidente Campos Salles; y de ahí nació el tratado sin cláusulas, *que está vigente hasta ahora, y que ya es una especie de romanza sin palabras.*

Dejó así la Argentina en paz con los de afuera, todos sus asuntos de límites concluídos y respetada como nunca. Porque este pacifista no había olvidado las armas; las había preparado con toda eficacia para obtener la paz. La conocida frase de Si vis pacem para bellum *tiene generalmente una reserva hipócrita. Se prepara la guerra y se quiere la guerra. Roca, no. En él, esa frase fué una verdad íntima; siempre quizo la paz; la obtuvo y disfrutó de ella.*

El último servicio fué su nueva embajada a Río, a pedido del presidente Roque Sáenz Peña, su adversario

antiguo. Aceptó esta colaboración en homenaje al país. Su objeto fué obtenido con creces. Él aquietó las aguas que algún Neptuno criollo había revuelto con su tridente inquieto. Porque su misión política fué siempre la de aquietar y lubrificar.

Caminaba despacio y miraba de soslayo, en su andar y en su pensar; y escuchaba con avidez, como si oyera con los ojos. Era de pocas palabras y muchas obras. Provocaba la confidencia y sabía utilizarla. No sabía hablar en público; pero sabía callar en público y en privado. Hay dos grandes silencios heroicos en la historia argentina: el silencio de San Martín sobre Guayaquil y el silencio de Mitre sobre Humaitá. Roca a su vez tuvo abundancia de pequeños silencios esforzados. Le repugnaba el énfasis y la jactancia, como corbatas provocativas.

Tuvo, como el sol, grandes satélites, con pasta de presidentes todos ellos. Eso lo agrandó. Es que sabía encontrar al hombre idóneo, porque lo buscaba. Instintivo o intuitivo, baqueano en la pampa y en el gobierno. Sin éxito de calle, pero no indiferente a la calle. Desconfiado, pero sin amargura, porque no había exagerado su esperanza. Sabía la vida, antes de teorizarla. Eso lo había hecho analítico; pero le faltó la síntesis, el penacho. Su camino fué áspero; pero se tuvo fe; y creía como un fatalista en su estrella. Así pudo ser alegre y bromista y ésa fué su dicha: poder reír en su retiro versallesco de

La Paz, a la edad en que los hombres han olvidado la risa.

Roca, como político y militar, fué un aro de engarce entre lo nuevo y lo viejo; el nexo entre los soldados de fogón y los de escuela, entre los caudillos practicones de viejo cuño y los universitarios un poco teóricos. Roca los entendió a todos y púsolos de acuerdo. Su finura, su excepticismo, su moderación, dieron a su tipo de gobernante una marca original. Comprendió el tiempo nuevo que llegaba y fomentó las escuelas y también las cosas materiales, las grandes obras urgentes de la instalación. Pero no se dejó embriagar por la riqueza que se desbordaba y su muñeca de gobernante llevaba el timón con setenta pulsaciones.

No despertó entusiasmos líricos, ni existió «el misticismo Roca», ni tuvo raptos de esos ensueños que ennoblecen la vida; porque nunca perdió contacto con la tierra, que es grosera pero es verdadera, ni llegó a embarcarse en las naves del aire. Cada paso que daba era después de asentar bien el pie, seguro de no hundirse, y así condujo a su pueblo, sin hacerle concebir esperanzas quiméricas, ni acobardarlo con presagios sombríos. Fué político y hombre de Estado, de buen sentido sobre todo, rumbeador *de gran estilo, seguro y de crédito, que llegó adonde prometió.*

Conquista del desierto, federalización de Buenos Aires, paz externa, obra escolar, ferrocarriles, colonización,

pacificación de los espíritus ; fueron sus siete trabajos de Hércules, bastante y de sobra para inmortalizar a cualquiera.

Por eso, este muerto vive aún y cada día vive más. Parece que a medida que escasea la grandeza entre los vivos, se anticipara la resurrección de los grandes muertos.

OCTAVIO R. AMADEO.

LIMEN

EL GENERAL DON JULIO ARGENTINO ROCA NACIÓ EN TUCUMÁN EL 17 DE JULIO DE 1843, Y FALLECIÓ EN BUENOS AIRES, EL 19 DE OCTUBRE DE 1914. FUÉ DOS VECES PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, MANDÓ EN JEFE SUS EJÉRCITOS, COMPLETÓ SU DOMINIO TERRITORIAL POR LAS ARMAS, LO ASEGURÓ EN EL DERECHO, Y DÁNDOLE TODAVÍA PROSPERIDAD, ORDEN, PAZ Y JUSTICIA, MERECIÓ CON ELLO EL TÍTULO DE CONSTRUCTOR DE LA NACIÓN ENTRE LOS GRANDES QUE ASÍ VENERA LA PATRIA

ROCA

I

LOS CONSTRUCTORES

Toda nación, como entidad viviente y política según su sentido propio, vale decir, racionalmente dispuesta, es una construcción determinada por la necesidad de instalarse los hombres que la forman, el método con que procuran realizarla en satisfactorias condiciones de seguridad y bienestar, los medios de que a este efecto disponen, y la aspiración de mejorarla que abrigan; pues tratándose de un organismo humano, al estar compuesto de elementos así, dicha tendencia progresiva le es inherente como tal.

Esta noción de adelanto, al excluir la fatalidad biológica, diferencia radicalmente el crecimiento animal del humano; con lo que, siendo el pueblo quien forma la nación, resulta de la mayor importancia indagar en su servicio aquel cuádruple fenómeno material y moral que dicha obra resume, para darle así el concepto de su ser y la conciencia de su destino. El objeto de la historia es, entonces, averiguar cómo se formó la nación, para saber de qué

modo hay que seguir construyéndola. Cuanto más hondo arraigue ella en la entraña de la civilización a que pertenezca, mayormente fortificará su vitalidad y su carácter. La continuidad histórica es garantía de solidez.

No vive el hombre por vivir, como la planta o el animal que, con hacerlo, se consumen ; sino para algo superior que da al patriotismo su significación de virtud, transformando el apego instintivo en fuerza consciente. Esta noción espiritual de superioridad, conceptúa el honor de la patria, que es una constante afirmación de dicha excelencia. La historia puramente narrativa frustraría aquella su elevada misión, aunque la lleve implícita, toda vez que reducida la nación a cosa geográfica, biológica y económica, sólo sería una tribu. Al afirmar que la nación no es obra del pueblo, sino y mejor que ella misma, definimos una entidad humana que practicando el arte de gobernar, reconoce categoría superior a la inteligencia. Más aun : que ejerce esta facultad en su triple acepción formativa de orden moral, racional y estético ; por donde se dijo con verdad que el gobierno es una obra de arte.

Bajo este concepto, el constructor, según llamamos por antonomasia al que organiza los elementos de la obra y la dirige, adquiere un descuello tal que la sintetiza en su persona aplicada de esta suerte al

bien común ; con lo cual la define, dando su nombre a la época correspondiente. Los nombres de esos grandes servidores del pueblo, resultan, como se ve, expresiones significativas de la historia, y tanto, que ésta deja de existir con su olvido, o tiene que inventarlos para no acabarse, imaginando los númenes epónimos ; pues así es de indispensable el jefe a cualquier organización humana. La unidad de la acción colectiva tiene que manifestarse encarnando en un director ; y para atenerme nada más que a nuestra filiación latina, tal fué durante el paganismo la formación del Imperio Romano, lograda al cabo de una experiencia multisecular como el mejor resultado político que se conozca, y tal es, en la continuidad histórica, la Cristiandad o «cuerpo de Cristo», según se la define a consecuencia de la encarnación redentora ; por donde vemos realmente que, cuanto más espiritual, mayor eficacia congregante posee la susodicha dirección.

De este modo, pues, no hay civilización completa sin latinidad ; o mejor dicho, la civilización es cosa romana como la ciudadanía de idéntico sentido esencial (1) ; y por lo mismo, también, el cristianismo perfecto es el católico romano.

(1) *Civilitas* : política o arte de gobernar; urbanidad, amabilidad, cortesía. *Civilis* : político, popular, sociable. *Civis*: ciudadano. *Civitas*: ciudad, nación, política, ciudadanía.

Cobra, así, una trascendencia evidente el hecho de que fuese España, campeón del catolicismo, quien conquistara estos países para incorporarlos a la Cristiandad, formándolos por consiguiente en el heroísmo y en la fe de su inspiración militante. Categoría histórica más alta aun, según lo dicho, si se considera que siendo España, por la sangre, tan arábiga y hebrea a la vez, era completamente latina por la fe y el idioma que constituyen los valores esenciales del alma; pues, con ello, vuelve a verse que es el espíritu lo que forma al hombre y al pueblo, y no la raza o materia biológica, y menos, la territorial o climatérica. Pero, más todavía, ninguna de las naciones pertenecientes a la latinidad fué tan romana como aquélla, y bastan para comprobarlo, tres elementos fundamentales de su índole: el idioma, superior en la prosa, con temple y decoro análogos a los de aquel verbo imperial, también mejor, por lo más genuino, que los metros de la retórica helenizante; el derecho precristianizado, diré así, en la noción estoica del «género humano», que, al soplo ya providencial del Evangelio, inspiraría con santo amor de justicia la legislación promovida por Vitoria y Las Casas; y el heroísmo caracterizado por la estupenda constancia, zócalo de granito con que, en su propia cordura, daba apoyo la empresa al arrebato quimérico que no era sino la negación de lo impo-

sible, como hachón precursor descabellado en llamaradas. Pues lo asombroso de la Conquista estuvo en que excedió los modelos ya sobrehumanos de su propósito: romances caballerescos y leyendas de santidad. Así con Alvar Núñez, Pizarro, Cortés, Francisco Solano, Ruiz de Montoya...

Todo ello que da ganas de ponerlo en latín recio y flamígero como bronce de combate. *Parcere subjectis et debellare superbos* (1) — fórmula del Senado. ¡Qué cosa, también, más de paladín y apóstol! ¡Qué obra tan romana, pues, la Conquista de que salimos!

Pero todavía más ardua fué en la tierra argentina por la escasez de recursos, que afligiéndola con singular pobreza entre todas las de América, impuso al hombre mayor esfuerzo y sobriedad, y por lo indómito de sus indios, que prolongaría la guerra de ocupación, concluída hacia 1600 para el resto del Continente, hasta el último quinto del siglo décimonono. Austeridad que prepararía, como el ayuno precedente a la toma de armas del paladín, para la empresa libertadora de nuestros padres.

De acuerdo, pues, con su historia, el pueblo argentino, predestinado a la espada, como se verá, no obstante las apariencias y errores de un falso liberalismo, debe tener por constructores a individuos de

(1) Respetar a los oprimidos y abatir a los soberbios.

formación cristiana y militar, según acontece hasta hoy, lo que es ya una prueba ; y por esto su más grande obra, o sea la emancipación, iniciáronla, adecuáronla y consumáronla el 9 de julio de 1816, soldados y sacerdotes. Así, el éxito inicial de la Revolución, lo aseguró Saavedra con su espada ; la libertad ganáronla con las suyas Belgrano, Güemes y San Martín ; el régimen federal y la forma republicana de gobierno, única organización viable, fueron sendas iniciativas del deán Funes y del padre Oro ; empresa tan nacional, que cada uno de todos ellos perteneció a distinta provincia.

Constituye, entonces, el más alto interés nacional la conservación de las virtudes cristianas y marciales, que siendo las mismas del hogar, dan a la patria su fundamento mejor en la familia bien formada. De hogares así procedieron los constructores ; pero hay todavía algo más característico.

En concepto romano, y por esto no menos significativo para la presente latinidad, el estadista completo también ha de ser general ; como que *emperador* quiere decir comandante en jefe. Tal fuéronlo, y excelentes, Marco Aurelio el filósofo, Justiniano el codificador, y asimismo lo entendía Sarmiento para quien, como latinos, «formamos parte integrante del Imperio Romano», cuando apreciaba con tanto celo sus galones.

Pues de más lejos viene, siendo esencial en la índole grecolatina, y baste recordar, a propósito, que Pericles fué brillante general, con lo que, al integrarse aquélla en la civilización cristiana, gloria del mundo, su esclarecimiento resulta un verdadero título de nobleza para las naciones de tan ilustre prosapia.

II

EL HOGAR HIDALGO

Si la Conquista, o dicho con mejor criterio histórico, la incorporación de estas tierras a la Cristiandad, fué obra conjunta de la espada y la cruz, y en el Río de la Plata más evangélica que militar todavía, según lo vamos a ver, su formación estable se efectuó sobre el hogar hidalgo; epíteto que empleo porque la ocupación inicial, o Conquista, propiamente hablando, ejecutóse con gran mayoría de gente de aquella clase, cuya condición trasmitieron desde el principio los padres, en su afecto natural, a la descendencia ilegítima de los primeros accesos.

Adviértase, sin embargo, que siendo de carácter militar dicha condición, por su origen habitualmente guerrero, el condigno pundonor sobrepúsose luego al sentimiento con severo decoro, aunque la familia criolla nunca perdió, tampoco, aquella índole cariñosa y democrática inherente a las exigencias del medio: uniones, que dije, inevitables ellas; aislamiento peligroso que acentuaba la intimidad; nece-

sidad de bastarse y ayudarse entre pocos, lo cual igualábalos en el mérito del esfuerzo común, tal como a su tiempo la hidalguía originaria.

La religión, tan poderosa entonces, como que el objeto superior de la Conquista fué su propagación, primer deber del cristiano, quien ejerciendo así, a un tiempo, la caridad y el amor a Dios, practica las dos mayores virtudes, influyó, a su vez, con doble motivo : la moral obligatoria y la fraternidad en el divino linaje, que igualando a los hombres por la Redención, y protegiendo en consecuencia a indios y criollos contra la iniquidad frecuente del privilegio peninsular, hizo de ellos sus más fervientes devotos. Así, mediante empresas asombrosas como las misiones jesuíticas, y creaciones como la Universidad de Córdoba, con todo el esplendor de su doctorado *in utroque*, sobre la miserable ranchería que era entonces la ciudad.

Por otra parte, la hidalguía del conquistador, ganada principalmente en la guerra de reconquista contra el musulmán, llevaba ínsito el fervor religioso, y habíase formado sobre el concepto medieval de la identidad entre patria y religión, más vigoroso por aquel motivo en España. Aplicó así ambos elementos a la formación del hogar que constituía y de la patria que se dió después en el ejercicio de la libertad cristiana ; pues bajo tal signo se realizó aquella

empresa de nuestra gloria. Por esto no cometieron felonía los españoles que nos ayudaron a consumarla, y fueron tan buenos cristianos, a la vez, sus sacerdotes y sus soldados.

Al propio tiempo, como salvo en la pampa, desdeñada entonces por estéril, — el indígena ofreció poca resistencia o quedó pronto exterminado — la obra civilizadora de estas comarcas fué, según dije, más evangélica que militar, hasta la guerra de la independencia, cuando la familia criolla estaba ya de antiguo constituída con la sólida honestidad que forjaron por decirlo así, la robusta fe y la digna pobreza.

Poco antes de la Revolución, el incremento de los malones, renovando el peligro de la instalación inicial, exaltó la energía bélica, nunca extinta, además, por la amenazadora repercusión que siempre tuvieron las guerras metropolitanas. Así, las invasiones inglesas requirieron la organización de los elementos militares con que hubo de iniciarse el movimiento emancipador.

Entonces, con las prolongadas campañas de la independencia y la guerra civil, que pusieron a casi todos los varones sobre las armas, quedó el hogar hidalgo bajo la dirección poco menos que exclusiva de la mujer, cuya categoría cristiana dábale ya grande influencia. Plegarias y promesas por los ausentes,

consejos más solicitados al confesor, autoridad moral más necesaria en razón de la femenina delicadez, acentuaron la devoción familiar. Esas madres fueron, pues, y con preponderancia cada vez mayor, las autoras de las tres generaciones que construyeron principalmente la patria. Y nada enseña mejor cuánto más importante para la mujer es la cultura moral — no la intelectual, y menos la intelectualista, — que la instrucción de aquéllas, reducida a lo elemental, cuando no hasta nula como en la madre de Sarmiento, que fué analfabeta, sin perjuicio de ejercer el gobierno del hogar con predominio y acierto por él mismo alabados.

Casadas muy jóvenes, además, entre los trece y los dieciocho años, sólo una formación moral y una disciplina social firmísimas, pudieron darles la seguridad que manifestaron en tan ardua labor como vino a corresponderles, sin perder candor ni gracia bajo la tempestad. Así, en su propia endeblez, resiste mejor al huracán la azucena que la encina.

Las monjas, a veces alguna señora necesitada que «ponía escuela» para ganarse la vida, o la propia familia con más generalidad, enseñaban el modesto cuadrivio: lectura suficiente, escritura más perfilada que ortográfica, pocos números, mucho catecismo y rezos: pero quien haya oído conversar a esas damas, tal cual yo las alcancé, guardará vivo, sin duda,

el encanto de una discreción armoniosa que con noble pulcritud no exenta del genuino grano de sal, complacíase en la elegancia de aquella expresión cuyo secreto parece haberse perdido.

Y como la eficacia del lenguaje consiste en su hermosura, y ésta le viene de su claridad y exactitud, que significan pureza veraz — con todo lo cual es pecado la palabra ociosa, según cristiano precepto — dicha expresión revelaba por sí sola una efectiva cultura, según llamamos a la civilización cuando florece en el espíritu. Así constituyen la verdad y la virtud estados de belleza, reintegrando con ésta su unidad esencial. Ética y estética son una y la misma cosa; y por esto Horacio, en texto que me parece de oportuna recordación, llama decentes a las Gracias (1).

Hubo, entonces, tanta grandeza en la patria, siendo la gente tan poca, a causa de que hombres y mujeres realizaron al grado heroico su respectiva misión, que es la defensa por el coraje y la conservación por la virtud; obra ésta cuyos méritos asignan preeminencia, quizás, al elogio de nuestras madres. Es que si carecieron ellas de escuela, tuvieron hogar, que educa mejor; y éste, por los motivos antedichos, cultivaba como primordiales virtudes la prudencia,

(1) Libro I, Oda IV, verso 6.

la fortaleza, la modestia, la concordia y el desinterés que, constituyendo el carácter, daban al patriotismo firmeza y temple.

En hogar así nació Roca y lo criaron, lo cual no intenta explicar su eminencia propia, sino armonizarla debidamente con su origen; pues, si al hombre común lo hacen de consuno familia y sociedad, el grande hombre se forma y realiza él mismo. Sólo que cuando para ello encuentra elementos favorables allá, como a éste le sucedió, lo efectúa mejor, y de igual modo lo compensa con su obra, toda vez que construcción es armonía realizada. Escrito está que el espíritu sopla dondequiera; y nada lo esclarece tanto como la personalidad singular del grande hombre; pero la planta humana tiene su clima natal, y cuando es de las superiores, redunda ello en mérito de aquél, porque acredita su potencia excelente. Dícese bien, con esto, que glorificando al grande hombre se enaltece el país, fuera de que la justicia es, asimismo, obra gloriosa.

Sopla, pues, dondequiera el espíritu, pero no como quiera, sino de acuerdo a la razón natural que presume la cepa en el racimo; consideración que excluye de la historia la apelación arbitraria al prodigio y la fatalidad determinista a la vez.

III

LA CEPA

El capitán español don Pedro Roca, que vino a Buenos Aires hacia la mitad del siglo XVIII, fué aquí el tronco paterno del cual habremos de partir, no por desdén inmerecido para su noble alcurnia peninsular, sino porque la misma indiferencia con que solían desprenderse de la suya quienes como él trasladábanse a estas tierras, indica el escaso interés que en las mismas despertaba.

Hijos de sus obras, los conquistadores, cuando aristócratas, fueron rara vez mayorazgos, dado que esta condición ventajosa arraigaba naturalmente al suelo natal con halagos de posición y fortuna ; doble motivo de igualdad entre ellos y de apego al país donde se instalaban. Su diferencia con los nativos fué, así, gentilicia o nacional, más que nobiliaria ; y cuando la inherente a la vez que odiosa superioridad, tornóse insostenible ante el aumento de los últimos, aquel doble motivo concurrió también a estimular el movimiento emancipador y republicano.

Fijado esto, y que lo sea para recordar, por su grande importancia, que la armonía con el medio infunde al sujeto eficacia mucho mayor, pongamos que el referido capitán pertenecía a la familia condal de los Roca, de marcial origen catalán que remontaba a la guerra contra los mulsumanes, en la cual otro de su mismo nombre había ya portado, como blasón, el roque de oro sobre gules.

Nada más difícil que la investigación de estos antecedentes familiares, en el enredo antojadizo y vetrunal efectuado ya de antiguo por reyes de armas y truchimanes heráldicos; si no revela mayor acierto, a la vez, dejar tales cosas en una vaguedad, por decirlo así, de artístico claroscuro, puesto que siendo arte la historia, lleva consigo la aversión a todo exceso, como el de prolijidad, que es fastidiosa insignificancia.

Puede, con todo, permitirse uno añadir, por lo bello de los símbolos y su perfecta adecuación al personaje, que el roque expresa —como en el alusivo ajedrez, juego militar, ciertamente, —fortaleza o torre de combate, y «roca», según la etimología más exacta, a fe, en el blasón que en el *Diccionario* (1); el oro de su materia, entre otras cosas mag-

(1) El libro académico desacierta en las etimologías de *roque* y *roca*, antonomasia aquélla de esta voz, es decir, la misma cosa. La primera procedería, según él, de un socorrido «persa *roj*, carro de guerra»,

níficas, el león del Zodíaco, el mes de julio, la magnanimidad, el esplendor y el poder ; y de los gules de su campo, Marte entre los planetas, entre las virtudes el valor y el honor, entre las excelencias la lealtad y la victoria. Añadamos que el escudo de un solo cuartel, como el que nos ocupa, es propio del apellido puramente (1). Documento histórico equivalente a un despacho militar, asume significación muy superior en su síntesis gloriosa.

Si esto, por lo demás, valiese tan sólo para los creyentes en la predestinación, es el caso que nuestro héroe supo ganarse tan cumplidamente sus armas, que nadie mereció como él aquellas de su linaje ; y en cuanto a lo que este último significa, básteme recordar que entre la herencia y el medio ambiente, los biólogos atribuyen a la primera más importancia cada vez como elemento constitutivo.

Desposado el capitán Roca en Tucumán con Ma-

pasado al árabe erudito con la acepción de torre de ajedrez, aunque los mulsumanes, introductores de dicho juego en Europa, llaman comúnmente a la pieza en cuestión, *al-kálaat* : la fortaleza. En cuanto a *roca*, voz que el léxico se limita a relacionar con las francesas *roc* y *roche*, y con la italiana *rocca*, procede del griego *rosch* (transcripción fonética) rogós : pedazo de cosa rota, y grieta, rajadura, que emparienta con el término latino *ruga* : arruga, aspereza, rugosidad.

(1) Vicente Castañeda y Alcover, *Arte del Blasón*, capítulo IV. (Madrid, 1916) y Gregorio García Ciprés, *Diccionario Heráldico*, páginas 25 y 136 (Huesca, 1916).

ría Antonia Tejerina, de precipua clase allí, fué uno de sus hijos con ella, José Segundo, padre del general, en quien comenzó a tornarse gloria patria la claridad de la estirpe.

Tucumán figuraba desde entonces entre los principales miembros de la entidad argentina, propiamente dicho, pues sabido es que, antes de advenir a nación, definíamosla el Plata; y su formación histórica, bicentenaria ya, su situación geográfica, central en el Virreinato, su feracidad como de opulenta vega, al recuesto de la montaña frondosa, caracterizaban la hidalguía local con un triple rasgo de genuina combinación entre la recia forja del triunfo alcanzado en lucha secular contra las más porfiadas tribus del interior, que fueron las chiriguanas y calchaquíes; el patriotismo, como quien dijese focal, mas, así también, radiante, y la provechosa actividad fabril que, en el recíproco influjo de los elementos formativos, imprimía a la personalidad reposada benevolencia.

Merece especial recuerdo aquella industria, por decirlo así, solariega, en virtud del progreso que fomentaba; mientras el consiguiente bienestar, favoreciendo la instrucción de los libros y los viajes, daba de consuno ventajosa singularidad al consabido empresario. Actividad semicasera y explotación completamente local de los productos nativos

mediante la tenería, el maderamen de construcción y rodado, el trapiche de las melazas y aguardientes, acentuaban todavía el rasgo criollo de aquel señorío ya más burgués que aristocrático.

Así fué patriarcal, pero firme como de brida potrera, su dominio sobre la plebe bravía con la sangre del indio antecesor que exaltaban a porfía el alcohol barato y el sol violento; si bien la índole profundamente amorosa con el clima, a la vez que el abandono peculiar del mestizo, predisponían el afecto popular a la entrega apasionada bajo el prestigio de voluntades poderosas.

Casta y naturaleza embellecíanse en la mujer, afamada por los ojos que diríamos propiamente de gacela, a la letra de un madrigal andaluz, si no los luciera más dulces la corza comarcana o «corzuela», según su cariñoso diminutivo, como para enternecerlos con mayor suavidad en la fragante palidez de diamela. Y a esto, una correspondiente gentileza afinada en el donaire cimbreño; sutilizada por el rebujo entre picaresco y fatal del mantón, al amparo de su sombra de seda; agraciada por el dejo cantante y, al propio tiempo, la viva mordacidad que escondía la pimienta de su clavel en la delicia del roído alfeñique. No, a fe mía, sin que la rivalidad mujeril o el encono político, insolentaran tal cual vez en linda boca el agresivo remoquete con que se

vocearan de puerta a puerta aquesas damas de pro, desahogando el vehemente genio...

Devotas ellas, no obstante, al paso que pulidas por la buena crianza, su encanto y su hermosura resaltaban con particular atracción, explicándose así que se le rindiese tanto forastero en andanza, o de guarnición, como el dicho don Pedro Roca.

Clara aparición de doncella en el zaguán profundo sobre el patio morisco del aljibe y el arrayán, o de recatada feligresa en la nave sonora bajo su escarpín, — ay del galán, ay del pasajero al acaso : — que todo fué verla, diría mi capitán, y caer mal ferido el corazón indefenso, ante aquella preciosa cuanto bien nombrada María Antonia Tejerina y Medina.

La posición central, además de sus méritos ante la Patria, como aquella prístina victoria de 1812 que, confirmando la proclama del vencedor, renombróla « Sepulcro de los Tiranos », para erigirla dos años después en capital de la provincia — que así fué su engendro heroico (8 de octubre de 1814) (1), — atrajo sobre la ciudad el galardón insigne de que allí se declarase la Independencia, con que ganó la otra mitad de su corona, al titulársela por ello « Cuna

(1) Así el condigno decreto del Supremo Director de las Provincias Unidas, considera el propósito « de distinguir en algún modo el glorioso Pueblo de Tucumán que ha rendido tan señalados servicios a la Patria ».

de la Libertad» ; y sucedió que ese mismo año de 1816, sentó plaza de cabo primero de Cívicos de Tucumán, por supuesto que en ofrenda a la Nación, según lo estilaban las principales familias con lo mejor de su sangre, José Segundo Roca a la edad de dieciséis años.

Cincuenta de actividad militar, sostenida en una de las más largas carreras del escalafón, hasta caer durante la última campaña a la cual había concurrido con cuatro de sus hijos: uno, Celedonio, muerto también allá ; otros dos, Rudecindo y Julio, sendos futuros generales ; —medio siglo, pues, sobre las armas, dió a soldado tan completo como lo fué, meritísima participación en cuatro guerras : la de emancipación, para él consumada con los laureles de Junín ; la del Brasil, su complemento, donde ganó las charreteras de teniente coronel al lado de Alvear ; la civil, si no está mejor llamarla constituyente, que hizo con La Madrid y Lavalle ; y la del Paraguay, que aseguró a la nación los cimientos de su dominio imprescriptible con la sanción de la victoria.

Insistamos un poco más, que vale la pena.

A los catorce años de su ingreso en las tropas, alcanzaba el guerrero la efectividad de coronel, habiendo mostrado cumplidamente su calidad nativa y su cultura militar formada —letras inclusi-

ve — al pie del cañón, con servicios tan señalados como el que prestó a las órdenes del magnífico Arenales en aquella primera Campaña de la Sierra — la más ardua que efectuó, acaso, el ejército libertador del Perú ; — ya que no sólo puso en ella su espada, sino que dejó, bajo el modesto título de « apuntes », el mejor relato personal de la misma : brazo y cabeza a cual mejor para aquella asombrosa andanza de ocho años que lo llevó de triunfo en triunfo desde su Tucumán de los Cívicos hasta los campos del Ecuador con Sucre por jefe !...

Siete hijos varones y una mujer, como en los antiguos romances de la leyenda — y de la historia — glorificaron la unión que contrajo con Agustina Paz, también de ilustre ascendencia, pues era hija del doctor don Juan Bautista Paz y Figueroa, presidente del Cabildo tucumano que en 1810 se declaró por la Libertad. Así, la esposa asociaba con su linaje la palma cívica al bélico laurel.

Un episodio de dramática belleza había enaltecido aquel amor al grado heroico.

En 1836, el general unitario don Javier López, alzado contra el de su clase don Alejandro Heredia, gobernador federal de Tucumán, invadió esta provincia, desde Salta, al frente de algunas fuerzas entre cuyos jefes se hallaba Roca. Vencidos y presos por Heredia en Famaillá (23 de enero) y conde-

nados todos a muerte, fué ejecutado López dos días después, tal cual procediera él mismo con los generales don Martín Bustos y don Bernabé Aráoz en 1823 y 1824, según el implacable rigor militar de la época. Entonces Agustina Paz impetró de Heredia el indulto para su novio ya en capilla, pues solía perdonarse al reo cuando una mujer lo pedía para marido; piadosa costumbre, realzada seguramente en el caso, por los méritos y calidad de los protagonistas, tanto como por el motivo de la petición, cuya doble influencia es de inferir sobre aquel culto soldado.

Ya veremos con qué patriótica sencillez conceptuaba ella la responsabilidad de su origen y su destino. Consideremos ahora la importancia de su gobierno familiar, casi permanente con las prolongadas ausencias del esposo, ora en la guerra, ora en la emigración, o detenido, por último, desde 1839 a 1842, en Buenos Aires, a disposición de Rosas: desempeño que por difícil asombra, entre las vicisitudes sin cuento de una época desgarrada hasta la ferocidad con que la suerte pareció templarla a porfía, hasta resultar, así, de su hechura el molde como para bronce en que había de lograrse con tamaño acierto la personalidad prócer que nos ocupa, aunque ésta ofrecería tanta dificultad, a fuer de su mismo carácter extraordinario. Nada más impor-

tante, en efecto, que el cuidado de la tierna planta, por eminente que haya de ser su adultez, y aun con mayor motivo si se considera lo que así ha de resaltar su temprana torcedura.

Amable señora de los ojos tranquilos, la frente ancha y tersa bajo la doble ala del sencillo peinado cuyo toque « virginal » acentúa la pureza de la boca en que la maternidad no abatió aún las comisuras ascendentes de la doncella. Boca grande por generosa ; expresión de nobleza fiel ; manos en que concede su aristocrática suavidad la azucena que dijimos.

IV

EL VÁSTAGO

La predestinación del grande hombre manifiéstase como un hecho natural que asume a veces carácter de prodigio, pero que, con más generalidad, hállase visiblemente determinado por la concurrencia de sus elementos formativos. Su interpretación histórica es, así, caso de lógica racional en el que, desde luego, va constituyendo prueba la correspondencia de la biología con la fe que asevera la creación providencial de las almas con un fin del mismo género ; a cuya virtud tiene la vida humana un objeto trascendental como la propia obra del individuo superior, que lo torna más visible por su propia eminencia.

Si la personalidad del que estudiamos se explica ya bastante por su prosapia, merece análoga consideración el voto profético que lo dedicó a la Patria en la misma participación de su nacimiento, cuando la animosa madre la escribía con el regocijo de haber tenido aquel varón «a quien llamaremos Julio, por ser el mes glorioso, y Argentino porque confia-

mos que será como su padre un diligente servidor de la Patria ». ¿ No está eso de bien puesto que parece un epígrafe romano, inclusive la coincidencia cesárea en la advocación del mes imperial (1), y el concepto del patriótico deber referido al modelo paterno, como por definición — *patria* deriva de *pater, tris :* padre, — hasta parecer todo ello intencional de tan exacto ? Pues no provenía sino de la buena casta y de su cultivo familiar, como lo dije, y puede ahora verse a las claras, con que así debió expedirse naturalmente aquella hija, esposa y madre de próceres, ganando sitio correspondiente en la historia. Mas, el temple de su heroica alegría — « alegre » fué, asimismo, para romanos y paladines el epíteto de la espada desnuda (2) — habrá de apreciarse mejor si recordamos que corrían entonces los peores tiempos del desastre unitario, consumado por las derrotas del terrible año 41 ; poco menos que fresca aun la sangre de Avellaneda (3 de octubre) y con la terrorífica exposición de su cabeza en la plaza mayor, por añadidura, mientras casi de inmediato (24 de enero de 1842), a sólo dieciocho meses de la celebración natalicia, alzábase en el mismo sitio la pirámide que para perpetua glorificación de Rosas y Oribe mandó

(1) Sabido es que el mes de julio fué así llamado en honor de César, reformador del calendario.

(2) *Alacris-ensis*. Joyosa del bel cortar.

erigir el gobierno; recién acabada la durísima represión, de la cual había sufrido cárcel y destierro el consorte ilustre, y apenas extinto allá, bajo raudales de sangre, el fuego, remaneciente en el litoral con gravedad y consecuencias mucho mayores. Sin embargo, y hasta durante lo peor de aquel septenio (1841-1848), al que no faltó para siniestro ni el terremoto del año 44, gravemente destructor en Tucumán, la antedicha cultura de su sociedad redujo asaz los excesos. El implacable rigor fué, por lo común, demasía de forasteros. El federalismo local tenía una respetable tradición cívica que remontando de inmediato al dominio del general Heredia, doctor, por cierto, y protector de Alberdi — entonces al comienzo de su apostolado liberal, — continuábase ahora con el moderado gobierno del general Gutiérrez, quien, entre otras pacíficas obras de administración, mandó levantar en 1845, literalmente sobre los escombros del terremoto que cité, el censo de la provincia. Y era asimismo de tradición federal, a empezar por Rosas, lo que acrecentaba su prestigio, la consideración a los guerreros de la Independencia, sobre todo cuando habían militado en el Ejército de los Andes. Así se explica la amnistía que el año 42 acordó el tirano al coronel Roca, quien, correspondiendo a ella, abstúvose ya de la política hasta la caída de aquél.

Respetable y respetado, pues, en la decorosa prudencia de su retraimiento, el hogar del adversario caído pero glorioso, tal fué, en dos palabras, el ambiente infantil del hijo nacido al regreso de aquella dura ausencia, un año después, dilecto fruto del recobrado amor en bendición de fidelidad y esperanza.

Había sacado el niño la finura del rostro materno en la suave firmeza de su largor, destacada por la boca grande que la virilidad relevaría con malicia sensual, y los ojos garzos del padre, soslayados como de filo bajo su prominente encapotadura en característico rasgo de acerada intrepidez, hasta definirse aquel semblante por una expresión de astuta delicadeza cuya distinción, un tanto irónica, acentuaba a su vez la cabeza chica, pero frentona, bajo el blondo cabello. La travesura ingénita que lo animaba, en la agilidad del cuerpo menudo, ganáronle desde la escuela, donde entró a los cinco años, el apodo de zorrito, que le caía bien, y también por cierta semejanza fisonómica ; con lo cual hubo de verse ya la agudeza de su ingenio, manifiesta como alumno en su poco infantil afición a las matemáticas.

Su curiosidad estudiosa, indicio de talento que asimismo define su índole por la predilección electiva, indújolo simultáneamente a la geografía y a la historia, que amplificó temprano con cuanto libro pudo, lector aplicado desde la infancia, y hasta du-

rante las más rudas campañas de su milicia, cuando, a usanza romana, que por cierto conocía bien, aprovechaba sobre la página de tal cual clásico, traído de bagaje, sus vísperas de batalla. Así, en su vejez ilustre, nada extraño era oírle comentar, por ejemplo, una reciente lectura del *Viaje* de Nansen, o el *Carlos XII* de Voltaire...

Aquellas primeras letras del tiempo, que entraban con sangre según la fórmula, o por lo menos a rigor de palmeta, no andaban, pues, tan remisas como alguien pudiera creer en la formación instructiva, ni siquiera en la edad escolar, según acaba de verse; siendo digno de advertir que dicha enseñanza, con su disciplina penal más conforme a la vida — en cuanto ésta integra el carácter incluyendo las reacciones del dolor tan efectivas como las placenteras — lejos de dañar, dió mayor energía y solidez que ahora a la entereza, la veracidad y el pundonor. Dijérase que más completa con aquéllo, formaba más pronto y mejor también el criterio personal; y así se explica la responsabilidad, la capacidad, la serenidad de esos alféreces de quince años. Es que la educación, inculcada desde el principio como doctrina religiosa, hacía del deber prescripto la piedra fundamental que según su objeto propio se pone en bloque, armonizando, lo que es decir robusteciendo, la obra hoy dislocada del hogar y la escue-

la ; con lo cual, a la menor aptitud consciente, corresponde otro fruto no menos contradictorio del racionalismo laico, que es la apreciación de las antedichas virtudes como «prejuicios burgueses», y del deber como aborrecible carga.

No que el tiempo pasado fuese mejor porque pasó, que en muchas cosas era peor, ciertamente, sino que los hechos enunciados revelan el temple superior de sus hombres ; y esto a causa de que su educación, según el concepto cristiano, tenía por objeto la formación del héroe, o sea : el que cumple con su deber sin subordinarlo a posibilidades ni consecuencias porque Dios manda. Noción total del orden bajo su triple aspecto prescriptivo, jerárquico y constructor.

Mientras tanto, la guerra civil, perdida por los unitarios en el Norte durante los años 36 y 41, continuaba en el Litoral, desde que, el de 39, concertóse la alianza contra el gobierno de Rosas entre la provincia de Corrientes, dominada por aquéllos, y la República del Uruguay, con adhesión efectiva de Francia que desde el año anterior y bajo una pretensión tan arbitraria como ultrajante, bloqueaba los puertos de la Nación Argentina cuyas relaciones exteriores desempeñaba el dictador.

La duda, enconada por la intervención extranjera con saña atroz que la posterior y aun más inicua adhesión de Inglaterra al bloqueo (1845) agravó,

naturalmente, había producido ya, el mismo año del nacimiento de Roca, una verdadera declaración de exterminio entre el gobierno unitario de Montevideo y el ejército federal, que mandado por Oribe sitiaba dicha plaza, al decretar el primero, en represalia, la ejecución de los oficiales prisioneros, mientras el otro continuase matando los que consideraba, a su vez, traidores y piratas: entre estos últimos, por ejemplo, los corsarios de Garibaldi que la alianza incorporó, aumentando el rencor de los federales.

De esta suerte, la oposición a Rosas exageró su extranjerismo, manifiesto ya cuando las tentativas monárquicas cuyo más señalado promotor fué Rivadavia, y profesado con la doctrina liberal hasta el menosprecio de la ascendencia española que contenía, sin embargo, la fecunda posibilidad de nuestra organización republicana, acabando por cometer errores tan graves como la declaración constitucional de la libertad de los ríos (1), cuya historia es francamente lamentable, y — para reducirme a dos, tan sólo — la irresponsabilidad de la prensa. Pero, si ochenta años de irremediable transgresión permiten

(1) Para imponer a favor de sus naturales el mismo tratamiento acordado a los ingleses por el tratado de 1825; concesión que siendo de incumbencia soberana, negábase Rosas a negociar con agentes consulares y marinos sin representación diplomática. El objeto inmediato del conflicto, era una ley del gobierno unitario de 1821, que Francia consideró intolerable sólo quince años después...

apreciar ahora la impropiedad de la copia norteamericana, inexacta como traducción, por un lado, y empeorada, por el otro, con aditamentos como los que acabo de citar, túvose entonces por primordial deber la introducción de cuanto invento extranjero hubiese, bajo el concepto paradójico de que, siendo tan criollo Rosas, todo lo criollo resultaría tan funesto como él...

Según pasó con la libertad franco-inglesa como la intervención que los unitarios justificaron con su alianza aunque sólo fuese para los autores un asunto de prepotencia comercial semejante a la coetánea guerra en China (1) — 1840-60 — sucedió lo mismo con la prosperidad o culto de la riqueza a todo trance, en imitación de los Estados Unidos, dimanando de ahí un acentuado racionalismo que, declarándose laico, era realmente anticatólico, y, a poco andar, el consiguiente materialismo que reduce el objeto de la existencia a la conquista de la fortuna. Hubo, así, de reconocerse todas las desmembraciones que durante las guerras emancipadora y civil había sufrido la Nación, en otras tantas entidades insuficientes y absurdas, pues la sinonimia entre

(1) La llamada del opio, con sus varias intervenciones para imponer el uso de dicho tósigo, y a la cual no faltó, para mayor semejanza, ni la apertura a cañonazos del río Yangsé, como aquí el Paraná, y por idénticos motivos mercantiles.

progreso y extranjerismo, impuesta al país, comportaba su autonegación pesimista; y la democracia que, de acuerdo con nuestra índole, será argentina o nunca existirá, convirtióse hasta el día de hoy en la vana tentativa de aplicar un sistema ajeno.

La crítica liberal que minó a Rosas hasta provocar su caída, mediante la coalición internacional hecha y rehecha durante catorce años, no sólo concibió así la teoría y la práctica, sino que tuvo decisivamente a su favor el éxito económico que consumó en el mundo entero la victoria del liberalismo, política cuya experiencia, hoy agotada, permite definirla como una expresión comercial. Su fórmula genérica: « dejar hacer, dejar pasar », era, en efecto, un verdadero marchamo de los fisiócratas de Manchester. El triunfo liberal fué, así, completo; y Alberdi, su filósofo más influyente, reflejaba en legítimo orgullo tucumano su nombradía nacional.

A la acción del ambiente, que hubo de ser eficaz sobre el niño, entonces en sus diez años ya notables de agudeza precoz, iba a agregarse una determinación mucho más profunda; antes de cumplir los catorce ingresaba en el Colegio del Uruguay, según oferta de Urquiza, quien había pedido al coronel Roca uno de sus hijos para que completara allá estudios; pues el vencedor de Caseros proponíase que, como prenda de unión nacional, cada ciudad pro-

vinciana enviara por lo menos un pensionista, generalmente con beca, a ese instituto fundado por él dos años antes de su pronunciamiento contra Rosas. Así llegó a contar aquella casa más de cuatrocientos internos procedentes de toda la Confederación, realizando con ello una obra de trascendencia tal, que influyó durante medio siglo sobre las direcciones gubernativas del país.

Limitado primeramente el plan de estudios al latín, la filosofía, las matemáticas y el francés, habíase reorganizado bajo la dirección del doctor Alberto Larroque, al ingresar nuestro flamante alumno, adoptando un tipo mixto de liceo, escuela comercial y facultad de derecho, en el cual predominó la influencia francesa, como lo era la nacionalidad del propio director y de los catedráticos más notables : Peyret, de la Vergue y Pasquier. Luego, no más, fué definiéndose aquélla en racionalismo liberal, llamado entonces Progreso por fervorosa antonomasia, aunque el plan reformado (1855) contuviese como primera asignatura la «enseñanza religiosa» y moral impartida por el mismo Larroque, quien había sido seminarista en su juventud; mientras para los cursos elementales, desempeñaba la cátedra el presbítero don Vicente Martínez.

Triunfó, con todo, el Progreso liberal que llevaba en su idealismo agnóstico, y cumplió, como es

justo reconocerlo, la promesa de poner el atrasado país a tono con la civilización así rotulada. En esto consistieron su norma y su tarea, que la presente generación debe concluir o rectificar con idéntico patriotismo, es decir, sacando con imparcialidad las consecuencias históricas y morales.

De esta suerte, concluiremos que la enseñanza laica, la inmigración y la prosperidad económica, fueron, sintéticamente hablando, los tres elementos fundamentales de pacificación y bienestar, supremas aspiraciones del país en aquella época, pero también causas del materialismo egoísta, que es efectiva inmoralidad como ahora se ve, y como no lo previeron los autores del sistema, creyendo tan sólo en su bondad inmediata y consiguiente. El optimismo liberal cuya expresión es el progreso infinito, recóndita autoidolatría del hombre, dominaba entonces, conformando la conciencia patriótica de la clase dirigente, poco menos que sin excepción, y el Colegio del Uruguay lo profesó con sinceridad nobilísima. Todo, decía el benemérito Larroque en el prospecto al plan de 1855, todo cuanto fuese trabajo, entusiasmo, responsabilidad, debía ofrecerse « en obsequio del país », como « sincera y leal cooperación a la grande obra de la regeneración argentina ».

Fué, así, recia la disciplina de la casa, a empezar por los ejercicios militares, entonces de rigor en las

enseñanzas secundaria y normal, como siempre debieran serlo, hasta hacer un modelo del juvenil batallón que mandaba el coronel Fontes. Los estudios ocupaban, literalmente, el día entero, sin excluir ni la mañana del domingo, comenzando antes del alba en el salón de repaso, a la luz de velas de sebo. La cátedra era exigente sin ambages ; severa la responsabilidad ante el deber y el honor. Enseñábase y aprendíase bien, inclusive maneras y sociabilidad, a la francesa, lo que es decir con suficiencia veraz ; de modo que cuando al hojear las clasificaciones del alumno Roca, lo hallamos por lo común sobresaliente o bueno con voto de tal en todos los ramos, sabemos a ciencia cierta que fué sólida la base de su instrucción. Así, sobre todo, en la gramática y el latín que tanto prueban la voluntad como el discurso.

Talento y aplicación distinguíanlo, en efecto, hasta darle fama entre el selecto plantel que formaban aquellos estudiantes designados ya como mejores para el ingreso, según la honrosa invitación, en la respectiva localidad de procedencia ; mientras le ganaban voluntades con prestigio que en muchos casos no menguaría jamás, su simpatía, su jovialidad y su audacia.

Y en eso estaba, cuando al empezar su segundo año de aprendizaje, el eco del clarín llamaríalo a su gloriosa vocación.

V

PRIMERAS ARMAS

La personalidad de Roca defínese, y se explica, por su condición militar. Es, así, fácil de entender y difícil de manejar como la espada; pero esto último consíguelo el historiador, según creo que habrá de verse, a condición de interpretar en dicho concepto su vasta acción civil, determinada hasta caracterizarse lo mismo que al arma del símil su templada parejura, por el culto del orden, que con el nombre de disciplina constituye la virtud específica del soldado. Bajo aquella doble cualidad de temple y línea, la eficacia y la sencillez integran la estética de la espada; y estas mismas condiciones singularizaban la maestría del político, tornándola con frecuencia inadvertida en su naturalidad, como a veces las estocadas profundas.

Acción, dije, y es la palabra. Hombre de acción significa, en efecto, el militar, y Roca fué esto ante todo. Su parte de constructor ha de juzgarse, pues, por lo que hizo y describirse conforme lo realizó,

para que resulte directa y honradamente el autor de sí mismo, como lo es, por lo demás, todo grande hombre.

De esta suerte, su acción pública empieza con el voluntario ingreso al ejército nacional el 1° de marzo de 1858, es decir, antes de cumplidos los quince años y al iniciarse el segundo de sus estudios en el colegio del Uruguay, para la campaña que concluyó con el triunfo de Cepeda.

Influiría, sin duda, en su determinación, tan decidida, que la tomó convaleciente aun de tal cual fiebre palúdica o tifoidea, la incorporación de su padre a las mismas tropas, con la efectividad que Urquiza habíale honrosamente reconocido; pero la coincidencia de su predisposición natural, según los antecedentes ya dados, con la ocasión ofrecida por el suceso histórico, asigna al mero destino categoría de predestinación, si la entidad humada es otra cosa que el accidente de una fortuita concurrencia, y la casualidad algo más que una expresión de insuficiencia filosófica. Último eslabón de una cadena que representa la continuidad de las generaciones, cada individuo es el más joven y el más viejo, a la vez, de los seres que la formaron. En la primer condición entra a la vida como si fuese único, para actuar según las posibilidades que ella le ofrezca; pero en la segunda, trae consigo la índole o entidad sobre-

viviente de los antecesores, cuya importancia apreciaremos con recordar que, sobre la tierra, sólo el hombre es capaz de constituir la síntesis de memoria, sentimiento y razón, denominada conciencia. Por esto cobra tanto interés la indagación genealógica, transcendente, como se ve, sobre la fatalidad hereditaria, y explícase que la coincidencia histórica y personal en grado eminente, señale la predestinación de los grandes hombres. Así suelen éstos tener la fe recóndita en su estrella; porque si todos veníamos para algo al mundo, siendo con ello desde nuestro origen colaboradores en el plan de la Creación unos nacerán jefes y otros no, sin mengua, pues, del común destino. El don natural revélase en aquella fe como una manifestación del temperamento. Sentirse jefe es presentir la victoria.

Incorporóse, pues, Roca al ejército de la Confederación, antes, repito, de cumplir sus quince años y sin abandonar los estudios con que ganó excelentes clasificaciones, graduado de subteniente como solía pasar, por el triple motivo de su ascendencia prócer que amaba la educación distinguida, su condición de estudiante y su preparación militar en el lucido batallón del colegio. Procurábase imponer, así, mando ejemplar a la ruda tropa de la leva todavía gaucha, donde no escaseaban el aventurero del enganche, facineroso con frecuencia, y el malhechor

« destinado » por la justicia ; aprovechamiento dignificante de la hez social, que no era la obra menor entre las muchas útiles del ejército. El 6° de infantería, al cual pasó Roca después de Pavón, formábase por entonces sobre un plantel de presidiarios. Pero si eso constituía una tradición perenne desde el comienzo de la Patria, y Urquiza la mantuvo, prefiriendo para la formación de la oficialidad a los alumnos de su colegio, es de inferir la responsabilidad y las condiciones que exigía en aquellos adolescentes la asignación de semejante cometido.

Debía imponerse el muchacho por la fuerza bruta cuanto más culto fuera para evitar el apodo de marica, si no pegaba, venciendo asimismo la ojeriza de los colegas graduados a puro coraje y maña que los ensoberbecían con chocante desdén, y aplicando el rigor, atroz muchas veces, de una ordenanza que fuera de la penalidad vigente aun, a despecho de la abolición constitucional — estacas, azotes y hasta ejecución a lanza — confería, por ejemplo, al oficial más joven el mando del pelotón que ajusticiaba. El episodio era corriente, y retemplaba, por decirlo así, con épica barbarie la educación militar :

El alférez Soto, de quince años, va a mandar la primera ejecución que de acuerdo con lo antedicho, le toca ; y por más que sea un futuro valiente de

Curupaytí (1), palidece ante la proximidad del acto tremendo. Entonces el reo, un desertor, asesino por añadidura, que amarrado ya al banquillo, rehusó la venda final, lo increpa :

— ¡ Qué se está poniendo pálido, como si Vd fuese el que va a morir ! ¡ Dé pronto la voz de fuego !.

Explícase, así, que para oficiales salidos de semejante tropa, como había muchos aún, cultura y urbanidad fueran indicios de cobardía, tan propalados a veces, que motivaron fatales actos de arrojo, causando al ejército pérdidas irreparables.

Más de un duelo costaron a Roca sus estudios de colegial, proseguidos en el cuartel y el campamento, y continuados por cuenta propia, después, bajo la tienda de campaña, con pretendido desaire de tal cual invitación a la parranda o el juego donde no faltaba el militarote que alardease su beodez o se desplumara con sus propios soldados. Y hete aquí, todavía, ese oficial que, sobre la marcha, pedía venia para bolear un avestruz o gama a la vista, cuando no se le adelantaba, más gaucho aun, el propio jefe del regimiento, o para trabarse en combate singular ante las líneas tendidas, con el otro que tal avanza-

(1) Don José Clementino Soto, autor de un estudio sobre dicha batalla en la cual fué ayudante del coronel Vedia, que mandó la artillería argentina : guerrero y escritor, literariamente afamado por su novela militar *El Capitán Morillo*.

do provocador del bando opuesto, resplandecientes de plata los pingos y de entorchados los jinetes; pues los ejércitos, por gallarda ostentación, vestíanse de gala para dar la batalla.

La de Cepeda, veinte meses después, dió al subteniente la ocasión de estrenarse con particular valentía, mereciendo el ascenso al grado inmediato, con felicitación personal del generalísimo; primera distinción entre las que realzaron, desde entonces, su foja a cada combate, hasta la gloriosa singularidad de ganarse espada en mano todos los ascensos de su carrera.

No le impidió la consiguiente ufanía rendir sus exámenes a los dos meses, no más, con aquellas excelentes clasificaciones que obtuvo también en los de 1859, tercero y último año del plan cuya terminación señaló su ingreso definitivo a las armas; siendo interesante, por lo menos, consignar que el mejor resultado de sus estudios correspondió al latín, o sea la asignatura más ardua, durante todo el trienio. De ahí, a no dudarlo, la predilección que siempre manifestó por Plutarco y por Virgilio.

Entre tanto, la guerra civil habíale dado con la milicia y el triunfo su primera triple noción de la política, la disciplina y la gloria: escuela ruda pero eficaz de la vida más noble que es, por cierto, la peligrosa del varón. Empezó, así, a familiarizarse

en el manejo de hombres, y el más difícil, que es afrontarlos con la muerte; a civilizar la fuerza con el arte táctica; a hacer historia por su cuenta en la conquista del austero laurel. Y esa primera batalla mostróle ya la intervención bélica del indio en la caballería de los ranqueles de Coliqueo, mandada por el cuasi romancesco Baigorria que veinte años después concurriría con tal cual información de su experiencia a los preparativos de la conquista del desierto.

Tampoco influyó en su vocación el prestigio del arma montada, que era hasta entonces la principal, con lo que se explica la importancia militar de aquel auxilio de la indiada cuyo vuelco a favor de Buenos Aires contó entre los recursos valiosos de la campaña de Pavón. Artillero como el propio jefe, que ganó a su vez esta tercera batalla, y la decisiva de la era constitucional (1), allá iba a destacarse con un acto de heroica belleza, característico, si los hay, el teniente de dieciocho años.

Deshecha la infantería y copada la artillería del ejército nacional, hasta no quedarle sino tres de las cuarenta piezas que la formaban (2), una de aqué-

(1) Puesto que la de Caseros se dió y ganó con el objeto de constituir la Nación, precisamente.

(2) Martín Ruiz Moreno, *La presidencia del doctor Santiago Derqui y la batalla de Pavón*, Buenos Aires, t. I, págs. 358-59, 1913 dice que el general Francia salvó catorce piezas del ejército nacional. Mi afirmación corresponde al parte de Mitre.

llas, la única restante a su vez de la última batería que, destruída y todo, se retiraba peleando, sostenía con su fuego la aislada operación, personalmente disparada por el joven oficial bajo el tiro convergente de los contrarios. Suerte que arrollada también la caballería de Buenos Aires, su dispersión en sentido opuesto favorecía con la doble confusión sobreviniente, la retirada de aquel grupo cuya entereza eficaz manteníase de recio.

En eso, rompiendo la polvareda y el humo que ya espesaban las sombras del anochecer, sujeta su caballo sobre la diezmada batería un provecto jefe cuya faz destácase al rasgón del fogonazo entre la enorme barba gris redondeada con leonina encrespadura. Es el coronel Roca, que presente como siempre en la lid, acude por el hijo a quien presintió su instinto en ese artillero de solitaria bravura. Con lo que, representándole la consumada perdición de la derrota que al no admitir ninguna esperanza torna insensato el sacrificio, lo invita a ponerse en salvo. Al fin es lucha fratricida que no glorifica ni deshonra... Y entonces, la respuesta espartana que es de inferir con qué orgullo remozaría en el corazón del guerrero, desde la raíz a la flor, todo el árbol de su sangre:

—No puedo, mi coronel, sin que lo ordene mi jefe.

—Es que el coronel Santa Cruz ha caído prisionero.

—Entonces, mi coronel, tengo que contraerme a salvar la pieza.

Así llegó con ella y su puñado de hombres al Rosario, esa misma noche, haciéndose de un tirón los cuarenta y cinco kilómetros que de allá lo separaban.

VI

FORMACIÓN DEL JEFE

No sólo fué la batalla de Pavón definitiva para la unidad nacional, sino para la guerra consuetudinaria, al haberse obtenido el triunfo con la infantería, arma predilecta del vencedor, mientras la caballería contraria derrotaba a la suya. Esta doble faz del combate, simbolizó, así, dos épocas cuyo conflicto prolongaríase mucho tiempo aun en la resistencia provinciana de montoneras y gobiernos (1) que el de la Nación debió reprimir con verdaderas expediciones punitivas ; pues nuestra realidad histórica es de carácter militar, ya directamente, ya por consecuencia de medidas como el armamento y la táctica. Así la conquista del desierto, última etapa fundamental realizada mediante dos novedades en la materia : la ofensiva y el *remington*.

La formación de Roca iba a efectuarse bajo ese imperioso concepto de unidad nacional que la orga-

(1) Propiamente, hasta la rebelión de Buenos Aires en 1880, con gran concurso de caballería gaucha que reapareció, así, por última vez.

nización federativa requiere como ninguna, vigorizado todavía por la disciplina y la práctica, sendos agentes de convicción; pues al integrarse el gobierno de la República con la presidencia de Mitre, el ejército hízolo también, empezando acto continuo, bajo su jefatura constitucional, la campaña represora de los alzamientos locales que continuaron acá y allá, según dije.

El artificio rudimentario que es de suyo la federación, deformado por graves deficiencias de cultura y de recursos, precisaba asimismo una política mucho más militar que civil para mantener el orden indispensable a cualquier progreso, con mayor motivo si necesita urgente impulso. Así ocurría, en efecto, y la misma Constitución, instrumento extranjero adoptado con fervorosa premura, llevaba en su inadecuación una intrínseca violencia. El designio de imponerla al pueblo cuya soberanía declaraba, era ya una paradoja de la fuerza, vicio natal que resultaría incurable.

Violaba desde entonces para poder gobernar, ya que el gobierno es eficacia y no lógica, la transgresión oficial justificaba la oposición rebelde que, en llegando a vencer hacía lo propio por ley de necesidad, hubiese triunfado mediante el rifle o el voto. La confusión de libertad con rebeldía, que en consecuencia sobreviene, fomenta el pesimismo anár-

quico, ora transformándolo en agresión permanente, como entonces sucedía, ora en abandono descreído, como ahora pasa, porque el sistema ajeno que se adoptó, padece — si se admite el retruécano — de impropiedad constitucional. Pero el error de buena fe que ochenta y tantos años de experiencia patentizan al presente aunque no sin controversia todavía, determinaba, con todo, el sostén del orden indispensable. A este elemento de organización sumábase otro igualmente contradictorio y eficaz.

La libertad racionalista, deidad del siglo pasado, entonces en su meridiano esplendor, es negativa: facultad de no hacer, y con esto opuesta al deber, que es prescripción de obrar. Bajo su justo concepto, que la define como aceptación del deber, resulta militar de suyo, por cuanto su práctica racional ha de estribar en la disciplina. Tan cierto es que al tenor de la ley vital todo hombre nace soldado.

Así, aquella acción decisiva del ejército moderaba por sí sola el exotismo, mantenía un elemento fundamental de nuestra formación histórica, y contenía la perversión doctrinaria que pretende reducirlo a instrumento del poder civil, cuando es también un poder político, según lo veremos en su debido lugar. Pero hay algo más importante.

El concepto general de la historia cae bajo la ley

universal de la periodicidad descrita sintéticamente por el vaivén del péndulo cuyo excesivo desplazamiento, en uno y otro sentido motiva las perturbaciones desorganizadoras y los consiguientes estados de recomposición, u orden, según su acepción genérica que tiene por expresión, a la vez moral y social, la equidad y la disciplina. La narración interpretada, que llamamos historia, proviene de que, humanamente hablando, aquellas demasías perturbadoras son fenómenos de voluntad y de conciencia, no reacciones automáticas; con lo cual resulta indispensable su apreciación al estudio de las personalidades históricas por su eminencia.

La campaña del ejército enviado a pacificar el interior, deponiendo los gobiernos locales que conservaban su efectividad autonómica en el territorio de la disuelta Confederación, requirió dos años de operaciones activísimas, principalmente sobre el área de quinientas leguas donde llegó a comprender cinco provincias, cuando menos, la zona de influencia del general Peñaloza, apodado *el Chacho* (1); extraordinaria figura de guerrillero en cuyas hazañas asombrosas con relación a sus medios, sobrevivía la índole gaucha tan vigorosa aun que la derrota definitiva

(1) Las tres de Cuyo, Córdoba y La Rioja, pero con fuertes ramificaciones en Catamarca y Tucumán : verdadero bloque centroandino fortificado aún por la distancia que lo aislaba.

del caudillo fué también la última acción importante de caballería (1).

Tanto en este combate como en el anterior, no menos sangriento, que terminaron la campaña, tuvo Roca lucido desempeño; mientras el recorrido minucioso de la región a marcha y contramarcha sobre los estratégicos repentes de la montonera, proporcionábanle de suyo un conocimiento metodizado. La vida militar había de darle, así, el de la nación entera y aun más, al cumplir los treinta y seis años.

Por otra parte, el objeto de la operación iba conceptuando su criterio político de acuerdo con la realidad que sólo admite lo mejor en lo posible, al tratarse de imponer efectivamente un sistema, siquiera fuese inadecuado; ya que el otro término del dilema formábalo la encarnación, por decirlo así, pasional, de la autonomía en un caudillo noble y desinteresado, pero tan ignorante, que llegó a excusarse su primer alzamiento con la carencia de información escrita, pues no sabía leer. Fué aquello el primer conflicto entre la letra constitucional, que reconoce las autonomías provinciales, y la necesidad de conformarlas al concepto efectivo de la Nación, que exige la unidad ante todo y sobre todo.

(1) El combate de Las Playas en los suburbios de Córdoba (28 de junio de 1863). El precedente de Lomas Blancas en la Rioja (20 de mayo) fué asimismo un choque de caballerías.

Es lo que explica, aun cuando no justifique su implacable rigor, la atroz energía con que Sarmiento, director de la guerra en la cual fué beligerante como gobernador de San Juan, fulminó el exterminio de la montonera. No entra en mi plan, ni concierne a la acción todavía subalterna de Roca, o sea puramente formativa de su personalidad, la discusión de esa política cuya sentencia histórica confirman la razón de estado y el éxito ; pero ello ratifica una vez más el carácter militar de todo cuanto es definitivo en nuestra historia. Así la misma Constitución, fruto logrado de tres batallas (1).

Casi acto continuo, la guerra del Paraguay acentuaríalo con trascendencia y determinación mucho más profundas.

Sobrevenida en plena organización interior que estorbaban a cada paso trastornos residuales, pero susceptibles de agravarse, comprometiéndolo todo, al persistir el atraso y la incomunicación, sendas causas de prepotencia rebelde, aquella amenaza contenía la fatalidad de un conflicto tremendo. Consecuencia histórica realmente vital para la Nación, según va a verse, el promotor del drama había elegido su oportunidad en la extenuación de aquélla,

(1) Caseros, Cepeda y Pavón : dos victorias de Urquiza, y una de Mitre, quienes resultaron con ello los verdaderos autores de la definitiva organización.

tras doce años de guerra civil mal acabada todavía ; pero, como todo pueblo viril bajo el mando de un hombre superior, tal cual fué el caso, el argentino iba a alcanzar con el triunfo, y de esta vez para siempre, su definitiva unidad en el antedicho desenlace histórico ; pues el sacrificio de sangre, no sólo es remedio heroico, literalmente hablando, sino menester esencial en la integración de la Patria. Organismo viviente, lo cual significa triunfante en la lucha por la existencia, la patria es una expresión de victoria ; y la unidad de su pueblo sólo se consuma en el peligro así dominado. La guerra nacional completaría, pues, con elementos tan superiores, y más aun, insuperables en su antedicha trascendencia, aquella formación del jefe empezada bajo la contienda intestina.

La determinación histórica del conflicto permitirá ver más adelante hasta qué punto.

Geográfica, económica y políticamente hablando, el virreinato de Buenos Aires fué un resultado experimental de la civilización practicada durante tres siglos por la conquista española en la cuenca del Río de la Plata, continente natural de la entidad formada así antes de que el gobierno peninsular la constituyera, no sin resistencia conjunta de intereses, inercia y rutina igualmente seculares ; es decir, impuesta por aquella condición territorial. Preparada,

entretanto, por los bocetos parciales y respectivamente complementarios que audiencias, obispados e intendencias vinieron a resultar, la creación salió de mano maestra en todo cuanto pudiera asegurarle la prosperidad indispensable a su propia categoría, desde su jurisdicción terrestre, marítima y fluvial, hasta la capital que le daba nombre ; y tal fué el dominio que la Revolución de Mayo transformó en Nación Argentina. Por esto el *uti possidetis juri de 1810* conforma y confirma su derecho.

Ahora bien, constituye asimismo otro hecho natural tan eminente como la unidad de las cuencas, que el gobierno de las fluviales corresponde al dueño de la boca, sobre todo cuando lo es también de una ciudad metropolitana ; pues ambas condiciones determinan la gestión de los intereses comunes que la población de aquellos territorios procura concertar con el máximo provecho. La boca es el órgano de comunicación con el mundo, y la metrópoli el principal centro consumidor, industrial y cultural. Esto explica la importancia decisiva que el pronunciamiento de Buenos Aires tuvo para la emancipación, aunque otros hubiéranlo antecedido en el Alto Perú y hasta en ciudades más renombradas entonces.

Independencia y organización con sus bélicos trastornos, motivaron la separación de provincias que, consentidas a ello por debilidad o interés, cuan-

do no estimuladas por pasiones de partido y doctrinas insensatas, erigiéronse en naciones cuya efectitividad no quita el consiguiente absurdo ; siendo así que hasta el día de hoy, no han podido vivir sin hacer y suscitar guerras en las cuales se echa de ver su irremediable desacomodo. Es que el sistema del Plata, al cual pertenecen, determina y requiere una política común, insustituíble, según se ve y seguirá viéndose, con meras expresiones de fraternidad, americanismo, pacifismo, tan repetidas como inútiles.

La guerra que nos ocupa fué el más característico quizá, de esos episodios, ya que tuvo como causa un desatinado propósito de predominio paraguayo sobre aquel sistema, con violenta inversión de sus condiciones naturales y políticas ; mientras al reconocimiento implícito de dicha preponderancia por la ayuda que pidió y obtuvo del Paraguay un gobierno uruguayo en simultáneo conflicto con la rebelión interna y con el Brasil, hizo crisis toda la cuestión del Plata.

País de la cuenca, y además uno de los dos principales, el Brasil tiene forzosamente que contar en el equilibro del sistema. La anárquica ruptura de nuestra unidad territorial, había ya motivado entre ambos, cuarenta años atrás, una guerra inconducente y paradójica, cuando todo lo lleva, por el con-

trario, a una alianza tuitiva de esa política regional, con lo que, al asumir el gobierno paraguayo la protección pedida, lanzando al imperio un verdadero ultimátum en el cual invocaba precisamente el equilibrio de las naciones del Plata, la guerra sobreviniente puso en nuestras manos aquel desenlace, que además de natural es el definitivo, gracias al genio de Mitre.

Obedecieran o no a compromisos previos las actitudes visibles, según sostúvose entonces por ambas partes bajo recíproca imputación de mala fe, ello no modifica el designio promotor consistente en el imperialismo fluvial que el gobierno paraguayo pretendía sin otro motivo ni razón que la fuerza organizada al efecto, justificando con esto, por lo demás, la unión preventiva de los así amenazados. La libre navegación de los ríos y el reconocimiento de la independencia del Paraguay por la República Argentina, eran además cláusula y consecuencia del tratado celebrado con el Brasil para derrocar a Rosas, contrario de ambas medidas hasta el *casus belli* declarado y efectivo.

Fundada en la alianza con el Brasil para organizar el concierto del Plata, así tuvimos por primera vez política internacional, propiamente dicho.

No sólo, pues, defendieron nuestras armas el honor nacional ultrajado con exigencias, invasión y

declaración formal de guerra, así que el provocador consideró llegada la hora popicia (1), sino las condiciones vitales de un sistema cuya dirección efectiva para el bien común nos concierne como se ha visto, y cuya administración tomaremos por la misma doble causa, cuando las exigencias del desarrollo natural impongan la reintegración de la unidad dislocada. El mando en jefe de Mitre como autor de la empresa, simbolizó su futuro coronamiento.

Pero el conflicto fué tremendo, repito, no sólo por el interés vital que en él se jugaba y que más de una vez estuvieron a punto de asegurarse para sí la mejor preparación militar y el heroísmo del pueblo paraguayo, sino por los inmensos obstáculos del terreno, que en gran parte se defendía de suyo, las enfermedades propias del clima tropical y hasta la

(1) Agosto de 1864 : solicitud de ayuda formulada al Paraguay por el gobierno uruguayo contra el cual habíase alzado el general Flores apoyado por el Brasil. Setiembre de 1864 : ruptura de relaciones del Brasil con el Uruguay por dicha causa. Octubre de 1864 : protesta amenazadora del Paraguay ante el Brasil que la desoyó. Noviembre de 1864 : iniciación de las hostilidades del Paraguay contra el Brasil y consiguiente declaración de guerra de este último contra aquél. Diciembre de 1864 : ofensiva paraguaya contra el Brasil cuyo territorio invade. Enero de 1865 : pedido del Paraguay a la República Argentina para atravesar su territotorio con tropas en guerra contra el Brasil y negativa del permiso por aquélla en nombre y salvaguardia de su neutralidad. Abril de 1865 : invasión del Paraguay a Corrientes sin previa declaración de guerra. Mayo de 1865 : declaración de guerra del Paraguay a la República Argentina, y tratado de alianza de esta nación con el Brasil y el Uruguay contra aquél.

epidemia del cólera que azotó al ejército, propagándose sobre nuestro país con daño gravísimo. Calcúlese el que sufrirían las tropas a la intemperie y con la pobre sanidad de una época en que la supuración de las heridas era, por decirlo así, de rigor, y la gangrena clásico morbo de hospital.

Recuérdese que presente en la guerra con cuatro de sus hijos, el coronel Roca y uno de ellos rindieron allá la vida a dichos contagios. Jugando cien veces la suya en las habituales proezas de aquella oficialidad cuyo arreo de batalla provocante el peligro con alardes como el vistoso dormán y el poncho blanco, prodigaba en ese esplendor fatal el hijo de la bravura, habíase ganado nuestro teniente, a los veintidós años, su ascenso de capitán con mención honorífica, sobre los campos triunfales del Yatay y de Uruguayana, para hacer lo propio con el de mayor, a los veintitrés, sobre el de Tuyuty, la victoria más importante de la guerra.

La derrota más sangrienta, que fué la de Curupaytí, señalaríalo con hazaña relevante.

A su tienda estudiosa, donde el jefe del Estado Mayor habíalo encontrado una vez, Tito Livio, si no fué César, en mano, llególe la designación de segundo jefe del batallón Salta en plantel, propuesta por aquel superior al generalísimo, para quien, letrado como era, no hubo mejor recomendación que el re-

cuerdo oportuno de ese episodio ejemplar. Autodidacto él, y entroncada a la misma cepa de bronce su erudición asombrosa, el sabor clásico viene solo en esta anécdota de varones de Plutarco.

Es el caso de advertir que recién por entonces, al año de comenzada la guerra, iban acudiendo contingentes provinciales como el salteño, que Roca debía disciplinar, ya los retardaran obstáculos materiales de conducción o pertrecho, ya, y con más frecuencia, disensiones políticas que en ciertos casos llegaron a la traición armada o doctrinaria : tan defectuosa era todavía la unión, y de consiguiente tan oportuno el conflicto que había de consumarla en su doble trascendencia nacional.

Tres meses después, transformado el batallón Salta por su joven mayor, de bisoña milicia en sólida tropa, figuraba al mando de aquél entre las mejores que atacaron la fortaleza de Curupaytí, sufriendo en cuatro horas de frustráneo asalto, nueve mil bajas sobre veintidós mil hombres. Es de mencionar que, entre aquéllas, perdió Roca a su primo Francisco Paz, caído en heroica flor de juventud y de esperanza.

Miembro de la columna que inició el ataque, soportando así el mayor estrago junto con los otros diez cuerpos de la formación, el Salta, completamente deshecho cuando se ordenó el repliegue, fué

el único cuyo jefe salió ileso, aunque permaneciera montado durante toda la acción, sobre el foso delantero donde más que pelear caían barridos en masa por sesenta cañones y tres mil rifles que tiraban de mampuesto (1) ante las infranqueables abatidas de la escarpa ; pero, encabezando el trágico pelotón en retirada, si no es mejor dicho terrón de lodo sangriento, el jefe, a la grupa el mal herido subteniente Solier, salvaba también, por mano propia, la bandera desgarrada que sahumaron las rachas de metralla a quemarropa.

Ganado con tal motivo su ascenso a teniente coronel, tardaría tres años en recibir la graduación, porque hallándose en ejercicio del Poder Ejecutivo el vicepresidente de la República que debía, así, conferírsela, consideró impedimento moral para efectuarlo, el parentesco que los unía : escrúpulo habitual, entonces, a la conciencia republicana. Era Roca quien habíale traído a Buenos Aires el parte de Curupaytí, acto que debía incluir, según costumbre, el condigno ascenso (2).

Entre tanto, Sarmiento, presidente de la Nación desde octubre de 1868, hallábase de nuevo ante la

(1) El ejército paraguayo tuvo únicamente doscientos ciencuenta soldados y dos oficiales muertos.

(2) Doctor en derecho y coronel, don Marcos Paz era justamente famoso por la integridad de su carácter y su acrisolado patriotismo. El primo de Roca, Francisco Paz, caído en Curupaytí, era hijo suyo.

rebelión de caudillos y gobiernos provinciales, que ya para noviembre, suscitaba en Salta riesgosa desavenencia entre el jefe de la guarnición y el gobernador legítimo a quien jaqueaba, por otra parte, desde la campaña sublevada al efecto, el temible montonero Varela. Urgía la represión inmediata ; no cundiese aquello otra vez como el asaz próximo levantamiento cuyano que apenas veinte meses antes, requirió una división de las mejores tropas combatientes en el Paraguay para destruir el ejército rebelde mediante una batalla donde hasta se hubo de emplear la suprema carga a la bayoneta (1) ; pero la complicación local exigía asimismo, maña y no fuerza que excediera lo preciso para resolverla por conciliación de todos los elementos útiles a la causa nacional, necesitándose de consiguiente un militar tan decidido como cauto en el desempeño de la difícil comisión.

Con ingrato asombro del presidente, que según recordaríalo años después, había supuesto al hipotético candidato una recia marcialidad de pelo en pecho, el ministro de guerra presentóle aquel mayor de veintiséis años, demasiado joven, demasiado fino en su menuda delgadez, y hasta demasiado hermoso para no parecerle, como lo dijo al rechazar la pro-

(1) En San Ignacio, sobre el Río Quinto, el 1° de abril de 1867.

puesta, un pisaverde que no el leonazo de su misma estampa imaginado por soldadesca conjetura ; pero el ministro, oficial culto y probo hasta ser modelo de virtud militar (1) insistió representándole la brillante foja del propuesto, inclusive el retardado ascenso cuya promoción correspondía con oportuna equidad, su educada mesura, sus vínculos tradicionales en la comarca natal y aquel mando del batallón Salta que habíale creado con la provincia de su nombre la intimidad de la gloria.

Hubo, pues, que ceder ; firmó Sarmiento los despachos de teniente coronel, según procedía, y en ejecución del designio presidencial, partió Roca a mediados de diciembre con cincuenta hombres que debían bastar por acción de presencia, ratificando así el prestigio del ejército. Esto no obstaba para que, entre sus instrucciones, llevase la de prender al jefe de la guarnición, si era menester, procediendo «militar y sumariamente» si resistía.

El comisionado satisfizo por completo los propósitos del formidable presidente. Todo fué llegar, en efecto, a la frontera de Tucumán con Salta, para que, puestas bajo su dirección las milicias provinciales

(1) El general don Martín de Gainza. Cabe decir exactamente lo mismo del jefe del Estado Mayor del ejército en el Paraguay, general don Juan Gelly y Obes que fué quien propuso a Roca para segundo jefe del batallón Salta.

movilizadas contra la invasión de Varela, un destacamento en operación de vanguardia, desbaratase las fuerzas del caudillo quince días después. Ocho más, y el pique entre el gobernador de la provincia con el jefe de la guarnición quedaba arreglado sin violencias ni resquemores. Poco menos que inadvertida para la misma ciudad entre los deberes sociales a que parecía entregado de preferencia el gallardo jefe, inclusive hasta el rumorcillo de un noviazgo eventual, la concordia así obtenida revelaba ya la mano maestra. Característica suya fué, por cierto, aquella suavidad cuya eficacia genuinamente sutil enguanta la garra como al disimulo del mismo arte con que la aterciopela. Así vengaba, mas que lo ignorase aun, aquel injusto menosprecio de Sarmiento, quien habría de reconocerlo prontamente y mejor, si bien con su magnanimidad característica.

Trasladado a la guarnición de Tucumán, en merecido cuanto escaso recobro de la vida familiar, siempre tan cara al soldado, la gravísima rebelión entrerriana que encabezada por López Jordán empezó con el asesinato simultáneo del general Urquiza y dos hijos suyos el 11 de abril de 1870, iba a darle la nueva ocasión con creces.

Es así que invadida Corrientes por el mencionado caudillo, al empezar el siguiente año, el gobernador de la provincia, coronel Baibiene, tuvo que afron-

tarlo con una fuerza inferior por mitad en número y escasa de pertrechos, dándole batalla sobre el estero de *Ñaembé* (26 de enero). Sarmiento, que había cobrado fe al lucido mozo de la expedición salteña, acababa de enviarlo allá con perentoria decisión: «Quiero que vaya Roca».

Comprometida, en efecto, la suerte del desigual combate, es él quien al frente del séptimo de infantería, ejecuta inesperado envolvimiento, atravesando a la carrera dos kilómetros de bravísimo espinar; rehace bajo el fuego enemigo la formación peligrosamente desordenada por ese mismo avance, carga sin tomar aliento, copa la artillería de los contrarios y decide la victoria. Coronel sobre el campo de batalla, por inmediata resolución de Sarmiento, es, así, a los veintisiete años, el jefe que se impone solo, espada en mano, conforme a su fiel destino.

Veremos, si Dios quiere, la soberbia proyección de su remonte.

VII

EL PAÍS QUE IBA A MANDAR

Creación de seis guerras: la de independencia; la de organización o civil; las tres internacionales con el Brasil, la coalición franco-inglesa y el Paraguay, que afirmaron su predominio en el Plata; y la de integración territorial por el sometimiento de los indios hostiles, la Nación Argentina, así formada durante los primeros setenta años de su existencia (1), preparábase en la personalidad de Roca un jefe completo. La índole profundamente militar del país requería — va a verse con qué irresistible determinación de fuerzas concurrentes — el general de sus victorias decisivas en todo caso y terreno.

Vinculado a las tres grandes campañas: de la emancipación, de la organización y del Brasil, por la descollante acción paterna que tanto influyó en su destino; militante casi desde la infancia en la prolon-

(1) Primera, de 1810 a 1820. Segunda, de 1820 a 1861. Tercera, de 1825 a 1828, aunque había empezado realmente en 1815 con la invasión de Lecor a la Provincia Oriental. Cuarta, de 1845 a 1848. Quinta, de 1865 a 1870. Sexta, de 1878 a 1883.

gada lucha por el orden indispensable a la existencia de la Nación, y en la guerra exterior más importante que sostuvimos después de la Independencia, iba a ser él, en efecto, quien consumara la integridad de la República por el dominio territorial, con la conquista del desierto, y por la posesión definitiva de su capital histórica. Igual, pues, entre los más grandes de los nuestros ; vencedor si los hubo, así vino a lograrse en él este fruto de la experiencia romana : que el mejor guerrero es el mejor constructor.

Nombrado jefe de la que correspondía al Interior en la « línea de fronteras » de entonces, con asiento de comandancia en la villa del Río Cuarto, al sur de Córdoba, la importancia de aquel destino y la influencia que tuvo sobre su carrera de militar y estadista, habrá de inferirse por lo que esa demarcación significaba.

Confín con el territorio reconocido implícitamente como dominio de las tribus salvajes, separaba así de la Nación, dentro de ella misma, un área de más de un millón de kilómetros, que era el Desierto por antonomasia, dilatado desde el lejano sur o Patagonia, vagas denominaciones de geografía aventurera, hasta el corazón del país, según acaba de verse. Dentro de esa superficie, la sección directamente en contacto con las fronteras del sur, interior y oeste,

formaba una zona de guerra de cien mil kilómetros donde *las tribus, nómadas y todo como eran*, habían concluído por sistematizar en verdadera industria predatoria el saqueo de la ganadería.

Virtualmente confederadas por aquella aceptación de su poderío que les resultaba ventajosa prepotencia, organizáronse al fin en una rudimentaria monarquía militar u horda combatiente cuya influencia amplificóse de tres modos: el negocio con ciertos hacendados de Chile a quienes vendían el botín de sus malones, incluso algunos cautivos; la relación con espías y agentes secretos en las poblaciones cristianas, donde solían servirles de tales, mercaderes rapaces y gauchos bandoleros; y el concierto con la indiada del Chaco para la invasión simultánea, mediante embajadores que cruzaban la pampa interprovincial de Santa Fe, Santiago y Córdoba. Hubo que confinar, pues, al norte, otros doscientos mil kilómetros de dominio salvaje, con lo cual el país civilizado, propiamente dicho, venía a quedar rodeado por la barbarie hostil, y reducida en más de un tercio la posesión efectiva del territorio nacional.

Es a saber, en efecto, que los indios, no sólo comerciaban con Chile el producto de sus rapiñas, tal cual si practicaran un tráfico regular, sino que al doble aliciente de aquel negocio y de la paz que de tanto en tanto les compraba nuestro gobierno bajo

la forma de un disimulado tributo, procedieron también de allá los más bravíos como auxiliares, primero, como aliados residentes, después, y por fin como dominadores al mando del famoso Calfucurá, quien implató sobre todos un señorío de verdadero rey de las pampas. Por esto Rosas, primer vencedor eficaz de las tribus hostiles, mencionó y diferenció siempre en sus documentos a «los indios chilenos enemigos» (1), designación de mucho alcance como va a verse.

La conquista, que por infausta singularidad había empezado aquí con una derrota cuyo efecto retardó más de cuarenta años la fundación de Buenos Aires, y redujo casi a los términos de un ejido el reparto de la tierra circunvecina, fracasó, así, en la pampa, donde su dominio estable al sur y al oeste de dicha ciudad, comprendía unos cien kilómetros por término medio hacia el primer tercio del siglo XVIII. Sostenido, si cabe decirlo así, por inermes villorrios o «pagos» de avanzada, y una que otra estancia de situación excepcional entre veinte y cincuenta kilómetros más afuera, la paz con los indios estribaba en una recíproca aceptación de posesiones ya secu-

(1) Calfucurá entró el año de 1834, uno después del descalabro infligido por Rosas a la indiada, aprovechando juntamente la facilidad que sobre los vencidos le daba aquella derrota y la influencia que ganaba con su socorro.

lares ; mientras por el norte, la defensa natural, comunicación y auxilio que el Paraná ofrecía, atrajo a su margen y territorio ribereño, la mayoría de la población rural, agrupada acá y allá en parajes como El Pergamino y Los Arroyos (San Nicolás) distantes más de doscientos kilómetros. Tal fué, pues, el área del dominio en cuestión, y hasta anduvo de trámite un pacto formal con los indios para fijarlo dentro de ella : defensiva sistemática que revelaba, tan sólo, el pesimismo de la impotencia.

El multiplicio espontáneo del ganado mayor cubrió, entretanto, el territorio así compartido, permitiendo a los cristianos la formación de estancias cada vez más extensas y la organización de correrías cada vez más fructuosas con la creciente demanda de corambre para exportar, mientras suministraba a los indios mejor caballada, o sea su principal elemento de andanza, combate y alimentación, y abundante vaquería para su ya entablado negocio eventual con Chile.

Por la misma antedicha época, la oposición de intereses naturalmente suscitada, así, entre indios y cristianos, hizo crisis bajo el estímulo de dos hechos concomitantes : la acentuación del prestigio araucano sobre las tribus, y la declaración de que la hacienda alzada era propiedad comunal, según la real cédula de 1708. El arreo libre por parte de los

indios, transformóse legalmente en depredación que aumentando al propio tiempo con aquel ascendiente, motivó expediciones punitivas y protestas de los así escarmentados para quienes significaban una ruptura de tregua. Era, en verdad, la prosecución de la Conquista ; y al cabo de varias represiones infructuosas, la entrada del maestre de campo don Juan de San Martín, en 1738, motivó con el sangriento castigo que impuso sin excepción a tribus belicosas y pacíficas, el alzamiento general para la guerra contra el cristiano (1). Así hubo de crearse espontáneamente la frontera con los indios, aunque sólo se dotó de guarnición militar a las poblaciones mencionadas, catorce años después ; y fomentado el interés de Chile por el botín creciente de los malones, vendido a bajo precio como es de colegir, prefiguróse ya lo que, andando el tiempo y ayudando nuestro faccioso desorden, sería la prolongada cuestión de límites con dicho país, hasta engendrar bajo el gobierno de Rosas una tirantez rayana en el *casus belli*. Ello aunque la expedición de 1833, mencionada más abajo, efectuóla aquél de acuerdo con la misma nación cuyo cambio de política tuvo el motivo que verá el lector también.

Mas, la guerra resultó victoriosa para los indios,

(1) Era estanciero de los fronterizos, y esto explica su excesivo cuanto desacertado rigor.

quienes lejos de retroceder, trajéronla con sus incursiones hasta cuarenta kilómetros de la capital, y aun menos, con lo que hubo al fin de crearse, como guardias permanentes de fronteras, tres compañías de lanceros rurales denominados « blandengues », una de las cuales, *La Valerosa,* cubrió el punto extremo de Luján (hoy Mercedes) a cien kilómetros (1). Esta distancia, diametral por largo tiempo, correspondía, más o menos, a la jornada regular de un cuerpo medianamente montado ; y dada la índole de aquella guerra, su explicación es visible.

El avance de las fronteras constituyó desde entonces asunto principalísimo ; pero sólo en 1772, practicóse con tal fin un reconocimiento a fondo, que llevado hasta la Sierra del Volcán, quedó, sin embargo, en eso.

Así las cosas, el primer virrey, general Ceballos, apenas en posesión de su gobierno (1777) ideó el único plan concluyente para resolver la cuestión, que por cierto dominaba, decidiendo ocupar al frente de diez mil hombres el territorio de su jurisdicción austral, con definitivo aplastamiento del poderío salvaje. Casi dos siglos antes, las sendas entradas de

(1) Vale la pena recordar el nombre de las otras dos, no menos bélico y bien sostenido, a fe : *La Invencible* y *La Conquistadora*, por ser las primeras fuerzas permanentes de aquella guerra pampeana que debía durar más de ciento cuarenta años.

Hernando Arias de Saavedra, quien las efectuó en son de ataque, avanzando mil kilómetros al sur, habían mostrado ya que el éxito era de la ofensiva; pero al dejar Cevallos el gobierno un año después, su proyecto caducó.

Vértiz, su reemplazante, buen conocedor también del asunto, acabó, sin embargo, por decidir un ligero avance, o mejor dicho rectificación de la frontera con nueve guarniciones de campaña y de fortín que, al fin de cuentas, sólo importó un incremento defensivo (1780). Era la resignación al azote de los malones que, no obstante, aumentaba sin cesar; pues al ir mermando la hacienda alzada con el arreo y el consumo, los indios dedicábanse cada vez más al saqueo de las estancias. Estas continuaban prácticamente reducidas al « estrecho y vergonzoso recinto en que las fijó Garay en 1580 », según la exacta frase del «proyecto de traslación de las fronteras de Buenos Aires a los ríos Negro y Colorado », que en 1804 presentó al rey don Sebastián de Mudiano y Gastelú, capitán del regimiento de milicias voluntarias de Mendoza.

Este notable documento cuyos cálculos y descripciones contenían todo el problema dominado sobre el terreno, casi diría que con geométrico rigor, delineó las campañas que habían de resolverlo. Así, de Angelis, en las pocas líneas con que precedió su

publicación (1), pudo decir que quien «prescindiese de la fecha, creería que esta memoria fuese un comentario apologético de la última campaña del Sr. General Rosas»; y es del caso recordar para que se vea mejor lo natural de la línea proyectada, que las susodichas expediciones de Arias de Saavedra, alcanzaron a su vez el mismo límite. Es que arrojados los indios más allá, obstáculo y distancia reduciríanlos a la incapacidad de ofender.

No obstante, persistióse en la defensiva, negociando al efecto una colaboración con tribus auxiliares entre las más vecinas y sedentarias, hasta conseguir al cabo la paz o tregua estable, hacia 1790, con el río Salado como límite natural, entre doscientos cincuenta kilómetros al oeste y ciento cincuenta al sur de Buenos Aires, en números redondos; o sea desde el nacimiento de aquél en la laguna del Chañar, hasta su desembocadura en la ensenada de San Borombón. La patria naciente encontró así las cosas y las mantuvo en principio, reconociendo a los indios como «naturales de América», derecho de ocupar tierras propias, si bien la Primera Junta ordenó ya un nuevo reconocimiento para avanzar la frontera; hasta que la guerra civil iniciada en 1815, juntamente con la invasión brasileña de la Provincia

(1) *Colección de Obras y Documentos*, etc., tomo I, séptima parte, Buenos Aires, 1836.

Oriental, causó el descuido casi completo de la línea. La consiguiente preponderancia que los indios tomaron, creció todavía con la alianza militar que les propusieron los caudillos rivales, introduciéndolos en la política bajo condiciones fáciles de suponer; de suerte que a los cinco años, no más, su dominio sobre la campaña cobró las proporciones de un azote aterrador.

Aunque en marzo de 1820, estipulóse un tratado formal de amistad y límites entre la provincia de Buenos Aires y las tribus fronterizas del sur, el estado de la campaña, nada mejor con eso, motivó tres expediciones sucesivas del gobernador de aquélla, general Rodríguez, en diciembre de dicho año, en marzo de 1823 y enero de 1824; pero, si logró adelantar la frontera unos cien kilómetros, estableciendo como avanzada extrema el fortín *Independencia* (hoy ciudad del Tandil) a trescientos treinta de de Buenos Aires, los malones continuaron con más vigor aún, en desquite y consecuencia natural de esas operaciones insuficientes.

Frustáneas ellas, al fin más que todo por falta de plan orgánico, el general Las Heras, sucesor de Rodríguez, designó en octubre de 1825 una comisión formada por Rosas, colaborador activo de este último, aun cuando había desaprobado sus campañas cuyo fracaso predijo, el general Lavalle y el inge-

niero militar Senillosa, para que proyectasen sobre el terreno una nueva línea. Once meses después, Rivadavia, que además de la presidencia asumía el gobierno provincial de Buenos Aires, aprobó el informe de aquéllos, en ejecución del cual y simultáneo castigo de otra terrible invasión, salió a campaña el coronel Rauch con setecientos cuarenta hombres, quinientos de ellos de línea. Militar de escuela, había sabido dar a su tropa la eficacia peculiar que requería el triunfo completo sobre la indiada, aun cuando ésta, muy superior en número y agilidad, maniobrara dirigida por desertores chilenos que la apoyaban con fuego de carabina; pero si su acción, decisiva como ninguna hasta entonces, permitió avanzar la línea en 1827-28, desde Junín, por los fuertes *Veinticinco de Mayo* y *Tapalqué*, hasta Bahía Blanca, fundada a la sazón, la guerra civil malogró trágicamente éxito y jefe sólo dos años después (1).

Resuelto a afrontar la lucha con alcance definitivo esta vez, Rosas, que apenas recibido de su primer gobierno, había procedido a reorganizar la policía de campaña y avanzar, ello mediante, la frontera a

(1) La campaña, iniciada a fines de setiembre de 1826, concluyó en enero del siguiente año, tras una serie de combates victoriosos. El coronel Rauch fué vencido y muerto en *Las Viscacheras* el 28 de marzo de 1829.

viva fuerza (1830) planeó durante los dos años sucesivos, de acuerdo con Chile, que debía operar simultáneamente en su territorio, y con las provincias de Córdoba y de Mendoza, la entrada de tres divisiones argentinas que por la falda de los Andes, el centro pampeano y el sudoeste bonaerense, convergirían al Río Negro, barriendo completamente la indiada más allá de ambas sus márgenes; de suerte que como los preparativos de dicha campaña estuviesen muy adelantados ya, al sucederle en la gobernación el general Balcarce, éste confióle el mando de la división de Buenos Aires en enero de 1833; pues el comandante en jefe de la triple expedición era el general Juan Facundo Quiroga.

Equipada aquélla por Rosas de su peculio particular y con la ayuda de estancieros amigos suyos, dado que el gobierno apenas le envió recursos tardíos, púsose en marcha el 23 de marzo siguiente. Chile cumplió lo convenido, enviando contra sus araucanos una expedición mandada por el general Bulnes, quien les impuso la sumisión al promediar el mismo año; pero las divisiones argentinas del centro y de la derecha, que hacia la mitad de febrero habían iniciado la campaña con un ataque eficaz contra los ranqueles de temido renombre, interrumpíanla a principios de abril, para no reanudarla más, por falta de caballos, principalmente.

La división de Rosas, fuerte de dos mil hombres, continuó por su sola cuenta la entrada, hasta lograr en nueve meses de operaciones tan duras como eficaces, el completo descalabro de las tribus que impuso a todo rigor, concluyendo con algunas, sometiendo otras, y dejando guarnecidos hasta 1852 los ríos Colorado y Negro.

Mas, el abandono de la campaña por las otras dos, dejó incompleta la derrota de los ranqueles, facilitándoles con esto el recobro de su antigua dominación sobre aquella zona nor-noroeste del desierto que lo dilataba, como sabemos, hasta el corazón del país.

Es así que en marzo del siguiente año, no más, invadían el Río Cuarto, exterminando casi su guarnición; desquite que castigado con decisiva prontitud por las fuerzas de Buenos Aires, iniciaba, sin embargo, una modificación radical en el mando de las tribus.

Aquel malón formaba parte, en efecto, de un vasto plan de los araucanos de Chile, quienes, traicionando el pacto de sumisión contraído con el general Bulnes, habían motivado otra campaña del mismo, que consumada con entereza hacia fines de 1834, puso a los más rebeldes en el trance de pasar la Cordillera. Aprovechando el reciente desastre infligido por Rosas a la indiada pampeana, para imponerle su

preponderancia so pretexto de socorro fraternal, entraron en los territorios de nuestro sur, mandados por Calfucurá, que era uno de sus caciques. Con maña, primero, a la fuerza después, y ayudado siempre por el vínculo troncal de todas aquellas tribus, fué estableciendo dicho jefe su prepotencia; y así que ella se afianzaba, no sin lentitud, dada la índole dispersiva de los nómades y los reveses sufridos más de una vez, iba modificándose la política fronteriza de Chile a nuestro respecto.

Con todo, la autonomía de los ranqueles fué siempre completa por causa de su mayor poderío entre las tribus confederadas, que habíale permitido servir de base al antedicho movimiento araucano. Aunque dirigidos, desde entonces, por caciques chilenos, tuvieron su política propia en la guerra comarcana y los tratados que la sucedían, ratificando prácticamente sus éxitos; a todo lo cual añadió la contienda entre cristianos un elemento de importancia.

Deshecho en 1831 el ejército del general Paz, el teniente Antonio Baigorria que a él había pertenecido, refugióse entre los ranqueles para evitar las sangrientas represalias de los vencedores; y pasado el período de la probatoria observación que los indios aplicaban a esos prófugos, nada escasos entonces, formó con los que allí andaban, tomándolos de plantel, pues los más eran desertores, una especie de

regimiento que disciplinando a los guerreros de la tribu hospitalaria, impuso su predominio en malones y querellas con los rivales.

Ascendido, así, a cacique, tomó parte en el malón de 1844 sobre la frontera de Buenos Aires y Santa Fe, primera reacción de importancia que efectuaban aquellos indios desde su escarmiento de diez años atrás; pero batidos de nuevo por las fuerzas bonaerenses que al mando del coronel don Vicente González infiriéronles un completo revés, permanecieron casi inactivos en sus depredaciones, lo propio que los del sur, cuando el retiro de las guarniciones, dispuesto por Rosas para reforzar el ejército vencido en Caseros, así como esta derrota, suscitaron el avance de la indiada, iniciado por Calfucurá y generalizado con creciente empuje a favor de la sucesiva guerra civil de diez años.

El asunto era tan grave, que la Constitución dedicóle un inciso especial — el 15° — entre los del artículo 67 que establecen las atribuciones del Congreso, reconociendo las fronteras y el trato con los indios, pacífico y evangélico por añadidura; vale decir, sancionando la jurisdicción de las hordas (1).

La ejecución de dicho estatuto, y la inmediata guerra con el Paraguay lo empeoraron todo, según

(1) « Proveer a la seguridad de las fronteras, conservar el trato pacífico con los indios y promover la conversión de ellos al catolicismo.»

era consiguiente. Así, la ley del 13 de agosto de 1867, que resolvió la ocupación ribereña de los ríos Neuquén y Negro hasta el mar, no sólo insistió en la celebración de tratados con los indios, *ad referendum* del Congreso, sino que dispuso su propia postergación hasta el final de la guerra; pero lejos de ponerla en vigor, sistematizóse la política de los convenios en que el gobierno nacional se obligaba al racionamiento de las tribus, siempre descontentadizas para exigir más, el respeto de su territorio que no podía recorrer sin aviso, y hasta la concesión de sueldos militares a capitanejos y caciques, con el uso del uniforme correspondiente a la graduación (1).

Este vergonzoso tributo, no hizo más que aumentar el poderío de la horda, reforzado aún por nuevos contingentes araucanos que acudían de Chile a la provechosa participación; mientras el servicio de fronteras, deprimente para el ejército al constituir una beligerancia con salvajes, facinerosos y desertores, insuficientes de recursos, ocasionado a los desmanes de la leva con que se lo remontaba, ni suprimía el malón violatorio de las tratados bajo cualquier pretexto, ni promovía la reducción de la indiada.

Ahora bien; Baigorria, al conocer el triunfo de

(1) Sólo el subsidio anual a los ranqueles, excedía de cien mil pesos fuertes; es decir, tanto como lo que costaba el sostén de la guarnición fronteriza.

Urquiza, habíasele presentado para ofrecerle sus servicios, que el general aceptó, confiriéndole el grado de coronel por antigüedad y el mando de la frontera con los ranqueles: perspicaz acierto al cual se debió una paz de diez años sobre la misma. En ese carácter concurrió aquél, como dije, a la batalla de Cepeda; y enajenada su voluntad por un desacierto político que lo indispuso con el gobierno nacional, a la de Pavón bajo las órdenes de Mitre. Su regimiento de indios, pues conservaba entre éstos prestigio de cacicazgo, llegó a ser famoso entre la caballería.

La importancia así acordada a la frontera del Interior fué creciendo junto con la potencia salvaje, de tal modo, que apenas aliviada la preocupación de la guerra del Paraguay, reemplazaron a Baigorria jefes tan distinguidos en ella como Arredondo y Mansilla. Tratábase, sin duda, de la mejor situación para estudiar el asunto a fondo; y el segundo de aquéllos, haciéndolo directamente en las tolderías que al efecto visitó, aunque con preferencia descriptiva por lo pintoresco, dió a nuestra literatura una obra notable. Posición y eficacia bélica, daban a los ranqueles tanto poder que durante los veinticinco años posteriores a la caída de Rosas, hubo de emprenderse contra ellos tres expediciones, todas infortunadas, mientras sólo se efectuó una, también infausta, contra los indios del sur.

El relevo del coronel-cacique no había significado la desconsideración de sus servicios, que continuó prestando allá, siempre al frente de su regimiento; sino que la comandancia de aquella frontera, centro geográfico de la Nación, era también estratégica, políticamente hablando, pues hallábase en contacto con el litoral por la llanura santafesina, y con Cuyo por la puntana, lo cual asumía grande interés, dado que sólo se contaba con el caballo como elemento de movilidad para reprimir las frecuentísimas sediciones en nombre de la autonomía provincial y del sufragio «conculcados». Guarnición cordobesa a la vez, resultaba un foco de influencia nacional sobre tan vasta zona, ya que Córdoba, por sí misma, ejercía la suya con trascendencia y categoría históricas que en su punto recordaré; de suerte que el jefe situado allá, requería muchas condiciones fuera de la pericia para guerrear contra los indios. Nadie las reunió como Roca, según va a verse; y de consiguiente, ninguno sacó de su posición en esa villa de frontera consecuencias de tanto alcance.

La parte política del programa liberal que la Constitución formulaba literalmente, seguía estorbando con su inadecuación al país el desarrollo del progreso material cuya expresión es el propio liberalismo, escuela económica en su prístina realidad; toda vez que el susodicho defecto, germen constante de abuso

y de rebelión, malograba con la frecuencia de esta última acción, recursos y garantías indispensables al fomento de la prosperidad.

Cada nueva elección de las que el sistema representativo federal exige casi continuamente, motiva hasta hoy, con análoga frecuencia, la declaración previa o posterior de que faltan las condiciones electorales garantidas por la ley o de que se violó la libertad del sufragio. Cierto o no, y más lo primero que lo segundo, la insurrección en nombre de la libertad es, ya lo he dicho, la consecuencia. El propio manual de instrucción cívica en que yo estudié, considerábala «un derecho y hasta un deber del buen ciudadano».

El conflicto pertinaz de nuestra política, que frustrando así su objeto esencial, en vez de armonizar divide, estriba en el vano empeño de realizar un sistema impracticable por lo extranjero. El fraude está en él, más que en el oficialismo, que viene a ser su fruto; y todo ello resultaba entonces mucho peor con la abundancia de elementos desquiciadores, a empezar por la incomunicación y la pobreza. Las entidades locales, más poderosas con aquélla ante la fuerza propia de la nación, tenían en estotra un incentivo de aventura. Según se ha dicho con acierto, conservador es quien tiene algo que perder; y el botín sedicioso consistía principalmente en los empleos

públicos adquiridos por conquista o transacción. Así, pues, resuelta la guerra exterior, los principales asuntos de estado eran el dominio territorial comprometido por la aceptación del poderío salvaje, y la organización política definitiva que no podía existir sin el imperio estable de la autoridad nacional.

Pero la misma capital de la nación funcionaba de prestado en la capital efectiva de la provincia de Buenos Aires; y esta doble entidad mantenía de suyo una perturbación tanto más grave, cuanto que los mayores recursos y prestigio de la segunda, inducíanla a ejercer la inherente preponderancia, no sin vinculación naturalmente buscada por las rebeliones autonomistas del interior para la acción concordante. Su prensa, libre hasta la arrogancia, era el popularísimo campeón de las instituciones, doquier se las transgrediese; pero, al defender teóricamente como le es propio, la perfección insostenible de la doctrina agregaba sin quererlo otro elemento perturbador. La dictadura racionalista, consecuencia natural de la paradoja que es el libre examen, tiene su instrumento más eficaz en la prensa irresponsable de la Constitución (1).

Con todo ello, Córdoba, el segundo centro urbano

(1) Sarmiento, que fué uno de los actores de la enmienda incorporada como artículo 32, consideróla después « un sabio error » en cuya virtud la prensa « no tiene juez competente, aun para sus delitos».

de entonces, y el primero por su categoría federal, históricamente hablando, según se la asignaban su iniciativa y su acción desde los primeros días de la Patria (1), resultaba el contrapeso natural que las provincias tomaban por núcleo para dar gobierno a la nación con Buenos Aires, ciertamente pero no bajo su hegemonía; y tal fué en sustancia la famosa cuestión entre porteños y provincianos. Creábala, como se ve, la acefalía de la nación, que no podía resolverse sino declarando su capital a Buenos Aires con este exclusivo fin; toda vez que si continuaba siéndolo también de la provincia, volvíase interminable el dualismo, causa de la contienda, y si se llevaba la capital a otra parte, el conflicto habríase prolongado por sí solo con la presencia de una metrópoli rival.

Así era, repito, doblemente estratégica aquella comandancia de la frontera del Interior en cuyo aislamiento aldeano formaba el futuro estadista su concepto exacto de la obra por realizar. El desierto, empequeñeciendo física, económica, y moralmente al país, y la acefalía, perpetuando su anárquica paradoja, condicionábanse entre sí como las dos principales causas de pobreza y desorden; vale decir, de ya

(1) A propuesta de su diputado el deán Funes, la Junta Grande sancionó el 10 de febrero de 1811 el reconocimiento de la autonomía provincial como base de la Constitución que «los pueblos» iban a darse.

intolerable atraso. Baste saber, en efecto, que la nación reducíase a millón y medio de habitantes, con catorce millones de pesos fuertes de renta consumidos por mitad entre el malón y la sedición. Eran, pues, problemas complementarios, y en consecuencia de solución correlativa.

VIII

EL JEFE

El acierto político y militar con que Sarmiento había confiado a su ya predilecto coronel de veintinueve años aquella frontera del Interior, según pronto se vería, tuvo asimismo la eficacia que tan justamente sabe aprovechar la genuina capacidad del grande hombre.

Allá, en efecto, donde por ser la guarnición más peligrosa, un militar de carrera, puramente, habríase limitado a perfeccionarse como tal, haciendo con ello el debido mérito, iba él a formar también el gobernante que completara su personalidad de estadista. La observación de la política lugareña, más de una vez sometida a su juicio por confidencias e intercesiones locales que su categoría militar, su prestigioso desempeño, su prudente agudeza, suscitaban naturalmente, enseñóle con la rapidez propia del ingenio, así bien llamado chispa, el manejo de los resortes humanos que según le oí una vez son los mismos de gobernar, ya se trate de un puñado o de un millón de hombres ; por donde todo estriba,

agregaba, en saber tocarlos a tiempo. Sólo que como dicha oportunidad constituye un don nativo, el arte de aplicarlo desarrolla la facultad, pero no la crea, y ésta es la predestinación de quienes, nacidos para el mando, han de mandar, a despecho y a favor de las circunstancias adversas o propicias.

De esta manera existe, pues, la suerte en cuya virtud parece no faltarle ninguna cualidad al privilegiado ; según lo cual hemos de contar para el caso aquel atractivo que asociaba con afable sencillez la benevolencia de la superioridad y el comedimiento de la modestia ; la firmeza, a un tiempo moderada y cortés ; la afectuosa distinción y la perspicaz reserva con que predisponía a la confianza sin entregarse nunca, lo que era, asimismo, condición de respeto ; y todo ello como refundido a la cautelosa penetración de la mirada, más tranquila por azul, en una autoridad tan propia, que jamás necesitó confirmarse insistiendo ni sostenerse castigando.

Esa naturalidad del dominio es la hermosura de la fuerza que tampoco faltaba, materialmente dicho, en aquel oficial de elegancia casi cenceña, donde por lo mismo resaltaba la intrepidez con sutilidad incisiva y consiguiente acentuación del rasgo original, tan importante en la formación de la personalidad pública. Ya por esos años de 71 a 72, puede afirmarse que estaba hecha.

La aristocrática expresión del rostro cuya delicada palidez afinaba todavía la pera rubia, peinada juntamente con el bigote, a usanza del tiempo, retraíase bajo la visera militar en la oblicuidad de un escorzo característico; mas, al propio tiempo, la pensativa esquivez de los ojos garzos atraía con cierto encanto fatal que magnetizaba entre dulce y cruel la aceración de la pupila. Casi suave de serena, su energía conquistaba con aquella noble dignidad en que se embellece la altivez del señorío.

Al prestigio de su bravura reunía la jovialidad, otra excelente condición de soldado para esa guerra de privaciones durísimas; retozo de vitalidad juvenil que solía arriesgar tal cual vez hasta lo indiscreto la travesura criolla de su epíteto cuando lo suscitaba la ridiculez vanidosa. Nada alteraba, quizá, más prontamente su paciencia, bien que siempre de manifiesto en dicha espontánea reacción del buen gusto; pues era grande su imperio sobre la vehemencia natural, y así agregábale otra prenda superior esa represión de la cólera con que los fuertes mitigan el zarpazo mortal, apiadándola en ironía. De ahí que ésta suele parecer menosprecio y acaso lo contenga también, siendo el gobierno de los hombres, sabido está, escuela de pesimismo. Mas, la excelencia nativa es magnanimidad por definición,

con lo que así perdona en lo mismo que ajusticia.

Militar y políticamente, la guarnición cordobesa del Río Cuarto vinculábalo con la capital de la provincia donde fué ganándose el condigno ascendiente mantenido, asimismo, sobre las otras de su anterior conocimiento, a empezar por la natal, según es obvio, mediante una correspondencia entre cuyos mejores destinatarios contó algunos condiscípulos del Uruguay que también iniciaban su vida pública. La proximidad a San Luis, pues Villa Mercedes era el centro militar más importante de la zona, permitíale ejercer sobre esa provincia una influencia directa que veremos resaltar en el estudio de su formación política.

Aquellas cartas cuya letra aguda y fina perfilaba el acierto de la sagacidad en la cordura del raciocinio, imponían con decisión la firmeza de su concepto. Manifestación de ideas formadas sobre los asuntos capitales del país, su franqueza crítica hasta lo audaz, no era sino la precisión con que les señalaba soluciones definitivas. Este mismo acierto determinaba la eficacia de su previsión, facultad de tanto alcance en la guerra y en la política; pero todo ello sin resonancia, como si fuera el resultado de una sencilla operación que se impusiera por certidumbre y no por fe, aunque de ningún modo nace

ésta mejor que al prestigio de la llaneza. Y asimismo pintábase su carácter con tal nitidez en el rasgo de la letra, que esto exige dos palabras todavía. Al antedicho aspecto de su fina agudeza, había, pues, de añadirse la peculiar desligadura que revela intuición, o sea «percepción clara, íntima, instantánea de una idea o una verdad», según el léxico, y la proporcionada sobriedad que enuncia sencillez y modestia; quedando sólo por advertir la fortaleza de la índole y la salud, manifiesta en la regularidad típica que le conservó hasta el fin.

Estaba, así, hecho para la estimación de aquella clase gobernante de Córdoba que se conservaba tal por merecimiento de su hidalguía, repartida esta dignidad del linaje y de la cultura que lo ilustraba con doscientos cincuenta años de universidad, entre próceres católicos de solemnidad un tanto apergaminada, dijérase que a estilo de instituta o de bulario, y caballeros liberales de chapa cartesiana, bajo la cual escocía, sin embargo, su puntita de enciclopedismo anticlerical y aun de entusiasmo anglicano a través del frecuentado *Federalist*; no sin que entre ambos tipos, como entre dos citas opuestas de Donoso Cortés y de Lamennais, hubiera nacido el intermedio católico liberal o liberal cristiano, según concíliase, por ejemplo, la creencia profesada o acepta, con el clasicismo constitucional de su Madi-

son o la política biológica de su flamante Bagehot (1). Pues lo cierto es que un noble afán remozaba la erudición y la cátedra. Precisamente el año 72 fundó Sarmiento, allá, la Academia Nacional de Ciencias.

Bien que algo de aquello fuese, tal vez, acomodo promediado de conveniencia y poquedad, dicha posición estribaba principalmente en la sinceridad republicana que a todos era común desde los primeros días de la Patria, empezando por su clero democrático, y explicándose con ello la infaltable notabilidad cordobense en las arduas tareas de constituir la nación. Veníales del abolengo conquistador, fortificando aún la consabida simpatía el espíritu marcial que ensalzaba en Paz su dechado selecto, pero también la mano ligera para las armas de dirimir por cuenta propia; carácter muy sensible de suyo al prestigio bélico. La valentía, en efecto, a fuer de virtud, acepta francamente lo superior; y por lo mismo que el brío favorece la dirección del corcel, sólo es difícil mandar cobardes. Oficiales cordobeses de brillante foja, que habían sido sus

(1) Sabido es que Madison, redactor del *Federalista*, juntamente con Hamilton y Jay, fué mediante su famosa refutación al *bill* de los sueldos eclesiásticos, el verdadero autor de la neutralidad religiosa en la Constitución de los Estados Unidos. Walter Bagehot inició con su *Physics and Politics*, en 1869, la aplicación sistemática de la teoría de la evolución natural a las colectividades humanas.

compañeros de armas en la guerra civil y nacional, abonaban su discreción y su mérito.

La índole comunicativa de la juventud y la formación colegial en el Uruguay de sus letras secundarias, inclinábanlo al liberalismo profesado generalmente por la mocedad de cepa unitaria como la suya, según venía viéndose con creciente decisión al ir aquélla tomando la delantera. El programa liberal, que exigía con acierto la integridad de la Nación, ante todo, conforme a la aspiración provinciana de la capital de Buenos Aires, si proclamaba también la neutralidad laica del Estado, era por espíritu más progresista que irreligioso; y poco después, la presidencia de Avellaneda, católico activo, demócrata sincero, hijo de víctima unitaria, provinciano integralista, si se permite la definición, universitario de Córdoba y joven de treinta y siete años, no más, sería la expresión conjunta de cuanto he dicho.

Una circunstancia tradicional creaba a Roca otro vínculo con la sociedad y la política locales: su tío don Marcos Paz había sido allá personaje de tanto fuste que, encarcelado en 1861 por rigurosa orden del presidente Derqui, una comisión de damas cordobesas solicitó a este último su libertad con buen éxito; y no más que al fin del mismo año, hete aquí que el agraciado era ya gobernador interino de la

provincia. Hasta había quién, aludiendo al vencedor de la Tablada, en las tertulias donde era habitual la plática, por decirlo así, expurgatoria de los linajes, reputara como de una misma cepa todos los Paces históricos.

En eso, el joven coronel encontró nueva afección que lo uniera, y dulcísima y mejor, con haber hallado la esposa de su destino.

« Acontecimiento social » de la época « el fausto enlace », quién más digna para elegida de la suerte que la Clarita Funes, dijera el cariñoso diminutivo local con que, engreída de tanta donosura juvenil, « toda Córdoba, sí señor, se miraba en ella ».

Clara, sin duda, por el nombre y la sangre, éralo también con aquella gentileza de su estirpe, como iluminada de inteligente simpatía que reuniendo la delicada jovialidad al noble candor, agraciaba el lindo rostro donde en el pétalo aun pueril de la sonrisa y en el ojo rasgado ya de belleza, parece interrogar, atónito de sí mismo, el encanto de la doncella. Y también como la mejor, supo ser la señora de nuestro hogar patricio, joya de su intimidad así acendrada en el decoro de la perla profunda ; mas, no por esto cautiva de su rango, sino con la serena cuanto difícil virtud de acompañar al grande hombre en su vida gloriosa y seguramente tan acechada por la tentación.

Pero aquí corresponde una advertencia.

La historia del individuo superior ha de limitarse al estudio de la prendas y defectos peculiares que constituyen su entidad de tal. Lo que tenga él de común, no vale el tiempo que se emplearía en narrarlo. Basta, al efecto, con decir que fué un hombre. La exhibición de vulgaridad en que lo contrario redundaría, es pedantesca o demagógica. Si, precisamente por aquéllo, « no hay grande hombre para su ayuda de cámara », rebajará la historia quien la escriba con criterio de lacayo. La historia es un arte y el arte un señorío. Nunca hay belleza en la vulgaridad, con lo que es de necio su consideración estética. Tanto vale aplicar la orfebrería a la hechura de una sartén, y esto explica la insignificancia fatal de las odas a la democracia o a la vacuna...

Así como el silencio es la mitad de la música, la discreción es la mitad de la historia. El grande hombre, como hombre que es, tiene vida privada. Su eminencia no exime de respeto al historiador, así sea en nombre de la ciencia o del arte. El rigor del análisis puede resultar impío como la calumnia, toda vez que el hecho forma tan sólo una parte de la verdad ; y por artística que sea, la desnudez arriesga siempre desvergonzarse en impudor.

Recordando, por otra parte, lo que está dicho de la mujer honrada, el hogar honesto no tiene histo-

ria. La virtud materna de que subsiste, es invisible como la sal en la sazón ; y para el caso que nos ocupa, su ejercicio valeroso empezó con el destierro a la guarnición de la villa fronteriza donde la pampa bravía hasta lo feroz bajo la aridez de la barbarie, el consiguiente rigor del clima y el azote de las hordas que cuatro años antes, no más, saquearon y cautivaron, asolándolo todo (1) amontonaba sus médanos de bulto sepulcral como cadáveres tapados, contra el pequeño oasis de las acequias industriosas, el plantío frutal, el tablón de alfalfa cuidado entonces con mimo jardinero, y la media docena de sauces del riacho, desde cuya ribera sería dulcemente melancólico evocar, tal cual tarde veraniega, al toque de la retreta, el *Paseo* famoso de la capital, con su lago y su alameda desbordante de elegancia ajustada — sépanlo ustedes — sobre los últimos figurines de París.

Es propio de la civilización maquinal, o mejor dicho, maquinista, que nos arrastra, el exceso de publicidad y la consiguiente importancia que atribuye a los detalles de rebusca, con presumible complacencia del tinterillo zurcidor. Viruta noticiera o secreto de trasalcoba, claro está que no he de redu-

(1) El 2 de marzo de 1868, un malón de dos mil ranqueles invadió el Río Cuarto, llevándose numerosos cautivos y un inmenso arreo de ganado.

cirme a ese chismoso regodeo. Baste saber, pues, que Roca fué de genio vivo y de temperamento amoroso sin demasía ; quedando lo que de esto pueda sobrar, a beneficio del supradicho buscón.

Dos años después, sólo dieciocho días antes de terminar la presidencia de Sarmiento, una revolución gravísima, dada la categoría de sus jefes y la importancia de sus elementos de acción, estallaba en las provincias de Buenos Aires y San Luis al mando de dos generales con veteranas fuerzas de línea aumentadas por contigentes civiles, para impedir la trasmisión del gobierno al electo, doctor Avellaneda (1). Baste decir que el general Mitre asumió la dirección del movimiento al frente de su poderoso partido, mientras los jefes del pronunciamiento militar eran Rivas y Arredondo, ambos generales sobre el campo de batalla, y aunque uruguayos los dos, de adopción completamente argentina. Contaban entre los mejores oficiales de la guerra con el Paraguay, poco antes concluída, así como el elemento civil reunía a su vez lo más granado de la juventud porteña. Agravaban la ya imponente amenaza, la sublevación de dos cañoneras en el mismo puerto

(1) La revolución debía estallar el 12 de octubre, fecha constitucional de dicho acto ; pero sorprendidos los trabajos por el gobierno la noche del 23 de septiembre, fracasó en la capital, donde nada pudo hacer, precipitándose el pronunciamiento al siguiente día en las provincias antes nombradas.

de Buenos Aires, el amago de una nueva invasión de López Jordán a Entre Ríos, y dos alzamientos simultáneos : uno en Jujuy, que abortó luego, aunque no sin sangre (ciento ochenta muertos en el combate de Quera) y otro en Corrientes donde llegó a congregar numerosos voluntarios de la campaña.

Era uno de los tantos conflictos motivados por la impropiedad de la Constitución extranjera adoptada en 1853, según quedó dicho (cap. VI) y que como todos ellos hasta hoy, procedía de dos deformaciones inevitables : la adulteración del sufragio universal y la liga de gobernadores para imponer presidente.

Incompatible aquél con nuestro carácter, según nos lo enseña una experiencia ya más que secular, en esotra consistió siempre, también, la posibilidad de toda organización gubernativa. Así, para no recordar sino las más importantes, el *Tratado Cuadrilátero* y la unión de las nuevas provincias bajo la dictadura del general Paz, ambas de iniciativa unitaria, el Pacto del Litoral y el Acuerdo de San Nicolás, bases de la federación que constituímos ; y por supuesto, además, todas las presidencias viables hasta el presente (1). La causa está en que, confor-

(1) El artículo 1° del acuerdo de los gobernadores, definíalo así :
« Siendo la ley fundamental de la República el tratado celebrado el 4 de enero de 1831 entre las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y

me a la índole latina, el gobierno representativo es para nosotros encarnación individual y ejecutiva, no principalmente parlamentaria como lo prescribe la Constitución, copiándolo de un país anglosajón y protestante. Tal, en Roma, el emperador, que como dice Mommsen con propiedad, era «el hombre de confianza del pueblo»; su representante por antonomasia (1).

La candidatura derrotada del general Mitre había carecido de aquella condición inconstitucional pero indispensable que tuvo la de Avellaneda, empezando por la misma provincia de Buenos Aires cuyo gobernador resultó electo vicepresidente de la combinación victoriosa, aunque sin el voto de la mayoría bonaerense; política legalmente irregular, pero nada sórdida, como que, para honra suya, el principal mérito de su candidato consistía en haber sido un gran ministro de instrucción pública (2). Postizo,

Entre Ríos, por haberse adherido a él todas las demás provincias de la Confederación, será religiosamente observado, en todas sus cláusulas y para mayor firmeza y garantía queda facultado el excelentísimo señor encargado de Relaciones Exteriores para ponerlo en ejecución en todo el territorio de la República.»

(1) Aunque el gobierno nacional está formado por los tres poderes, constitucionalmente hablando, sobreentendemos que se trata del ejecutivo, o sea del presidente, cuando usamos aquella expresión.

(2) El vicepresidente, don Mariano Acosta, era asimismo un esclarecido ciudadano de vida pública tan activa como loable. Vale la pena recordar que había sido miembro de la convención constitucional revisora de 1860.

lo que es decir ajeno a la índole nacional el sistema violado, la consiguiente indiferencia explica por qué esa transgresión no mancha aquí a quien la comete. Social y prácticamente hablando, el delito electoral no existe.

Es así que los sublevados invocaban con razón y sinceridad la pureza de una doctrina impracticable cuyo imperio, al rigor de la *dura lex*, no podían eludir sus adversarios sin la desventaja moral del subterfugio ; pero éstos tenían por suya la eficacia constructiva que es todo el arte del gobierno, y así se habrá de ver cuando al estudiar el programa del liberalismo provinciano, aparezca en su alta significación la presidencia de Avellaneda.

Por otra parte, fué característica ilusión del siglo XIX, persistente hasta hoy bajo la acertada designación de *principismo* que acá le damos, la virtualidad supersticiosa atribuída al tenor de la ley, cuando este instrumento es de carácter interpretativo según su objeto social, que consiste en la adopción de lo conveniente cuantas veces se requiera ; o sea en cada uno de los imprevisibles y por lo tanto innumerables casos que pueden presentarse. Así el magistrado vivifica la ley, cuerpo sin alma en su mero texto ; con lo cual dijo ya la Suprema Voz, que la letra mata.

La trascendencia del episodio es, pues, evidente,

y realza todavía la descollante actuación que a Roca le cupo en él.

Empezando por este éxito significativo : la victoria bélica y legal fué de los jóvenes. La primera, además, de dos oficiales argentinos que representaban al ejército exclusivamente militar, invencible desde entonces : el teniente coronel Arias, triunfante sobre los generales Mitre y Rivas en La Verde (26 de noviembre) y el coronel Roca en Santa Rosa (7 de diciembre) sobre el general Arredondo. Sin mengua ninguna de aquella victoria, ésta fué mucho más difícil.

La insurrección de Buenos Aires, efectuada casi enteramente por la guarnición fronteriza de cuatrocientos hombres que sublevó el general Rivas en El Azul, pues la capital no se movió, invirtiéndose así totalmente el plan convenido, pudo frustrarla en gran parte con su prestigio personal el doctor Alsina, jefe del partido gobernante en la provincia : el autonomista, numeroso entre los elementos más populares de la ciudad y campaña ; mientras el propio gobernador, substituto de Acosta, coronel don Alvaro Barros, había sido cuatro años antes, no más, prestigioso jefe de aquella misma frontera donde fundó la actual ciudad de Olavarría. Así se explica que, aun incorporados luego mil quinientos indios del cacique Cipriano Catriel al ejército revoluciona-

rio, éste no pasara de tres mil quinientos hombres.

Bien que su ataque contra los ochocientos de Arias parapetados en los corrales de la estancia que dió su nombre a la acción : La Verde, hubiera de malograrse convirtiéndose en retirada, la actitud de Mitre al capitular en Junín seis días después, parece más bien una desistencia que una derrota. Aunque fuese el candidato vencido, su ardor revolucionario estuvo atenuado desde la preparación del movimiento, por la idea de evitar en lo posible la efusión de sangre. Habría querido que un alzamiento exclusivamente militar decidiese la cuestión sin combatir, por simple preponderancia numérica ; de modo que al suceder lo contrario — pues ni el ejército ni la armada respondieron como se presumía, fracasando el concurso de esta última en un conato episódico — todo induce a creer que aprovechó la ocasión de hacer la paz con su habitual superioridad estoica. Siendo quien era ya, el abandono de una lucha fratricida, antes aumentaba que oscurecía su gloria.

Completamente distinto el caso de la otra comarca trastornada por la rebelión militar, el triunfo requirió allá dos meses de estrategia y una batalla decisiva.

So pretexto de una grave dolencia, el general Arredondo había conseguido permiso de Sarmiento para residir, buscando así mejor clima, en la guar-

nición de Villa Mercedes cuyo jefe, el general Ivanowski, de quien fué predecedor allí mismo, era, juntamente con Rivas, su fiador moral ante el presidente que le desconfiaba. A favor de aquella hospitalidad, tramó Arredondo la sublevación que, llegado el momento, puso en obra, haciendo matar a Ivanowski por sorpresa y tomando la jefatura de sus tropas : 3° de infantería y 4° de caballería de línea. Es a saber que el sublevado conocía el prematuro estallido de la rebelión por su propia víctima, pues habiendo recibido Ivanowski el 23 de septiembre una advertencia telegráfica de Sarmiento para que vigilase con tal motivo a su huésped, tuvo la imprudente caballerosidad de mostrársela ; de modo que cuando al siguiente día, un nuevo despacho mandábale ya prenderlo por su averiguada participación en el motín, Arredondo, apoderado secretamente del telégrafo, fué quien recibió tal orden, asumiendo de consiguiente la mencionada actitud. Con todo, Roca enteróse de ello el mismo día en el Río Cuarto, merced a una confidencia telegráfica, siendo él quien hubo de comunicarlo al presidente de la República.

El pronunciamiento asumía, pues, gravedad extrema, no sólo por la calidad de la tropa con su armamento modernísimo entonces, y la colaboración entusiasta del gobernador de San Luis, simul-

tánea y expresamente rebeldísimo, ante todo, por su jefe militar, quien al iniciarlo, como se ha visto, sin reparar en medios, correría el albur de lo que a sabiendas jugaba, extremando sus condiciones de formidable osadía, experiencia veterana y dominio de aquel terreno donde siete años atrás habíase ganado en San Ignacio el generalato sobre el campo de batalla.

Conforme al plan revolucionario, debía encaminarse acto continuo a Buenos Aires, movilizando cuantas fuerzas pudiese, lo que hizo con la mitad del tercer regimiento de guardias nacionales, hasta reunir por todo algo más de ochocientos hombres. Así marchó sin tardanza en busca de la vía férrea, única entonces, que era la del Central Argentino entre Rosario y Córdoba, tomando el camino recto que pasa por el Río Cuarto donde esperaba incorporar sobre la marcha al regimiento 7° de caballería destacado en la frontera, y contaba con seducir o derrotar fácilmente al 10° de la misma arma, único que guarnecía la mencionada población.

Descubiertas sus fuerzas y sus intenciones mediante un ardid consistente en que el jefe de este último regimiento, teniente coronel Racedo, fingiéndose rebelde, mandara pedirle órdenes desde allá (26 de setiembre) movióse Roca el 27 con el mencionado cuerpo hacia Villa María, estación im-

portante del ferrocarril, para ocuparla el 29, cortando así el camino que Arredondo debía tomar; a cuyo efecto recibió el 28 su designación telegráfica de Comandante General del Ejército del norte, improvisado en su persona, por decirlo así, y los escasos refuerzos que el gobierno nacional podía enviarle a la sazón: dos piquetes de infantería de marina y gendarmes del Rosario con dos piezas de artillería de campaña. Pero la misma noche de su arribo, el presidente le anunciaba que de un momento a otro iban a incorporársele dos batallones de infantería y un regimiento de caballería con dos cañones *Krupp* y quinientos fusiles *Remington*, mientras de Córdoba y Santa Fe seguirían llegando más tropas sobre la marcha. Con esto, decidió continuar replegándose sobre la misma vía férrea, es decir, cortando siempre el camino al jefe insurrecto, hasta lograr aquella incorporación, según se efectuó el 2 de octubre en la inmediata estación de Bell-Ville, más conocida entonces como el *Fraile Muerto*, nombre antiguo del lugar.

Sarmiento habíase mostrado, como le era habitual, prodigioso de eficacia y energía. Puede afirmarse que cuarenta y ocho horas después de precipitar su estallido, había desbaratado la revolución a fuerza de cartas, despachos y decretos, como ese que creaba casi sobre el papel el Ejército del norte.

Su conferencia telegráfica con Roca la noche del 29, y sus telegramas expedidos desde el 25 a los gobernadores de Córdoba y del Litoral, manifestaban su confianza en aquél, tan decidida como respetuosa, hasta no insistir, bien que esto mismo a título de mera colaboración, sino sobre un detalle realmente obsesor para él, y que constituía, por cierto, el nervio de la guerra contra la montonera y el indio : la necesidad de conseguir caballos a toda costa, pues no disponiéndose sino de la indicada vía férrea, era ése el único elemento de movilidad en las operaciones distantes de ella. Así, el ejército nacional constaba entonces de doce regimientos de caballería por once de infantería y dos de artillería solamente. Sugería, en consecuencia, la requisición lisa y llana que Roca, sin embargo, no ejecutó (1). Otro era su concepto de la guerra como va a verse, por más que su experiencia militar hubiérale ya enseñado lo mismo, según también lo veremos con motivo de la expedición al desierto y de su política gubernativa en materia vial.

A su modo, pues, replegóse hacia el Fraile Muerto, según dije, llevándose la dotación ferroviaria

(1) Así desde su primer despacho a Roca el 25 de setiembre : « ... Expropie caballos. No hay más punto oscuro que ese... Pero coronel Roca, no se pagan los caballos a nadie, se quitan. Se procede como el enemigo procede. Estas son las leyes de la guerra. » etc.

utilizable, pero dejando en la oficina telegráfica como al descuido o por premura, las bandas de su conferencia con Sarmiento, para que la noticia del auxilio que iba a recibir causara sobre Arredondo la impresión que efectivamente produjo.

Dicho jefe había llegado el 27 al Río Cuarto donde sólo quedaba una patrulla de observación de Roca, la cual retiróse tras un breve tiroteo, y allá esperó hasta el 29 la incorporación del 7° de caballería sublevado por su jefe en la frontera, dirigiéndose entonces a Villa María, que ocupó el 2 de octubre. Enterado, como sabemos, de las fuerzas que incorporáronse a Roca en el Fraile Muerto ese mismo día, según díjelo también, resolvió marchar sobre Córdoba a cuya ocupación atribuía grande importancia y efecto en la opinión regional del Centro y del Norte, tomándola el 3 sin resistencia, imposible, por lo demás, de la guardia vecinal que la defendía.

Pero el éxito no correspondió a su esperanza. La ciudad capitulada opúsole, desde luego, el aislamiento de la dispersión. La guardia de vecinos se disolvió, alzándose al campo en gran parte; y la resistencia pasiva fué tal, que como nadie quisiera ocupar el gobierno acéfalo, hubo que reponer al mandatario destituído la víspera.

Más impopular aun la revolución en las provin-

cias interiores que en la de Buenos Aires, donde por igual motivo era ya un previsible fracaso, su descrédito aumentaba allá, todavía, con el asesinato del general Ivanowski cuyas circunstancias echábanle un borrón fatal, el abandono de la frontera a los indios más audaces, y la estrategia de Roca que impedía toda coordinación de sus fuerzas. Por otra parte, la desmoralización empezaba a cundir, con esto último, entre las tropas sublevadas mediante aquel odioso golpe de mano cuyos móviles éranles, sin duda, ajenos ; el gobierno de Santiago no se movió como Arredondo esperaba, contenido, si pensó realmente hacerlo, ante una situación que Roca podía decidir de inmediato con un ataque cada vez más temible, y cuatro días despues, veíase el jefe rebelde obligado, así, a contramarchar sobre Villa Mercedes, llegando el 9 al Río Cuarto.

Pero, al día siguiente, mientras continuaba la marcha, destacado el 7° de caballería contra una fuerza enemiga que se avistó en actitud de observación, dispersóse sin combatir abandonando a su jefe.

Con bastante lentitud, debido a la postración de su caballada, llegó el general revolucionario a Villa Mercedes sólo tres días después, encontrando allá dos regimientos de guardias nacionales movilizados por el gobierno provincial. Buena falta le hacían,

pues la desmoralización creciente en la tropa, estuvo a punto de inutilizarle el 3° de infantería con un motín que hubo de evitar mediante la ejecución de varios cabos y sargentos. Otro contingente de guardias nacionales esperábalo en la capital de la provincia hacia la cual marchó el 16, decidido a someter todo Cuyo para asegurarse así una vasta zona de poderío y resistencia. Triunfante, a su vez, la revolución en el suroeste de Buenos Aires, podrían reunir sus fuerzas por la intermedia pampa ranquelina, conforme a una certera previsión de Sarmiento (1); pero antes de emprenderlo, ya que Roca le cortaba definitivamente el acceso ferroviario, necesitaba consumar su dominación, deponiendo a los gobiernos adversos de Mendoza y de San Juan.

En eso, la transmisión del mando presidencial efectuóse puntualmente el 12 de octubre; y designado Alsina ministro de guerra por Avellaneda, este nombramiento ratificaba en su persona la política del liberalismo provinciano que comprendía a los autonomistas de Buenos Aires, según sabémoslo ya. En cuanto a Roca, comprovinciano del nuevo presidente, y amigo y admirador suyo, además, la posición consolidábase, si cabía.

(1) Carta de Sarmiento al coronel Borges que se hallaba de guarnición en Rojas, el 26 de setiembre.

La entidad más importante de aquella política en Cuyo, era Mendoza, donde el gobierno había movilizado alrededor de mil quinientos hombres con una pieza de artillería de campaña, que mandados por el teniente coronel Catalán, intentarían cortar el paso a Arredondo. Llegado éste a San Luis el 22, pasaba el 24 la frontera de Mendoza, tomando la Villa de La Paz al frente de unos dos mil quinientos hombres que se avistaron con las fuerzas provinciales el 28 al anochecer, sobre los campos de la estancia Santa Rosa donde ocupaban una posición defensiva, cubiertos ambos sus flancos por los cercos de rama espinosa que formaban abatidas naturales, y el río Tunuyán, vadeable tan sólo a trechos precisos.

Rechazada por Catalán la intimación de rendirse, la superioridad de tropa y armamento decidieron al otro día el fácil triunfo del ejército rebelde consumado en dos horas con la muerte de aquel jefe. Arredondo entró el 1° de noviembre en Mendoza cuyo gobernador habíase retirado a la campaña, puso allá uno de su hechura y marchó sobre San Juan, que ocupó el 3, haciendo lo propio y remontando sus fuerzas con un batallón provincial de trescientas cincuenta plazas.

Siete días después regresaba a Mendoza, centro natural de su predominio cuyano, donde levantó asimismo alguna milicia, y el 13 dirigíase nueva-

mente al campo de Santa Rosa que había elegido para esperar, fortificándose allí, al ejército con que Roca marchaba ya contra él. En veintidós días de que dispuso, reclutó el suyo con empeño hasta ponerlo sobre los cuatro mil hombres, combinando simultáneamente un sistema protector formado al frente por un foso con parapeto y abatida de expugnación muy difícil, al flanco derecho por el Tunuyán, y al izquierdo por los cercados de rama espinosa, que mediante acequias derivadas de aquél, inundaría oportunamente. Así compensaba a la vez su escasa artillería de cinco piezas.

Mientras tanto, Roca, desde su estratégica situación sobre la vía férrea, que frustraba la junción de los rebeldes, había aprovechado los primeros cincuenta días de aquel bimestre para formar su pequeño ejército, sin arriesgarlo con intempestivo arrojo, pero reocupando lentamente las posiciones que el enemigo dejaba sobre el único camino a Cuyo, es decir, aislándolo cada vez más, al propio tiempo que aguerría por la maniobra y el espíritu la tropa escasa de cohesión y plantel. Acababan, así, como de forjarla, el mismo rigor del verano implacable sobre aquellos doscientos y más kilómetros de médano desolado hasta la maldición, y las penurias de todo género, tan grandes, que la caballería debió marchar a mula por no quedar más ganado servible,

sin contar la frecuencia con que faltaba el de comer — y lo demás que se colige.

Hacia fines de noviembre, al pasar de San Luis, las fuerzas, sólidas ya, contaban cerca de dos mil ochocientos hombres, entre ellas tres batallones de infantería de aquella misma Córdoba tan remisa con el jefe insurrecto, y otro batallón y un regimiento del Río Cuarto, no menos esquivo hacia él. La inferioridad numérica era, sin embargo, muy grande aun respecto del adversario cuya fortificación, que conocían, acentuaba su ventaja; de suerte que la marcha continuó con lentitud en espera de un importante refuerzo que por momentos debía llegar al mando del coronel Nelson, nombrado segundo jefe del ejército el 11 del mismo mes.

Cuando poco más allá de San Luis, en El Balde, incorporóse dicho jefe con mil setecientos hombres y algún suplemento de artillería, que elevó la dotación a nueve piezas, Roca, puesto así al frente de fuerzas ligeramente superiores, decidió abreviar en lo posible la restante travesía de ciento cincuenta kilómetros que lo separaba de su adversario; con lo que, el 4 de diciembre, hallábase a la vista del campo fortificado cuyo reconocimiento personal efectuó en seguida, mediante las adecuadas escaramuzas de rigor. Tenía, al fin, su batalla como dorada de sol glorioso entre las primeras colinas del

suelo montañés que perfilaba la alameda ribereña del Tunuyán sobre la mole de los Andes al fondo.

Durante los días transcurridos, habían ido llegándole por la posta y el telégrafo noticias del triunfo de Arias en La Verde y la rendición de los sublevados el 2 de diciembre en Junín. El 5, pues, previas algunas operaciones de exploración y despejo sobre el flanco izquierdo de los rebeldes, inundado ya por ellos, ofició a Arredondo, comunicándole aquel completo fracaso de la revolución, para inducirlo, en consecuencia, a abandonar la lucha ya inútil. Rechazada al principio su información como una añagaza, el mismo jefe sublevado propúsole, horas después, capitular en condiciones tales, que comunicadas al Presidente de la República, tuvieron por inmediata respuesta la exigencia de rendirse a discreción (1). Ellas evidenciaban, por lo demás, la indudable superioridad que Arredondo se atribuía.

En esos trámites pasó el tiempo hasta promediar la tarde del 6, cuando el ejército de la Nación rompió las hostilidades con el cañoneo preparatorio de un simulado ataque frontal, cuyo amago sostenido

(1) Dichas condiciones eran tres : 1ª Repliegue del ejército nacional a la Villa de La Paz ; 2ª Reconocimiento de los gastos de guerra y grados militares del ejército rebelde por el gobierno nacional ; 3ª Reposición de los gobernadores revolucionarios depuestos.

en la sombra bajo el consiguiente recelo de lo invisible, permitióle correrse a medianoche por el flanco izquierdo de los sublevados, evitando el lodazal, y tomándoles la retaguardia sin ser sentido, pero con tal precisión, que al rayar el alba, amanecía formado en batalla cuatro kilómetros detrás. Era el envolvimiento clásico y total que atrapaba al enemigo en su propia fortificación, imponiéndole la derrota sin esperanza. Para eso y así había formado sus tropas el vencedor en diez semanas de maestría.

Batalla tácticamente ganada — y tanto, que la caballería, mitad del ejército (1), no llegó a combatir, impedida por los obstáculos naturales y la extenuación de la mulas que montaba — dos horas de intenso fuego bastaron para consumar el triunfo sobre un adversario tan sorprendido, que el infortunio de su bravura fué sólo el precio de su tardanza en comprender. Desordenado por el brusco cambio de frente que hubo de constituir su infructuoso arbitrio, el desenlace sobrevino ante la increíble estupefacción del jefe rebelde, cuando Roca, a la cabeza de su escolta, lo afrontó diciéndole mientras le tendía la mano con caballeresca sencillez :

— General, es Ud. mi prisionero.

(1) Este hallábase formado por nueve batallones de infantería, nueve regimientos de caballería, uno de artillería y la escolta del comandante en jefe.

Sometido Arredondo a consejo de guerra sobre el tambor, como procedía y estaba ordenado, su ejecución era segura. Así opinaba el presidente con innegable rectitud y aconsejaba el tenaz rigor de Sarmiento. Pero Roca profesaba por índole, más aun que a designio, el principio romano de no extremar la victoria. Arredondo, al fin, habíasele rendido, y la generosidad del perdón nunca deshonra los laureles. Facilitóle, pues, la evasión, preparándosela en persona y hasta auxiliándolo con algún dinero al partir. ¿No era esto como de religión familiar, desde que, según sabemos (cap. III) su propio padre debió la vida a un acto análogo, en tal cual episodio de guerra civil también? Por otra parte, la fuga aceptada es siempre fatal a los guerreros, y la experiencia tampoco erró aquella vez. La destrucción del enemigo, objeto de la guerra, no requiere forzosamente su exterminio; pero toda victoria, sí, constituye una obra de arte.

General sobre el campo de batalla el mismo día, Roca supo embellecer así la suya. Habíala como embanderado allá, ante los Andes de su aurora, la gallardía del improvisado estandarte con que reanimara el ímpetu de aquese batallón titubeante bajo el fuego, enarbolando en una lanza su poncho a listas blancas y azules, obsequio alusivo de no se qué mano gentil, por lo argentino, del bien merecido

nombre ; y cuando cincuenta días después en nuestra histórica Buenos Aires de plata animada por los festejos triunfales que coronó el banquete del palacio presidencial, estrenaba para el caso sus charreteras entre Avellaneda y Sarmiento, aclararía su frente ya ensanchada de arduo, valeroso afán — certidumbre, que no ilusión — la sonrisa de la gloria.

IX

LA CAMPAÑA DEL DESIERTO

El movimiento revolucionario efectuado principalmente por las guarniciones más importantes en las fronteras del sur y del interior causó el abandono de las mismas y el deterioro a veces total de sus fortificaciones y pertrechos, que hubo de empezarse a reparar acto continuo con empeño bajo la enérgica dirección de Alsina, notable ministro de Guerra, como, en efecto, se mostró.

Felizmente, la rapidez con que pudo sofocarse la revuelta cuando las hordas pampeanas hallábanse aún bajo el desconcierto causado por la muerte de Calfucurá, jefe de la confederación que formaban (1873), no les dió tiempo de aprovechar la coyuntura. Perduraba, asimismo, entre ellas, la impresión del duro escarmiento que dos años antes (1872) habíales infligido el general Rivas en el combate de *Pichi Carhué* o *San Carlos*, y sobre todo el temor que iba infundiéndoles el uso más frecuente cada vez del fusil *Remington*, tan superior al de fulmi-

nante bajo todo concepto. Así, los mismos ranqueles mantuviéronse quietos sobre la línea, donde sólo quedó alguna guardia nacional movilizada al mando de Baigorria, aunque el renombre del antiguo cacique entró en ello por mitad, seguramente.

Subalterno, ahora, de Roca, su residencia de veintidós años en la tribu donde tal grado alcanzó, constituía para aquél valiosa fuente de información y concepto ; mas lo que ellos le reportaron completólo personalmente, prosiguiendo, apenas de regreso en su comando, la exploración sistemática de lo que llamaba con propiedad el oasis ranquelino, áspero bosque de unos tres mil kilómetros, rodeado por arenales cuya desolación obstruía el acceso de esa guarida silvestre. Seguía amplificando, pues, su conocimiento del país metro por metro, como la andanza a caballo lo efectúa de suyo, y aquella experiencia adquirida en diez y ocho años de incansable empeño iba a contar entre los elementos más eficaces de su acción gubernativa.

Ahora bien ; si los indios no aprovecharon la revolución para invadir inmediatamente, una vez resuelta la controversia dinástica que la muerte de Calfucurá suscitó entre ellos por entonces, con la transmisión efectiva del cacicazgo a Namuncurá, su hijo, emprendió éste acto continuo la obra de rehacer la confederación pampeana y reanudar la gue-

rra ofensiva. Impulsábanlo a ello de consuno el éxito siempre ventajoso del malón tradicional así metodizado por el difunto cacique y la amenaza de un nuevo avance de fronteras que, estudiado desde 1872-73, tuvo comienzo de ejecución en las leyes propuestas por el P. E. con extensos mensajes y votadas el 4 y 5 de octubre de 1875. La nueva línea debía correr desde Bahía Blanca, al noroeste, por el extremo occidental de la Sierra de la Ventana, y las lagunas de Carhué, Guaminí y Trenquelauquén, hasta el desagüe del río Quinto, en La Amarga; comprendiendo las posiciones de Puán e Italó, cuya importancia estratégica era capital para los pampas y los ranqueles.

La documentación oficial, así como los periódicos donde apareció su referencia, llegaron a conocimiento de Namuncurá con tal rapidez que a principios de noviembre puso en movimiento la grande invasión por él preparada en su toldería de las Salinas Grandes, campamento central de las tribus, lanzando sucesivos malones sobre distintos puntos a la vez, con tremendo estrago y pillaje inmenso.

Dos meses después, un suceso de singular gravedad consumaba su plan unificador de las hordas. La tribu de Juan José Catriel, establecida cerca del Azul, rompía su alianza de un lustro con los cristianos para incorporarse a aquéllas, mientras la de Pin-

cén, que era la más aguerrida y la más próxima a la Cordillera, recibía desde Chile dos mil araucanos de refuerzo. La intervención de dicho país, comentada y discutida allá mismo, por lo demás, era tan notoria que lo propio hacían nuestra prensa y documentos oficiales, señalando así el verdadero foco de aquella permanente hostilidad, sistematizada en inmensa depredación. Promediaba las cuarenta mil cabezas vacunas el tráfico regular del botín negociado allá por los indios anualmente, sin contar el arreo no menos copioso de caballos, el producto del saqueo y el rescate de los cautivos, que conseguían escapar así a la más horrenda servidumbre.

Reproducíase la contraofensiva araucana que sucedió al avance de la frontera por el general Rodríguez en 1823, y a la expedición de Rosas, diez años más tarde; pues, efectivamente, los principales caciques y sus mejores tropas eran oriundos de la Araucania chilena, no faltando alguno a sueldo del gobierno de Chile; chilenos fueron también los secretarios de Calfucurá y Namuncurá, verdaderos cancilleres de la indiada, y chilenos los traficantes con el producto del malón. Las sublevaciones de la tribu de los Catrieles, síntoma característico de las grandes invasiones durante aquel medio siglo, revelaban la tendencia, por decirlo así, troncal de las hordas, tanto como la inseguridad de esas alianzas

y pactos con el salvaje. Tan costosos eran éstos, sin embargo, que sólo Baigorrita, uno de los tres grandes caciques ranqueles, recibía anualmente mil vacas, mil quinientas arrobas de harina, mil de azúcar, cuatrocientas de jabón y cuatro pipas de aguardiente.

Persistíase, no obstante, en el doble error de reconocerle, según fuese su actitud, derecho y beligerancia, sometiéndose de consiguiente a su iniciativa, ora por la consideración sentimental de que el origen autóctono le asignaba una especie de conciudadanía, cuando en realidad se trataba de un agente extranjero, ora por la persistencia rutinaria del sistema intrafronterizo, que el propio Alsina, a pesar de sus notables condiciones de organizador, incurría en la paradoja de consolidar con el propósito de abolirlo, sin embargo...

No fué otra cosa, en efecto, la decisión de trazar la frontera recién avanzada con un foso defensivo de igual extensión que eslabonara los fortines, lo que, además de su costo, duplicado por lo menos a cada nuevo avance, resultaría inútil como sucedió, en pampa abierta y terreno deleznable que era menester afirmar con céspedes y arboleda ; mas, la preferencia de Alsina por aquel método cuya ineficacia predijo Roca en cuatro palabras definitivas, según lo vamos a ver, dimanaba de que todos, salvo éste, enton-

ces, consideraban imposible la ocupación del Río Negro, que era la etapa final. El ministro estaba resuelto a concluir su zanja sin contar tiempo ni coste.

En vano la misma invasión y el reiterado triunfo de las guarniciones fronterizas cada vez que lograban alcanzar a los indios, señalábanle sin duda la iniciativa ; en vano reconocía expresamente, no sólo que la acción más eficaz había sido la así efectuada por Rosas, sino que todo estribaba, al fin de cuentas, en operar tan bien montado como aquéllos : la rutina defensiva, al par que el desconocimiento del territorio salvaje causado de consuno por el abandono y el desorden de la guerra civil, eran tales que el mismo genio promotor de Sarmiento aceptaba la inveterada pasividad.

Apenas sancionadas las antedichas leyes sobre extensión de fronteras, Alsina había escrito detalladamente a Roca para enterarlo del plan, pues sólo faltaba, decíale, su opinión en lo concerniente a aquella línea. El destinatario expuso en una larga carta la cuestión como él la entendía, planteándola sobre una completa descripción del terreno de su incumbencia y un concepto no menos acabado del carácter indígena, para prever el efecto contraproducente del avance gradual, la inminencia de los malones que, lejos de contener, suscitaría, y proponer en consecuencia con terminante decisión,

hasta asumir toda la responsabilidad del caso, la solución definitiva.

« A mi juicio — escribía — el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro, es el de la guerra ofensiva, que es el mismo seguido por Rosas, que casi concluyó con ellos. »

Y más abajo :

« Ganar zonas al desierto, alejándonos más de las poblaciones, tiene para mí todos los inconvenientes de la guerra defensiva, acrecentados por el enemigo que deja a la espalda el desierto que quedaría entre las nuevas líneas y las poblaciones. »

Luego esta sintética condenación del fortín, anticipada tres años antes, no más, por la sátira gaucha de *Martín Fierro :*

« Los puestos fijos en medio del desierto, matan la disciplina, diezman las tropas y poco o ningún espacio dominan. »

Por último :

« Yo me comprometería, Señor Ministro, ante el gobierno y ante el país, a dejar realizado esto que dejo expuesto, en dos años : uno para prepararme y otro para efectuarlo... »

Pero la firmeza de su convicción, la claridad de su juicio, la exactitud de su apreciación histórica e inmediata sobre la causa y el efecto determinantes,

eran mucho más profundas todavía. Así, exento de los reparos que la correspondencia con el superior jerárquico imponían a la expresión de su propia entereza, consignaba en su libreta personal de apuntes :

« ¡ Qué disparate la zanja de Alsina ! Y Avellaneda lo deja hacer.

« Es lo que se le ocurre a un pueblo débil y en la infancia : atajar con murallas a sus enemigos.

« Así pensaron los chinos y no se libraron de ser conquistados por un puñado de tártaros, insignificante, comparado con la población china. »

. . . .

« Si no se ocupa la pampa, previa destrucción de los nidos de indios, es inútil toda precaución y plan para impedir las invasiones. »

Cuando siete meses después de su correspondencia con Alsina, sobrevino destructora como nunca la prevista invasión que abarcó una zona de 1600 kilómetros a través de la nueva línea ocupada personalmente por el ministro desde el centro estratégico de Carhué, publicaba en *La República,* renovando el mismo tema, pero con más extensión, una de aquellas cartas suyas a las cuales dieron entonces sobresaliente autoridad ante pueblo, gobierno y prensa, no sólo la nombradía militar y los hechos confirmatorios, sino la circunstancia de haberlo ele-

gido Sarmiento, el año anterior, para cambiar con él, en esas mismas columnas, media docena de epístolas sobre la acción de su gobierno cuando las rebeliones de Arredondo y López Jordán, lo que asignaba de suyo al joven general una elevada categoría política. Y en aquella exposición, argumentaba, sosteniendo la ofensiva:

« No solamente ofrecerá esta operación grandes beneficios para el país, por los riquísimos campos regados por los numerosos ríos y arroyos que se desprenden de la cordillera, y que se ganarían para la provincia de Mendoza o para la Nación, sino por las ventajas que reportaría para la seguridad de nuestras fronteras actuales, el hecho de interceptar y cortar para siempre el comercio ilícito, que desde tiempo inmemorial hacen, con las haciendas robadas por los indios, las provincias del sur de Chile, Talca, Maule, Linares, Ñuble, Concepción, Arauco y Valdivia.

« En épocas normales, en que no se tienen en cuenta las grandes invasiones como las realizadas últimamente, que aumentan considerablemente la exportación de ganados a Chile, se calcula la cifra del ganado de nuestras provincias en cuarenta mil cabezas al año, cuya mayor parte las venden los Pehuenches, que viven en perfecta paz y armonía con la República Chilena, recibiendo en cambio, en

especies, un valor de dos a tres pesos fuertes por cabeza.

« Algunas personas que han vivido en las fronteras chilenas me han asegurado que algunos de los prohombres de aquel país, que tienen o han tenido establecimientos de campo en aquellas provincias, no han sido extraños a este comercio y deben a él sus pingües fortunas o el considerable aumento de ellas.

« Abrigo la convicción de que, suprimido este mercado, que hace subir o bajar la hacienda en Chile, en proporción a la importancia de los malones dados a Buenos Aires y otras provincias argentinas, se quitaría a los indios el más poderoso de los incentivos que les impulsaba a vivir constantemente en acecho de nuestra riqueza, al mismo tiempo que se impediría a Namuncurá y a Catriel recibir de sus aliados de la cordillera refuerzos tan considerables como el que les ha traído el cacique Renque, que ha venido con dos mil de los suyos y ha tomado parte en las invasiones de los Tres Arroyos y Juárez, siendo él, según noticias que he tenido, por conducto de Mariano Rosas, el que presentó combate a Maldonado. Casi todos los caciques de estas tribus acuden al llamado de las autoridades chilenas, y el principal de ellos, Feliciano Purrán, que tiene su residencia en Campanario, doce leguas al sur del Neuquén,

que se titula gobernador y general y, además, muy rico, recibe sueldo del gobierno chileno, *para hacer respetar los intereses y las vidas de sus ciudadanos*. Otras veces arriendan sus tierras, y los ganados chilenos suelen vivir largas temporadas entre ellas, sin que sufran sus intereses. Se calcula que sólo en esta parte se invernan en los potreros naturales que forma la Cordillera, de 20 a 30.000 cabezas anualmente.

« Termino aquí, señor redactor, dejando otras consideraciones de detalle para ser incluídas en la memoria general que sobre esta materia preparo para el Gobierno, y espero que estos ligeros apuntes serán para que la prensa ilustrada de esta ciudad tome una opinión exacta sobre la parte verdadera que esta ardua cuestión corresponde a la frontera de mi mando » (1).

. . . .

Entre tanto, la persecución de la indiada invasora por las guarniciones que contra ella se movían después de cada malón, confirmaba la superioridad militar, como siempre y más que nunca, al triple poder del armamento, irresistible para la horda, la recia tropa, en gran parte veterana del Paraguay, y

(1) El autor transcribe íntegramente la frase de forma del final de la carta y la firma de Julio A. Roca. La comisión encargada de la publicación se ha permitido suprimirlas.

sobre todo la oficialidad magnífica que de fortín en fortín presentaba soberbios tipos de jefe. La Guardia Nacional de la campaña, aguerrida en tantos años de lucha, colaboraba con empeño eficaz, bajo el mando de oficiales suyos como el comandante don Ataliva Roca, a quien los indios apodaban *Toro Bayo* por su valentía y su pelo rubio ; mención que me induce a recordar, pues bien lo merece, la acción de los otros Rocas : el citado y don Agustín, ambos estancieros de la frontera recién desocupada, donde fundaron, a doce kilómetros de Junín, el pueblo que hoy lleva el nombre del segundo ; y don Rudecindo, militar de línea ascendido a teniente coronel por su distinguido comportamiento en Santa Rosa. Todos honraban debidamente su tradición, como se ve.

Pero, la superioridad hasta numérica del ejército fronterizo : seis mil hombres contra tres mil quinientos o cuatro mil indios de lanza, frustrábase con aquel sistema de represiones parciales y guarnición de fortín cuya pasividad mantenía la ventaja de las hordas, así como el terrorismo inherente a la sorpresa de sus ataques y el misterio de sus guaridas.

De tal modo, entre agosto y diciembre de 1876, efectuáronse tres grandes malones sucesivos por el sur, oeste y norte, es decir, a través de toda la línea, aunque desde principios del mismo año sufriesen

los indios revés sobre revés, pues cuando se lograba alcanzarlos, eludían el combate con abandono del botín.

Las proporciones de este último, revelaban, no obstante, el estrago causado ya. Así, Vintter y Freyre rescataron docientas veinticinco mil cabezas de ganado, entre ellas ciento sesenta mil vacunos, cincuenta mil de éstas Dónovan; dieciséis mil Garmendia, para no recordar sino los mayores arreos que pudo coparse, ni contar caballos y ovejas que sumaban a su vez decenas de miles : todo ello acompañado por el saqueo de las poblaciones, el incendio y el cautiverio, más feroces que nunca, pues la ofensiva salvaje proponíase imponer, como tantas veces, la paz, malogrando con un supremo esfuerzo los propósitos del cristiano. Para agravar todavía aquella invasión, la mayor de todas hasta entonces, Manuel Grande, el último cacique pampa que continuaba sometido, se alzó en octubre, plegándose a la invasión de ese mes. Y tan seguro estaba el cacique de su victoria final, que ensoberbecido con ello, exigía por condiciones de paz el abandono de la nueva línea fronteriza o una indemnización de docientos millones de pesos moneda corriente, seis mil cabezas de ganado cada dos meses, gran cantidad de equipos y prendas de oro y plata, y sueldos de general para él y sus jefes.

Todo el año 77 combatióse bajo condiciones análogas: los indios en sistemática fuga, para postrar la caballada del ejército que a cada descuido substraían o dispersaban con ardid, y la tropa efectuando operaciones parciales contra el malón eventual o las tribus más próximas a la línea, sin otro objeto que alejarlas de ella, según el erróneo plan; hasta que el 29 de diciembre, fallecía el tenaz ministro, víctima de una afección contraída en sus campañas de frontera. Pues corresponde recordar aquí, por justo elogio de su empeño y sinceridad, que, coronel de la Guardia Nacional él mismo, entre los buenos y aun excelentes de entonces, no sólo dirigió personalmente la ocupación de la línea, sino su defensa en casi constante acción durante aquellos dos años de recia lucha. Mientras tanto, con excepción de algún movimiento de indios en el sur de Mendoza, vinculado al que nos ocupa, aunque prontamente reprimido, solamente Roca mantenía quieta la región de su comando; pues como solía ocurrir cuando las grandes invasiones, aquella de la pampa había repercutido hasta en el Chaco, donde si bien fracasó un intento de alianza general de las tribus, por abril de 1876, precisamente la más belicosa, que era la de los tobas, llevó tres malones en noviembre del mismo año.

Al clamor de las poblaciones asoladas y la inequí-

voca preferencia del ejército por la ofensiva que Roca preconizaba, Avellaneda, cuya simpatía hacia él no era dudosa, tenía el candidato hecho para la vacante ministerial.

Pero, tanto por las graves complicaciones políticas que a poco de haber fallecido Alsina motivaron una crisis total del gabinete, como por hallarse Roca enfermo entonces de algún cuidado, retardóse su designación hasta mayo de 1878, cuando hubo de renovarse por completo el ministerio, pudiendo asumir la cartera sólo el 12 de junio, apenas convalesciente todavía. Grande era su postración corporal; mas su temple animó al acto la ofensiva de las guarniciones de frontera que por chasque y por telégrafo recibieron la orden de ir atacando sin tardanza cada cual, como inminente preparación de la entrada conjunta y definitiva.

Dos meses después, en efecto, el 14 de agosto, pedía el P. E. al Congreso los fondos necesarios para el cumplimiento de aquella ley de 1867 que ordenaba la ocupación del Río Negro, indefinidamente relegada por el pesimismo oficial: millón y medio de pesos fuertes, o sea menos de lo que costaban por año el sostén de la línea y los subsidios a la indiada, sobre una renta nacional presupuesta en diez y ocho y medio millones: sin contar, naturalmente, los dos o tres más que representaba el arreo

anual de hacienda efectuado por los malones y el progresivo valor de los setenta y cinco mil kilómetros de tierra que iba a ocuparse. Esta última consideración revestía capital importancia, dada la penuria económica que soportaba el país desde 1874, y Alsina habíala formulado también al proyectar el avance de la frontera.

El mensaje enviado al Congreso, documento realmente histórico por su valor intrínseco y la poderosa síntesis de su argumentación, es quizá la mejor página de Roca. Resumen de su correspondencia, apuntes privados y exposiciones públicas, afirmó todavía su sólida madurez el discurso con que lo sostuvo ante la Cámara de Senadores en el debate pertinente. Reproducía, por lo demás, aquella mesura ejemplar del parte de Santa Rosa donde no sobró una palabra en lo que debía exponerse, pero sí faltaron todas las que el triunfo pudo inspirar sin reserva : virtud que, según veremos, llegaría sencillamente a la abnegación. Y digo página de Roca, porque si es probable que el texto hubiera sufrido la atildada revisión del presidente, materia y ordenación no admiten duda. El resumen histórico de la cuestión ; su aspecto político ; su decisiva trascendencia internacional, una vez resuelta por completo ; sus consecuencias económicas y sociales ; y sobre todo el criterio militar cuya aplicación resultaría lo

más módico y fácil, constituyen una exposición de mano maestra.

Su texto es tan cabal que no hay cómo resumirlo y apenas permite una adecuada citación de fragmentos. He aquí algunos que reputo indispensables, entre otros motivos que habrá de verse, para advertir al lector cómo Roca fué a la vez quien resolvió la cuestión y mejor la expuso, mostrando así lo bien que la dominaba. Su hábito de no hacer sino lo que sabía determinaba el acierto de su expresión y su conducta:

« El Poder Ejecutivo viene hoy, simplemente, a pediros los recursos necesarios para el cumplimiento de esta ley, votada en medio de la guerra que sostenía la Nación contra el gobierno del Paraguay, de las dificultades consiguientes de su situación, porque el Congreso comprendía ya que ése era el único medio de cortar de raíz los graves males de la inseguridad de la frontera.

. . . .

« Hoy la Nación dispone de medios poderosos comparados con los que disponía el Virreinato, y aun con los mismos que contaba el Congreso de 1867 al dictar la ley. El ejército se encuentra en Carhué y en Guaminí, en el corazón del desierto, a media jornada del Río Negro; la población civilizada se extiende por millares de leguas más allá de la línea de fronteras que nos legó el Virreinato, y la

riqueza pública y privada que la Nación se halla en el deber de garantir se han centuplicado.

« ¿ Podría vacilarse, con estos elementos y facilidades, en realizar hoy una reparación que estuvieron dispuestos a llevar a cabo los virreyes, varios gobiernos patrios y el Congreso de 1867 ?

« Hasta nuestro propio decoro como pueblo viril nos obliga a someter cuanto antes, por la razón o por la fuerza, a un puñado de salvajes que destruyen nuestra principal riqueza y nos impiden ocupar definitivamente, en nombre de la ley, del progreso y de nuestra propia seguridad, los territorios más ricos y fértiles de la República.

« No es menester entrar en mayores consideraciones para dejar evidenciadas, no sólo las ventajas, sino las necesidades de adoptar sin demora esta solución.

« Aunque sólo fuese mirado bajo el aspecto de la economía que representará para la Nación, en diez años, un capital de diez y seis a diez y siete millones de duros que puede ser empleado en obras reproductivas de progreso, no se deberá trepidar un solo instante en llevarla a término. Pero hay, además, sobre esta misma economía el incremento considerable que tomaría la riqueza pública y el aumento de todos los valores en la extensión dilatada que abraza la actual línea como efecto inmediato de la

seguridad y de la garantía perfectas, que serán la consecuencia de la ocupación del Río Negro ; la población podrá extenderse sobre vastas planicies y los criaderos multiplicarse considerablemente, bajo la protección eficaz de la Nación, que sólo entonces podrá llamarse con verdad dueña absoluta de las Pampas Argentinas.

« Y aun quedará al país, como capital valioso, las quince mil leguas cuadradas que se ganarían para la civilización y el trabajo, productos cuyo precio irá creciendo con la población, hasta alcanzar proporciones incalculables.

« En la superficie de quince mil leguas que se trata de conquistar, comprendidas entre los límites del Río Negro, Los Andes y la actual línea de fronteras, la población indígena que la ocupa puede estimarse en veinte mil almas, cuyo número alcanzarán a contarse de mil ochocientos veintidós hombres de lanza, que se dediquen instintivamente a la guerra y al robo, que para ellos son sinónimos de trabajo. Por otra parte, la ocupación del Río Negro, su navegación hasta Nahuel Huapí, por el Limay, la de algunos de sus afluentes, como el Chume Chum, y el Catapuliche, explorados por Villarino, facilitarán la colonización y la conquista pacífica de la parte comprendida entre el Limay y el Neuquén, riquísima comarca fecundada por numerosos arroyuelos, de

suelo feracísimo, y cubierta en parte de bosques que alcanzan considerable altura. Sus cerros tienen metales de todas clases, principalmente el cobre aurífero y el carbón de piedra.

« Las tribus que la habitan son poco numerosas, y según informes fidedignos, su población total no alcanza a veinte mil almas. Miembros de la gran familia araucana pasaron a la falda oriental de Los Andes con el nombre de Aucas, y se dividen, según los nombres de los lugares que ocupan, en : Huiliches (indios del sur), Pehuenches (indios de los Pinales), etc. Han alcanzado un grado de civilización bastante elevado, respecto de las otras razas indígenas de la América del Sur, y su transformación se opera, como estamos viendo todos los días, de una generación a otra, cuando poderes previsores dedican un poco de atención. Su contacto permanente con Chile y la mezcla con la raza europea han hecho tanto camino, que estos indios casi no se diferencian de nuestros gauchos y pronto tendrán que desaparecer por absorción.

« Los Ranqueles, famosos en la Pampa por ser los más valientes, se han reducido en la actualidad a menos de seiscientas lanzas, a consecuencia de haberse presentado grupos numerosos a los jefes de fronteras de San Luis y Córdoba, prefiriendo vivir al abrigo o protección inmediata de la Nación antes

que en el desierto. Sus tolderías están diseminadas por familias, en una extensión de 600 leguas cuadradas próximamente, en medio de bosques espesos, cortados a intervalos regulares por grandes abras. Empiezan los primeros en Chocha a los 36°6′ de latitud y 7°36′ de longitud, y en el Médano Colorado, a los 35°52′ de latitud y 7° de longitud, 60 leguas directamente al sur del Tres de Febrero, y van a concluir en Traru-Lauquén, a treinta leguas al sur de Patagones, asiento del cacique Baigorrita, veinte leguas al oeste de esta línea de toldos, y paralelamente a ella corre el río Chadi-Leuvu, en dirección Norte-Sur, y este espacio intermedio se halla cubierto de un bosque muy elevado, que carece de agua y es, por lo tanto, inhabitable. El ministro actual de la Guerra ha recorrido personalmente estos lugares y puede asegurarse que son inmejorables para la ganadería y aun para la colonización. Abundan en pastos de varias clases, el agua dulce y clara se encuentra en grandes lagunas, al pie de los médanos de arena, y donde no se la ve en la superficie se oculta tan de cerca que basta levantar algunas paladas de arena para que surja en abundancia del seno de la tierra.

« El otro grupo araucano que habita esta región, y que es el más considerable, es la tribu de Namuncurá, bastante disminuída a consecuencia de con-

trastes y derrotas últimamente sufridas, con motivo de las expediciones realizadas y del avance de la línea de fronteras de Buenos Aires hasta Carhué, llevado a cabo con tanta firmeza por el malogrado doctor Alsina. Se sabe que su antigua resideucia era Chel-Hue, leguas más o menos, al oeste de Carhué, y que, al contrario de los Ranqueles, ocupaba un espacio reducido a lo largo de una cañada, formando algo parecido a un gran campamento árabe, a través del desierto.

« Se encuentra ahora Namuncurá con 100 guerreros, la flor de la tribu y de su familia en Huacacó Grande, veinte leguas próximamente al S. O. de Chileme, hacia El Colorado. El resto se ha dispersado entre los montes, en precaución de nuevas persecuciones.

« El cacique Pincén, el más atrevido y el más aventurero de los salvajes, montonero intrépido, que no obedece otra ley ni señor que sus propios instintos de rapiña, ha sufrido en dos golpes que lo han desmoralizado completamente.

« Su residencia es la laguna Malalicó, diez leguas al oeste de Trenque-Lauquén, y el número de sus indios alcanzará apenas a cien.

« Quedan aún otras agrupaciones de esta raza, la más viril de toda la América del Sur y una de las más avanzadas después de los Incas, en los valles

andinos, al oriente de la cordillera, entre el río Grande y el Neuquén, pero son de poca consideración y se someterán fácilmente, a condición de que se les deje en posesión de sus tierras, que son de las más fértiles de la República, favorecidas por un clima benigno.

« Como se ve, la Pampa está muy lejos de hallarse cubierta de tribus salvajes, y éstas ocupan lugares determinados y precisos. Su número es insignificante, en relación al poder y a los medios de que dispone la Nación. Tenemos 6000 soldados armados con los últimos inventos modernos de la guerra, para oponerlos a dos mil indios, que no tienen otra defensa que la dispersión y otras armas que la lanza primitiva, y, sin embargo, les abandonamos toda la iniciativa de la guerra, permaneciendo nosotros en la más absoluta defensiva, como si fuéramos un pueblo pusilánime, contra un puñado de bárbaros. La importancia política de esta operación se halla al alcance de todo el mundo. No hay argentino que no comprende en estos momentos, en que somos agredidos por las pretensiones chilenas, que debemos tomar posesión real y efectiva de la Patagonia, empezando por llevar la población al Río Negro, que puede sustentar en sus márgenes numerosos pueblos, capaces de ser en poco tiempo la salvaguardia de nuestros intereses y el centro de un nuevo y pode-

roso estado federal, en posesión de un camino interoceánico, fácil y barato, a través de las cordilleras, por Villa Roca, paso accesible en todo tiempo. Una vez expuestos ligeramente los principales fundamentos del proyecto que el Poder Ejecutivo presenta al Honorable Congreso, y sin entrar en mayores detalles que fatigarían la atención de V. H., debe descender a la exposición de la materia; como piensa el Ejecutivo realizar tan importante operación. La ocupación del Río Negro no ofrece en sí misma ninguna dificultad, pero antes de llevarla a cabo es necesario desalojar a los indios del desierto que se trata de conquistar, para no dejar un solo enemigo a retaguardia, sometiéndolo por la persuasión o por la fuerza, o arrojándolo al sur de aquella barrera. Esta es la principal dificultad.

«El Poder Ejecutivo tiene ya hecho y meditado el plan de operaciones que estima prudente no revelar por ahora, para asegurar mejor su éxito, y cree firmemente que vencerá los obstáculos que se oponen al desalojo previo de los indios.

«Ante la magnitud de la empresa que se acomete, podría parecer insuficiente la suma que el proyecto fija, pero el Poder Ejecutivo estima que ella bastará para llevar a cabo una obra que tantos y tan grandes bienes ha de producir y a la que tan valiosos intereses se hallan vinculados.

«Hemos sido pródigos de nuestro dinero y de nuestra sangre en las luchas sostenidas para constituirnos, y no se explica cómo hemos permanecido tanto tiempo en perpetua alarma y zozobra, viendo arrasar nuestra campaña, destruir nuestra riqueza, incendiar poblaciones y hasta sitiar ciudades en toda la parte sur de la República, sin apresurarnos a extirpar el mal de raíz y destruir estos nidos de bandoleros que incuba y mantiene el desierto.

«Ni se explica satisfactoriamente esta eterna defensiva, en presencia del indio, dado el carácter nacional.

«Se trata de sofocar una revuelta y todas las fuerzas vivas del país concurren a vencerla, y sólo López Jordán cuesta al tesoro nacional catorce millones de duros y otros tantos, o más, a la fortuna particular.

«Hoy, con la cantidad que el proyecto fija, la Nación va a asegurar la vida y la propiedad de millones de argentinos y a conquistar quince mil leguas de territorio ; a disminuir el gasto anual de la guerra en pesos fuertes : un millón seiscientos sesenta y seis mil ochocientos cuatro, y por fin a cauterizar esta llaga que se extiende por todo un costado de la República y que tanto debilita su existencia.

«Enunciados así los grandes propósitos de este pensamiento y los medios más indispensables que requiere su realización, el Poder Ejecutivo debe

agregar, para concluir, que cree justo y conveniente destinar oportunamente a los primitivos poseedores del suelo una parte de los territorios que quedarán dentro de la línea de ocupación. Responde a este objeto el artículo 19 del proyecto por el cual se dispone reservar para los indios amigos y los que en adelante se sometan, una área de cincuenta leguas sobre la frontera de Buenos Aires, otra de la misma extensión sobre la de Córdoba y una de treinta leguas sobre Mendoza, donde se podrán concentrar después en poblaciones agrícolas las distintas tribus, Ranqueles y Pehuenches, que ocupan esta zona desde el Atlántico a los Andes (1).

. . . .

Lo principal, en suma, era que la supresión de esa frontera con la barbarie, no sólo daba al país efectiva posesión de la suya con Chile, sino base definitiva al arreglo de nuestra más importante cuestión internacional resuelta por el mismo Roca veintidós años después; resultado que explica, como ninguno entre tantos de su vasta obra, la eficacia del constructor y la patriótica necesidad de sus dos presidencias dentro de aquélla.

Sucede, en efecto, que la guerra civil, frustrando

(1) El autor transcribe textualmente la frase de forma del final del mensaje y las firmas del presidente Avellaneda y del ministro Roca. La comisión encargada de la publicación se ha permitido suprimirlas.

por una parte el sometimiento definitivo de la indiada, posible más de una vez, y facilitándole otras tantas el recobro de lo ya perdido, no sólo desbarató sin remedio la acción conjunta con Chile, lograda por Rosas cuando su campaña combinada con las de Bulnes allá, sino que al arrojar estas últimas hacia nuestro lado los salvajes más indómitos, que así se instalaron y dominaron en la Pampa, la cuestión cambió enteramente para el vecino país, favorecido desde entonces por la doble ventaja de la sumisión impuesta a los dóciles, y el vasallaje clandestino de los otros mediante el negocio sistematizado del malón. Si este resultado tuvo por causa inmediata la inacción de las divisiones argentinas que al mando de Aldao y Ruiz Huidobro debieron faldear los Andes y dominar la zona ranquelina central para evitarlo, precisamente, consumando la operación, el buen éxito de Rosas bastó al escarmiento de la barbarie hasta 1852, cuando, después de Caseros, recomenzaron las invasiones que al cabo de cinco años reducirían en más de sesenta mil kilómetros el área de la provincia de Buenos Aires solamente.

Y desde entonces, también, fué disputándonos Chile, cada vez más, la línea justa y natural de la Cordillera. El propio Rosas había tenido que resistir ya enérgicamente el primer efecto del antedicho cambio, y hemos visto por los términos del mensaje

con que Roca iniciaba su campaña, que la cuestión hallábase en uno de sus momentos críticos. Es que Chile aprovechaba por entonces dos coyunturas favorables : la crisis económica a cuyo prolongado rigor pasaban apenas de diez y ocho millones de pesos fuertes anuales las entradas de la Nación que gastaba casi veinticinco, y la creciente amenaza de guerra civil con motivo de la próxima renovación del Congreso Nacional y del gobierno provincial de Buenos Aires, antecedentes de la presidencial que debía efectuarse veinte meses después ; ya que, a pesar de la tregua lograda poco antes por Avellaneda bajo el nombre de conciliación de los partidos, y la consiguiente amnistía de los rebeldes de 1874, la oposición porteña veía, precisamente, en el ministerio de Guerra una gerencia de la consabida liga de gobernadores formada para « obstruir el libre ejercicio de la voluntad popular », con simpatía, si no apoyo, del ejército.

Aunque Mitre era el jefe de dicha oposición, vinculada en el resto del país con la que sobrevivía a la derrota de 1874, su sereno patriotismo manifestóse una vez más en la defensa del proyecto de Roca, como miembro de la comisión especial que designó para estudiarlo la Cámara de Diputados, a la cual pertenecía ; pues transformado por aquélla en una completa ley de veintiún artículos la sucinta pro-

puesta del Poder Ejecutivo, que sólo tenía cuatro, motivaron prolija controversia las nuevas cláusulas que resolvían el costo de su operación mediante un empréstito popular sobre las tierras por ocuparse, y reglaban la limitación distributiva de estas últimas entre nación y provincias.

El consiguiente debate sobre derecho federal, complicado por un mensaje del gobernador de Buenos Aires en anticipada reivindicación histórica del territorio austral hasta el Cabo de Hornos, dió motivo a Mitre para desautorizar con clara firmeza aquel concepto de dominio, cuya adopción por otras provincias, según se vería luego, no más, en el Senado, anulaba prácticamente la soberanía de la Nación. Era el viejo conflicto que surgía, una vez más, siempre inminente en su absurda pertinacia.

Asistente a las tres laboriosas sesiones con su colega de Hacienda, tuvo Roca el buen sentido de no intervenir sino para manifestar que el P. E. no se proponía exterminar a los indios, cuya reducción buscaba, por el contrario, reservando en su breve proyecto de ley tierras apropiadas con este objeto. Militar y jurídicamente, la alta autoridad de Mitre bastaba, y cualquier intervención suya habría resultado contraproducente por excesiva o presuntuosa: sentido de la justa proporción que le era especialmente característico. Pero en el Senado, adonde

pasó la ley votada por gran mayoría, el disenso del senador por Corrientes, Torrent, dióle la buena ocasión.

Pudo atenerse también allá a la favorable opinión de Sarmiento, miembro informante más decidido aún que Mitre ; pero la inconsistente y confusa oposición del correntino ofrecíale la coyuntura del debate. Su sintética reexposición del asunto alcanzó la triple eficacia de la precisión, la modestia y la sinceridad. Reconoció sin ambages el mérito de Alsina hasta dar por mera continuación de su obra la expedición proyectada. Atúvose estrictamente al criterio de necesidad pública para argumentar con la más sobria llaneza. La misma imperfección de algunas cláusulas en su réplica improvisada resultaba un detalle simpático ante tanto orador de campanillas como albergaba el recinto. Era, sobre todo, seguro que sabía lo que iba a hacer.

Ciertamente, reapareció allá la cuestión de las jurisdicciones históricas, enunciada por el señor Lucero, senador de San Luis, quien recordó el derecho de las provincias de Cuyo, bien que sin pretenderlo, al mismo territorio austral hasta el estrecho de Magallanes. Mas para este caso estaba Sarmiento, cuyo vehemente nacionalismo encaró la controversia hasta excederse en detrimento de las provincias, inclusive ; dijo « mi San Juan » que podría

pretender lo análogo, motivando ambos oradores una rectificación moderada de Cortés, senador por Córdoba, que, partidario del proyecto, y roquista decidido además, hubo, sin embargo, de enderezar magistralmente la doctrina.

El caso es que, con gran mayoría también, salió votada la ley el 4 de octubre. Había tenido por sostenedores a dos padres de la Constitución y los dos más grandes presidentes que hasta entonces gobernaron la Nación bajo ella integrada ; siendo de advertir aún que ninguno de ambos creía en la pronta eficacia de su ejecución, mérito exclusivo de Roca, por consiguiente. Así Sarmiento en el propio debate : « ¿ En cuánto tiempo van a ser desalojados los indios de los territorios que ocupan? Se cree que este plan se ejecutará en dos años, es decir, se establecerá la línea de frontera ; pero para desalojar por completo a los indios de donde están, tal vez será necesario emplear diez o veinte años en persecuciones continuas contra ellos ». Así Mitre, en el artículo con que cinco meses después despidió al ministro que partía en campaña sobre el Río Negro y que más abajo reproduzco enteramente : « Podemos pensar que la campaña preliminar de la Pampa Central para arrojar a los indios del otro lado del Colorado, no ha sido metódicamente llevada, y haya todavía bastante que hacer para conseguirlo ».

Mas, no habría tal, y los hechos lo comprobaron.

La ofensiva iniciada por Roca desde su llegada al ministerio, y decidida a fondo desde la sanción de la ley, iba contando cada vez más triunfos y sumisiones ; pues combinados hábilmente la política y el rigor, ofrecíase siempre a los indios la reducción previa en tierras de buen cultivo y pastoreo. Empleando, así, ambos recursos, el coronel Racedo, sucesor de Roca en el comando fronterizo, fué precisamente quien alcanzó el mejor éxito de la campaña preliminar sobre el centro pampeano ; pues desbarató por completo a los ranqueles, sometidos unos, con el cacique Ramón, prisioneros otros, con el temido Epumer, o sea dos de sus tres principales jefes, y fugitivos los restantes al mando de Baigorrita, para caer casi exterminados un año después, inclusive él mismo, que prefirió morir peleando. La doble operación ordenada y estimulada por Roca desde el ministerio a fines de noviembre de 1878, contaba entre los mejores jefes a su propio hermano, el teniente coronel don Rudecindo, Racedo, que fuera a sucederle allá, había sido su jefe de Estado Mayor en Santa Rosa y quizá el más experimentado oficial de aquella frontera donde mandaba desde el tiempo de Mansilla, hallábase identificado como ninguno con él.

Pero bajo la misma dirección animadora hasta el entusiasmo desempeñábanse los jefes de las otras fronteras, no menos eficaces y decididos en verdad.

Levalle, veterano ya con Alsina, bajo cuyo ministerio había ocupado Carhué (abril de 1876) venciendo en durísima campaña las penurias del desierto, donde casi perecieron de hambre y frío, y la bravura de la indiada que le libró dos sangrientos combates, consumaba el descalabro de Namuncurá, deshecho el año anterior por él (10 de enero de 1877) mediante una expedición que, estimulada vivamente por Roca, recorría en una quincena (25 de noviembre a 10 de diciembre de 1878) mil trescientos kilómetros de territorio entre Guaminí y Bahía Blanca, hasta poder afirmar en la parte correspondiente :

« Señor ministro : El poder de Namuncurá está destruído : ha huído casi solo en dirección al Colorado, con ánimo, según parece, de alojarse en las faldas de los Andes. En el territorio que formaba lo que él llamaba su patrimonio y que está dominado por las fuerzas nacionales desde Salinas Grandes hasta Chadi-Leuvú, no queda una sola toldería. »

Vintter, no menos resuelto y capaz, iniciaba el 2 de octubre de 1878 una expedición de igual género

que cubrió quinientos kilómetros entre Bahía Blanca y el Colorado, obteniendo a los pocos días la sumisión de la tribu de Marcelino Catriel, después de batirlo y tomarlo prisionero; en noviembre, la de su hermano Juan José con éste a la cabeza, y a mediados de enero de 1879, la derrota y prisión del cacique Cuyul con toda la suya; o sea, como resultado general, la captura de cinco caciques, veintisiete capitanejos, quinientos cuarenta y seis indios de lanza y setecientos seis de chusma.

El intrépido Villegas atacaba el 6 de noviembre de 1878 la tolderia de Pincén, quien habíasele escapado justamente un año antes, no sin perder ochenta indios de lanza, cien de chusma y todo el ganado, desbaratando por completo su gente y capturando en su persona al cacique más temible y audaz. Doce cautivos rescatados y la tribu entera exterminada por la muerte o la rendición, consumaron el éxito de esta entrada decisiva.

Quedaba, así, despejado el campo de la ocupación final que Roca emprendió personalmente, partiendo de Buenos Aires para el Azul el 16 de abril de 1879, diez meses después de asumir el ministerio, lo cual reducia a menos de la mitad, como se ve, aquella su primera cauta promesa de dos años. Consistente la operación en el avance de cinco divisiones que marchando de consuno por la falda de la cordillera,

desde San Rafael hasta Chos-Malal, y por el centro y el oriente pampeanos hasta los ríos Colorado y Negro frente a Choele-Choel, tomaría el mando de la primera, formando con las fuerzas de Puán y Trenque-Lauquén, para barrer la indiada al múltiple empuje de la estratégica combinación, más allá de los mencionados ríos que, comprendidos el Neuquén y el Limay confluencia, encierran la vasta zona cuya ocupación, definitiva esta vez, iba a consumar la extirpación de la barbarie. De tal modo, la escuadrilla que debía remontar asimismo el Negro, formado por dicha confluencia, desde Viedma hasta Choele-Choel, o sea desde el océano, completábala todavía con el dominio naval.

Fué efectivamente, y así se llamó por esto, que no por jactancia ni halago, la conquista del desierto o última etapa de la civilización posesora sobre el país, que la Nación Argentina, en ella formada, ponía al fin bajo su ley. La Conquista que incorporó estas tierras a la cristiandad, es decir a la civilización, acabó así de realizarse.

Paseo militar, y hasta mañosa usurpación del esfuerzo ajeno, dijo luego la envidia, denigrando, como siempre, lo más meritorio, por ser también lo que más la mortifica. Así, la segura facilidad con que se efectuó la campaña, provino de su preparación excelente, como ésta de la pericia y la acertada

decisión del autor. El mismo había reducido con exagerada probidad las dificultades de la operación en el mensaje al Congreso :

« El ejército se encuentra en Carhué y en Guaminí, en el corazón del desierto, a media jornada del río Negro... Nuestro propio decoro nos obliga a someter cuanto antes por la fuerza un puñado de salvajes », etc. « ...la pampa está muy lejos de hallarse cubierta de tribus... Su número es insignificante en relación al poder y a los medios de que dispone la Nación ».

Pero el mérito estaba en que nadie supo verlo ni realizarlo como él, porque esto era de su índole superior. Había nacido tal por decisión de la Providencia, y esto es todo. Ni él ni yo tenemos culpa de su grandeza.

Oigámoslo decir, sin embargo, a sus dos contemporáneos más eminentes y capaces de apreciarlo a la vez.

Sarmiento, cuya opinión previa conocemos, escribía en *El Nacional* del 17 de julio, cuando ya Roca oficiaba desde la confluencia del Neuquén y el Limay : « El general Roca lo ha visto y a él se le debe en mucha parte el descubrimiento de una verdad que ocultaban los mirajes de la pampa : no había tales indios... y hoy, meditándolo bien, da vergüenza pensar que se haya necesitado un poderoso estable-

cimiento militar, y a veces ocho mil hombres, para acabar con dos mil lanzas... La obra final, meritoria, digna de un general, es la que ha emprendido el general Roca con todo el poder militar de la Nación.»

Pero nada tan concluyente como el saludo con que Mitre, díjelo ya, despidió a aquél en *La Na...*

INDICE

ESTA OBRA ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA 17 DE DICIEMBRE DE 1938
EN LA IMPRENTA Y CASA EDITORA « CONI »
CALLE PERÚ 684, BUENOS AIRES

